

Boletín OSAR
Organización de Seminarios de la Argentina
Año 19 N° 31 – Diciembre 2013

XXII Encuentro Nacional de Formadores de Seminario

“Educar y formar en y para la comunión”

Enrique Eguía Seguí – Ruth Ramasco

Resistencia

28 de enero al 1 de febrero de 2013



www.osar.org.ar

Presentación

El día 13 de Marzo de 2013 grabó en nuestro corazón un acontecimiento de gran relevancia para la historia de la Iglesia y en particular para la Iglesia de Argentina. Fue elegido cómo sucesor de Pedro el Cardenal primado y obispo de Buenos Aires Mons. Jorge Mario Bergoglio, primer papa latinoamericano, que adoptó el nombre de Francisco. Este regalo de Dios para la Iglesia, fue una verdadera sorpresa para los argentinos y para el mundo. **El Papa Francisco**, desde el inicio de su pontificado, con sus gestos comenzó a indicar un camino nuevo para toda la Iglesia. Una de las tantas frases que dejó resonando este año a los sacerdotes fue la de ser “pastores con olor a oveja”.

Esta alegría y gratitud se sumó al anuncio que habíamos recibido de la **beatificación del Siervo de Dios pbro. José Gabriel del Rosario Brochero**, más conocido como “El Cura Brochero”, el 15 de setiembre, en Villa Cura Brochero. Dios nos regalaba un nuevo modelo de pastor. Por este motivo, y en el marco de este importante acontecimiento para la Iglesia de Argentina, y en especial para sus sacerdotes diocesanos, la Comisión OSAR había confirmado la realización del Encuentro Nacional de Seminaristas. Mons. Víctor Manuel Fernández, rector de la UCA, expuso el tema.

Como todos los años pudimos realizar el **XXII Encuentro de Formadores de Seminarios**, desde el 28 de enero al 1 de febrero. El mismo se realizó en el Seminario Interdiocesano La Encarnación de Resistencia, Chaco. Agradecemos a sus formadores y seminaristas por la acogida y el esfuerzo que pusieron en preparar la casa e instalaciones para llevar adelante dicho encuentro. El tema del Encuentro fue: “**Educar y formar en y para la comunión**”, tarea fundamental en la vida del Seminario, pues “de particular importancia es la capacidad de relacionarse con los demás, elemento verdaderamente esencial para quien ha sido llamado a ser responsable de una comunidad y “hombre de comunión” (PDV 43). El Papa Juan Pablo II también en Novo Millenio Ineunte nos decía que el desafío en el tercer milenio es hacer de la Iglesia casa y escuela de comunión. Y para eso necesitamos en cada Iglesia particular de aquellos pastores que fueran educados y formados para asumir este gran desafío; y que comienza a ser realidad en cada Seminario o casa de formación. Nos guiaron, en la reflexión teológica-pastoral Mons. Eguía Seguí, obispo auxiliar de Bs. As., quien siendo sacerdote trabajó muchos años en la formación permanente y fue director de la Revista Pastores. Y en la reflexión antropológica-filosófica Ruth Ramasco de Monzón, doctora en filosofía que, además de ser docente universitaria, es desde hace mucho tiempo profesora del Seminario Mayor Nuestra Señora de la Merced de Tucumán, el cual le posibilitó adquirir mucha experiencia en lo que respecta a la vida y formación de los seminaristas.

Este año Argentina fue sede del **Encuentro latinoamericano de formadores**, organizado por la OSLAM. El mismo se realizó en la ciudad de Luján el mes de Julio. Desde la Comisión pudimos acompañar de cerca todo su desarrollo. Les compartimos la experiencia.

Por iniciativa del Grupo Jeremías y la CEMIN, este año pudo realizarse el **I Encuentro de psicólogos y profesionales de la salud** que trabajan junto a los formadores en los

Seminarios. Este fue un paso importante en el camino formativo, pues el aporte de estas ciencias auxiliares nos ayuda a acompañar los procesos humanos de maduración de los candidatos, indispensable para acoger libremente el llamado de Dios.

Agradecemos a todos los formadores de los distintos seminarios y regiones del país, por la participación en los diversos cursos y encuentros, especialmente del encuentro anual de formadores que cada año nos convoca, que es una hermosa instancia para crecer en comunión. Comprometiéndonos a la vez, como comisión OSAR, a seguir animándolos en esta hermosa y difícil tarea de formar pastores según el corazón de Jesús Buen Pastor. Contando siempre con la maternal protección de Nuestra Madre la Virgen. En esta ocasión Nuestra de Itatí, a quien pudimos visitar durante la realización de este encuentro.

Comisión Directiva

Reflexión para el retiro

Seguir a Jesús

- Descubrir su misterio: Jn 1, 35-42
- Is 1, 18 = Vengan y discutamos...
- Is. 2,3 = vengan, Él nos instruirá... cfr. Miq. 4, 2
- Is. 45,20 = Vengan... No saben lo que hacen los que siguen ídolos de madera...
- Is. 55, 1 = vengan los sedientos...
3 = haré Alianza Eterna
- Jer. 51, 10 = vengan a contar la obra del Señor
- Os. 6,1 = vengan, Él nos sanará
- Sal. 46, 9 = vengan a contemplar
- Sal 66, 5 = vengan a ver
- Sal 66,16 = vengan a escuchar
- Mt. 11, 28 = vengan a mí, afligidos y agobiados
- Mt. 19,14 = que los niños vengan a mí...
- Mt. 25, 34 = vengan, benditos de mi Padre
- Mt. 28, 6 = vengan a ver el lugar donde estaba...
- Mc. 6,31 = vengan a descansar un poco
- Jn 1, 39 = vengan y lo verán
- Jn 4, 29 = Samaritana, “vengan a ver un hombre que ha dicho todo lo que hice...”
- Jn 1, 46 = Felipe a Natanael: “ven y verás”
- Jn 21, 12 = vengan a comer
- Ap. 19, 17 = vengan a reunirse para el gran festín de Dios.

Ven!!

- Mt 14, 29 = ... y Pedro comenzó a caminar sobre el agua.
- Mt. 19, 21 = vende todo, ven y sígueme
- Jn 11, 34 = con Lázaro: “Lázaro ven afuera!”

Recibimos el llamado de Jesús (ven, vengan)

Para llamar a Jesús (Ven, Señor!)

- Sal 22, 20 = ven pronto a socorrerme
- Sal 71, 12
- Sal. 30, 11 = ven a ayudarme
- Sal 31, 3 = inclina tu oído, y ven a socorrerme
- Sal 70, 6 = no tardes Señor, ven!
- Sal 119, 176 = ven a buscar a tu servidor
- Cantar 2, 10 = ven hermosa mía
- Jn 11, 34 = “¿Dónde lo pusieron? Ven Señor y lo verás”
- Ap. 6, 1.3.5.7 = se abren los sellos (revelación): ven!!!
- Ap.22, 17 = que venga el que tiene sed. ¡Ven Señor Jesús!
- Mt. 11, 3 = Juan Bautista: “¿Eres tú el que ha de venir?”

Nos llama para enviarnos. Vayan!!

- Mt 28, 18-20 = vayan
- Mt. 14, 16; Mc 6, 37; Lc 9, 13 = Denles ustedes de comer
- Mt 10, 5 = a los doce: Jesús los envió con estas instrucciones...
- Mt 10, 16 = los envió como a ovejas en medio de lobos.
- Lc 9, 1 = convocó a doce y los envió
- Mt 10, 40 = el que los recibe, me recibe a mí
- Mt 11, 1 = partieron para enseñar y predicar, vayan a contar a Juan lo que oyen y ven.
- Jn 3, 30 = Juan Bautista: es necesario que Él crezca y yo disminuya.

**El sacerdocio, misterio de comunión:
dinamismo antropológico y exigencias de formación**

Ruth María Ramasco

En la tarea de formación en los seminarios, una verdad es dicha y afirmada de múltiples maneras: la humanidad de los que se forman, la humanidad de quienes serán consagrados por el Sacramento del Orden Sagrado. Son seres humanos aquellos a los que formamos para adentrarse en la plenitud de la comunión entre Dios y el Hombre, que constituye el núcleo del Misterio de la Encarnación. Lo son aquellos que se internan, por la mediación de Jesucristo, en las honduras del Misterio Trinitario, misterio de comunión, para volverse ministros de la misma. Son seres humanos quiénes integrarán esa profunda dinámica de comunión que se realiza en el interior de la historia y en la plenitud de la misma; esa dinámica viva, fuerte y honda, que es la Iglesia. Verdad tantas veces dicha, tantas veces supuesta, tantas veces olvidada o negada en las prácticas concretas.

En la interlocución constante que debe existir entre los conocimientos que el hombre produce y el desafío de la fe, nos es necesario auscultar la lectura de lo humano que los hombres llevan a cabo. Es verdad que esta lectura no se encuentra sólo en los textos leídos o no leídos en los ámbitos de formación: se encuentra afuera, en la conciencia y en la mirada de los hombres, en sus preguntas de alcance moral, en sus decisiones sobre la ciencia y la técnica, en las configuraciones de su vida privada y pública. Como esa hermosa imagen del Cardenal Nicolás de Cusa, que hace buscar la sabiduría en las plazas y los mercados. Pero es verdad también que no puede sino interesarnos lo que los hombres comprenden sobre sí mismos, ya sea que este conocimiento se desarrolle en un espacio intelectual arraigado a la vida de fe o fuera de ella, indiferente a la misma o incluso en estricta contradicción. ¿Por qué? Porque compartimos ese insondable impulso del Buen Pastor que recorre todos los caminos que tienen las huellas de algunas de sus ovejas.

En términos de alcance epistemológico, nos es necesario mirar, con ojos lúcidos y atentos, los nuevos debates antropológicos y su vinculación con las diversas franjas del espectro de los saberes; en términos de alcance didáctico y de formación, nos es necesario discernir cuáles son las estrategias concretas que pueden volver real y operativa la existencia de un ser en comunión, qué inflexiones deben producirse en el currículo y en las aulas, qué inflexiones pueden proponerse o debatirse sobre el acompañamiento y la formación, la dirección espiritual y el seguimiento personal. Ambos ámbitos no pueden explorarse sino en audición al mundo de los hombres y mujeres sencillos, pues los debates teóricos y las estrategias didácticas, así como la altura cristológica, trinitaria y eclesial de los planteos, no se orienta a la formación de eruditos, sino a la formación de pastores.

De ahí que nos sea obligatorio decir que el desafío de pensar la formación para la comunión explora aquella intimidad del misterio de la mediación ministerial allí donde la altura humana de cada uno y su talante específico albergan un profundo y extendido amor hacia quienes son cercanos o lejanos a la propia identidad personal (cercanos o lejanos los conductores y líderes, sean políticos, empresariales, sindicales, barriales, etc.;

cercanos o lejanos los intelectuales, los artistas, los científicos; cercanos o lejanos los hombres y mujeres sencillos). Cercanos o lejanos en orden a la identidad personal, es verdad; pero cercanos y entrañables todos en la fuerza del amor del pastor, que no excluye a nadie y por el contrario, incluye a todos.

Proponemos tres líneas de trabajo:

- La existencia a favor de los hombres: supuestos y dificultades.
- La comunión, experiencia y criterio de madurez humana.
- La comunión en las propuestas educativas de los Seminarios.

En la primera de estas líneas, asumiremos la vida y el ministerio sacerdotal desde una categoría que, si bien procede de la comprensión del Misterio de Jesús, es susceptible de ser indagada antropológicamente: la existencia a favor de los hombres. Pues en tal categoría resuenan un conjunto de afirmaciones del saber antropológico contemporáneo, en los nudos concretos de sus proximidades y rechazos al Dios viviente. Creemos que la profundización en las mismas puede volvernos próximos a las voces concretas de la dificultad y el dolor de los seminaristas y sacerdotes, a muchas de sus angustias y fracasos, pues éstas no se explican sólo desde la indagación de sus itinerarios singulares ni desde una lectura psicológica, pese a la incidencia ineludible de sus claves para discernir y proponer caminos. Plantearemos tres elementos, a nuestro juicio, centrales: a) las objeciones y supuestos del mundo contemporáneo sobre el “existir a favor de los hombres”, b) las dificultades de la vida entregada, c) la existencia a favor de los hombres.

En la segunda línea, nos interesa destacar el carácter profundo de madurez de la vida humana que implica la comunión. Tan profundo que podemos decir que sin comunión el hombre no alcanza su talla de hombre. Tan amplio y complejo, que requiere un discernimiento que posibilite la irradiación de la comunión en la igualmente amplia y compleja vida de las sociedades y los pueblos. Por eso, queremos trabajar con tres ejes: a) la comunión como experiencia de libertad, b) la comunión como experiencia de servicio, c) la comunión como construcción de la comunidad.

En la tercera línea, queremos plantear las dificultades de esta propuesta de una antropología de comunión cuando se torna diseño curricular e institucional en los seminarios y la necesidad de búsqueda de estrategias formativas, curriculares y didácticas. Pues sin ellas, las mejores propuestas antropológicas perecen o se tornan contenidos que han sido ofrecidos sin caminos viables. Los planteos a considerar son: a) interrelación entre currículum, estrategias didácticas y formación pastoral, b) los dilemas de la formación en la comunión.

El esquema será entonces el siguiente:

A. La existencia a favor de los hombres: supuestos y dificultades:

- las objeciones y deslegitimaciones sobre el “existir a favor de los hombres”;
- las dificultades de la vida entregada;
- la existencia a favor de los hombres.

B. La comunión, experiencia y criterio de madurez humana:

- la comunión como experiencia de libertad,
- la comunión como experiencia de servicio,
- la comunión como construcción de la comunidad.
- La comunión en las propuestas educativas de los seminarios:
- interrelación entre *currículum*, estrategias didácticas y formación pastoral,
- los dilemas de la formación en la comunión.

A. La existencia a favor de los hombres: supuestos y dificultades

Los jóvenes que ingresan al Seminario anhelan la entrega: al Dios revelado en Jesucristo por la acción del Espíritu, a los hombres en Dios. La realidad de la Iglesia es percibida como constituyente intrínseco de esa entrega. Pero este anhelo y su realidad, en la efectividad de sus dinámicas históricas, poseen un conjunto de supuestos previos y de dificultades que proceden de los mismos. Sobre ellos queremos hablar. Pues muchas veces son dichos supuestos, no objetivados sino padecidos, los que hacen de contrapeso al mismo sacramento del Orden Sagrado, o son ellos los que están en la raíz del abandono o la distancia con el Seminario. ¿Por qué los traemos a colación, si estamos reflexionando sobre la formación para la comunión? Porque a veces obran como un inmenso peso muerto que cuelga sobre la existencia y el ministerio; incluso, con demasiada frecuencia, hemos visto vidas y trayectorias sacerdotales quebrarse, como pájaros que han echado a volar, sin darse cuenta de la soga gruesa que se enroscaba en sus alas, ni de los ganchos fuertes que la sostenían en la tierra o entre piedras ; y en algún momento de su vuelo, cuando han querido elevarse más allá de las nubes o cuando la fuerza del viento los impulsaba en otra dirección, las sogas arrancaron las alas, pues se encontraban encadenadas a sólidos peñascos. Y vimos esos cuerpos mutilados retorcerse y caer. ¿Sólo imágenes? No: vidas concretas y reales, cuyos rostros y recuerdos cargamos en nuestra memoria.

Quisiéramos proponer entonces la consideración antropológica de la existencia sacerdotal desde una óptica: la de la *existencia a favor de los hombres*. Pues no queremos realizar una descripción de lo humano en la quietud de ninguna estructura; queremos mostrar aquella dinámica de su realidad que explora sus posibilidades más hondas y, por ende, pone a un ser humano en su riesgo constitutivo. La dinámica a la que aludimos posee, por supuesto, una nítida referencia cristológica, pues es Jesús mismo quien es signo y realidad del Dios que se manifiesta como Aquel que es a favor de los hombres. Podemos legítimamente afirmar desde ahí que la configuración sacramental con el misterio de la

Mediación Sacerdotal de Cristo hace que el sacerdote exista a favor de ellos en la vida sacramental, en su palabra, en su silencio, en la dirección de sus actos, en la intimidad de su oración, en la publicidad de sus decisiones, en los nervios más profundos de su talante singular. Todo esto es verdad, pero queremos comprender qué supone humanamente. ¿Qué significa “existir a favor de los hombres”? Analizaremos primero ciertas objeciones y deslegitimaciones de esta posibilidad, presentes en ciertas franjas de la conciencia o del pensamiento contemporáneo. En segundo lugar, exploraremos las dificultades concretas de la entrega. Por último, intentaremos arribar a su sentido.

1. Objeciones y deslegitimaciones

El pensamiento contemporáneo, desde otras ópticas y fundamentos, vuelve a repetir aquel argumento que se encontraba ya en los comienzos del cristianismo: el cristianismo es enemigo de todo lo que es humano. Más aún, ha producido una serie de variaciones en la apreciación de los hombres que deslegitima el mismo adjetivo de “humano”, como aquello que puede atribuirse a la identidad cristiana. Por el contrario, parecería ser lo radicalmente inhumano. Se encontraría inserto en la historia como un germen de destrucción y hostilidad, capaz de atacar todos nuestros gozos, todas nuestras alegrías; capaz de mirar con desdén todas las exploraciones en las que los hombres entregan su vida y su alma y, aún más, de rechazar todos sus frutos. Un grano de mostaza cuyo crecimiento ha producido calamidades, separación de la vida, dominación y destrucción. Un persistente virus de inhumanidad para el cual los hombres aún no han encontrado un remedio, pero confían en encontrarlo y siguen buscando.

En este cuadro, la vida y la humanidad de un sacerdote es el blanco nítido hacia donde convergen las descalificaciones e interpretaciones de sus motivos y razones. Desde múltiples perspectivas, no hay entrega: hay sólo búsqueda interesada o enfermedad psíquica. Con hondo dolor, la historia de la Iglesia nos obliga a aceptar que muchas veces es así; pero con una más profunda alegría, debemos decir que la vida de Dios entregada al hombre arraiga nuestra esperanza en la certeza que contempla la donación como cima de la altura humana y no como su pérdida.

Enunciemos algunos de estos supuestos que descalifican la posibilidad de la entrega y rechazan sus gestos:

- La alienación: los actos de entrega y atención a los hombres son sólo epifenómenos de una estructura psicológica que no puede construirse desde sí misma y se descentra. La atención a otras vidas es en realidad fruto de la imposibilidad psíquica de dar valor a la propia vida y luchar por ella. Por lo tanto, cuando alguien se entrega o proyecta su vida en una dinámica de entrega, para muchos, sólo existe una aguda incapacidad para vivirse como centro de su propia vida. Algunos distinguen entre actos de entrega y actos de alienación; para otros, toda entrega es alienación.
- La voluntad subyacente de poder: desde algunas perspectivas, quien se entrega sólo anhela la posesión del otro. Por lo tanto, sus actos, aparentemente generosos, sólo son una estrategia de poder que ha escogido un camino indirecto, pues no enfrenta al otro para

desposeerlo de sus decisiones, sino que espera que éstas le sean donadas, como correlato de todo lo recibido. Pero su carácter indirecto no equivale a la ausencia de vigor, sino a una fortísima voluntad que quiere con todas sus fuerzas.

- El interés y/o la necesidad como motivos fundamentales: la decisión de entrega es también deslegitimada desde la presunción de un interés individual o colectivo que quiere llevarse a cabo (obtención de bienes, poder o dinero; influencia, prestigio, satisfacciones; autoridad pública, dirección de las conciencias, obtención de privilegios, etc.). El interés se resuelve en la satisfacción de una necesidad.
- La autosatisfacción o el placer: en el fondo, la entrega produce una perspectiva placentera sobre la propia vida, pues se trataría de invertir la tensión que lleva hacia las cosas y encuentra en ella su placer. El placer se produce por la imagen refleja de la propia vida entregada. Sólo se habría sustituido un placer por otro, acompañado de la estrategia de atribución de un valor moral superior a la vida presuntamente entregada. De esta manera, quedaría convalidada la potestad de un juicio moral sobre la vida de los demás, puesto que de antemano no alcanzan la talla de la entrega.

Estas diversas miradas, en distintas proporciones, se encuentran en el horizonte de sentido, o tal vez de sinsentido, de nuestro mundo contemporáneo. Reiteran, de múltiples modos, que no hay nada gratuito en el hombre. Sólo hay búsqueda de poder, dinero o influencias; sólo hay la satisfacción de una necesidad o un placer. Toda la posibilidad de entrega se deslegitima, pues sólo es un recurso que disfraza aquello que subyace a la misma.

La enumeración anterior podría comprenderse como referencia a las decisiones individuales y su sustrato posible de deslegitimación. Esto se encuentra presente en nuestro medio, pese a que su origen se remite, fundamentalmente, al pensamiento europeo. Sin embargo, en América Latina, las objeciones poseen un sustrato de procedencia más fuerte: las decisiones de la Iglesia y sus ministros respecto de los bienes, los privilegios, el poder y la justicia. En tal sentido, más allá de la posibilidad de escándalo de algunas vidas sacerdotales individuales o la posibilidad opuesta de una santidad de vida que llena de esperanza, las objeciones y también las adhesiones, provienen del sentido social y político de las acciones de la Iglesia como actor colectivo en la vida de sus pueblos.

Aún cuando sea verdad que el Misterio de la Iglesia no puede comprenderse sólo desde categorías sociológicas, políticas o económicas, no podemos sino decir que toda cercanía o identificación con los privilegiados de este mundo es para la mayor parte de nuestros pueblos una férrea e indeclinable deslegitimación de toda la acción salvífica y redentora.

— ¿Cómo?—podrían decir— ¿No estamos acaso llamado a ser también sus pastores?

Sí, es verdad, pero no para canonizar sus privilegios, no para crear clubes cerrados de “gente como uno”. Para transformar sus privilegios en servicios, para abrir sus corazones y sus mentes, para vivir la libertad de los pastores que no silencian el evangelio por un viaje a Tierra Santa ni un asado en un country, para no transformar el evangelio en parte de aquello a lo que se renuncia por un salario o una prebenda. Ni siquiera cuándo ésta

consista en una donación para el templo. Porque podemos vivir con templos pobres, pero no podemos vivir con pastores serviles a los poderosos. Reciban todas las donaciones frente a las cuales puedan seguir siendo libres; no reciban ninguna que transforme al Señor de la Historia en rehén de los poderosos de este mundo.

No nos es posible explayarnos en este momento sobre este tema, pues no es nuestro cometido. Sólo que nos resulta algo ineludible si queremos esbozar algunas objeciones y supuestos que impiden que la entrega sacerdotal se realice o que sea efectivamente recibida. Objetados por nuestras injusticias, por nuestras alianzas con los poderosos; objetados también por nuestros miedos, por nuestras distracciones, por nuestras pequeñas o inmensas pusilanimidades, o nuestra ausencia de sentido político. Sea cual fuera la razón, no cabe sino decir que una de las fuerzas más poderosas de cercanía o lejanía de un pueblo consiste en la labor decidida a favor de la justicia, o la tibieza respecto de ésta. No dudamos que esto implica una inmensa labor de discernimiento, de análisis en el que no pueden faltar los conocimientos históricos, sociológicos, económicos y políticos. Pero se trata de una tarea para la cual no hay hoy excusas.

¿Es posible vivir hoy la mediación sacerdotal de Jesús, el Cristo, en un mundo que ha recibido las críticas, legítimas e ilegítimas, a la humanidad propuesta en el Anuncio de la Buena Nueva? ¿Es posible pensar que el ministerio sacerdotal sea una acción donde el todo de la vida se constituya en experiencia “a favor de los hombres”, cuando para muchos, para demasiados, no existe en la realidad humana ninguna actitud que sea algo más que la resolución de deseos e intereses, embozados anhelos de poder o una impotencia que se oculta? ¿Es posible volver a introducir una perspectiva donde la Iglesia no sea sólo un colectivo social, político y económico, y se presente como aquello que puede volver a engendrar libertad en la vida de los hombres? Es posible. Pero, para ello, es necesario, es imprescindible volver a legitimar la humanidad del cristianismo y la posibilidad de la entrega. Desafío que nos pertenece.

Los nudos de las enunciaciones profundas de las sociedades y los pueblos atraviesan con hondura la insondable propuesta de comunión entre Dios y los hombres; propuesta vista, escuchada, tocada, en Jesús el Cristo y prolongada en la Iglesia como ministerio de comunión.

2. Las dificultades de la entrega

La decisión de entrega y su concreción histórica efectiva es la bisagra humana de la comunión. Pero no hay nada más difícil que ello. Hemos visto a sacerdotes jóvenes llorar, llorar sin reparos cuando encuentran el fracaso, cuando se equivocan, cuando pecan gravemente. Hemos visto también a sacerdotes adultos —a esos mismos cuya mirada esperanzada conocimos de jóvenes seminaristas—, ocultar sus ojos grávidos de penas y decepciones y apartarse de nuestra presencia, lejos, al rincón más distante del salón, sólo para no tener que cruzar su mirada con la nuestra. Al pensar en esos momentos, creemos que es preciso aproximar de otra manera las dificultades a sus manos, pues a veces parecen pensar que sólo proceden del pecado. Es verdad que muchas proceden de él; pero

otras no. Otras proceden quizás de una ausencia de realidad sobre el sentido de la entrega. Tal vez por ello sea necesario esbozar algunas de sus dificultades.

- La expectativa de superación absoluta de los límites personales: todos poseemos límites. La posibilidad de superación de muchos de ellos no es equivalente a pensar que superaremos nuestra condición de seres limitados, ni siquiera cuando obremos desde la mayor pureza de intención y la mayor de las constancias en el esfuerzo. La entrega pone de manifiesto nuestros límites: los límites de comprensión de los seres humanos, los límites de nuestro amor y decisión de servicio, los límites de nuestra estructura sociocultural, los límites de nuestra capacidad física, etc. Es verdad que el amor a los hombres y la gracia que proviene del Sacramento del Orden Sagrado puede hacer que muchos de ellos se desplacen, como un corazón sacerdotal que se ensancha y puede lo que antes no podía. Pero nadie puede superar todo y, a veces, aquellos que no se superan imprimen una sensación de derrota totalmente innecesaria y dañina.
- La libertad de los hombres: muchos hombres y mujeres rechazarán la entrega, se volverán contra ella o les resultará insignificante. No importa cuánto sea el sacrificio o la donación de la vida: muchos la rechazarán. Pues no hay un mecanismo que obre de manera tal que baste intensificar la entrega para que los hombres se abran a Dios. En algunos casos, tendremos que decir que seremos rechazados y hasta odiados por aquellos a quienes hemos amado más que a todos. Que no han bastado oraciones ni sacrificios, generosidad ni honestidad: no somos amados, no hemos podido entregarle al Dios en quien creemos. ¿Por qué? Porque no, porque su libertad nos excluye. Con razones, sin razones: la libertad de muchos rechazará quiénes somos y todo lo que provenga de nuestras manos.
- La ausencia de claves de lectura complementarias: nos hemos preguntado muchas veces hasta qué punto la ausencia de conocimiento sobre las realidades concretas no produce una mirada desmesurada o distorsionada de la realidad. Pues sin historia, economía, política, y tantos otros conocimientos, muchas veces perdemos la magnitud de los acontecimientos y no podemos distinguir entre lo que está en nuestras manos y lo que no, o emprender nuevos procesos, o asumir nuevos desafíos. Como creemos haberlo dicho ya en otras ocasiones, otros momentos de la historia podían requerir menor formación específica, pero este momento no. Y aunque sea efectivamente verdad que la historia de la salvación y de la Iglesia posee numerosos ejemplos de gente sencilla, cuya santidad ha transformado la historia, a nosotros sólo nos es posible buscar los caminos sencillos y esforzados que nuestro mundo posee: la formación constante, el estudio, el rigor y la seriedad. Imbricados por cierto en la oración y en la vida sacramental, en la lucidez de la fe, la audacia de la esperanza, el fuego vivo de la caridad. Pero no por eso menos necesitados del pan de conocimiento que todo hombre lucha por conseguir cada día.
- La paciencia y la incertidumbre: no sabemos qué caminos seguirán nuestras comunidades, ni tampoco aquellos que dentro de las mismas nos son más entrañablemente amados. No sabemos hacia dónde los conducimos, no sabemos hacia dónde los acompañamos. No conocemos el desafío que Dios pondrá en sus manos.

Acertaremos en algunas propuestas, nos equivocaremos en otras. En el mundo actual, deberemos enseñarles a vivir en la incertidumbre. Sólo estamos diciendo lo que todo padre y madre de familia conocen: no sabemos cómo terminará la vida de nuestros hijos, ni siquiera si lo que les hemos dado les resultará bueno o malo. Acompañamos a veces sus caminos con un profundo desasosiego y un no menos profundo dolor. Otras veces, con una insoportable oscuridad. Renovamos mil veces los gestos a favor de sus vidas, aunque las ofensas sean a veces inagotables y el desaliento nos haya ganado la partida más de una vez. Porque la paciencia es verdaderamente el nombre del amor en la historia.

- El fracaso: muchos motivos pueden llevar al fracaso de toda la acción pastoral. Cuando la formación prepara sólo para el liderazgo y no para el descrédito, no para la caída de los grupos parroquiales, la deshonestidad de los dirigentes eclesiales, el traslado inesperado por ese juego de lugares a llenar, al que le es indiferente la vida de las comunidades concretas y la acción que allí se realiza, el quiebre moral de los sacerdotes con los que se convive, el escándalo gratuito y la calumnia, como tantas otras situaciones; cuando no se prepara también para el fracaso, no hay recursos morales y psicológicos para enfrentarlos. Sin embargo, la frustración, la pérdida, el fracaso, son constitutivos de toda vida. Una existencia entregada supone la posibilidad del fracaso; más aún, no podrá evitar el fracaso. Parcial a veces; total en otras. En ocasiones, en algunos años, en algunas comunidades, uno querría poder decir que le ha ido mal en este aspecto, pero bien en otros. Sin embargo, no puede decirlo: lo único que puede decir es que todo ha salido mal. La teología de la cruz, luz que debiera iluminar la tristeza y fortalecer en el dolor, parece una figura lejana, incapaz de dar sentido a lo vivido, pues no puede dar su figura al fracaso. Y a veces no puede hacerlo porque no nos hemos formado para experimentar que muchas acciones fracasan.

¿Cuál es la diferencia entre estas dificultades en otros modos de vida y el de una existencia entregada? Tal vez el haber pensado, pese a todo criterio de realidad, que la entrega a algo elevado y noble, que la entrega al amor de Dios revelado en Jesucristo por la acción del Espíritu, de algún modo iba a superar toda dificultad. No es así: la entrega transforma toda dificultad, las sitúa en el interior y la altura del dinamismo eucarístico. Pero no nos impide penetrar realmente en el dolor, la enfermedad, la muerte. Pues es verdad que Dios se ha hecho real y radicalmente hombre.

3. Existir a favor de los hombres

Decíamos al comienzo que era posible indagar antropológicamente el sustrato de un ser en comunión pensando en la vida sacerdotal como el misterio de un ser que existe a favor de los hombres. ¿Qué supone? Vamos a comentar esta expresión.

a. Los hombres

Para un adulto, esta sola expresión, pensada como cometido de la propia historia, es ya muy difícil; más si ha intentado amarlos desde su juventud. Los hombres y mujeres, despojados de todo disfraz, incluso aquellos que provienen de nuestra vanidad (“conmigo es bueno, a mí no me va a hacer nada malo, obra así cuando no lo aman”); atravesados

aún por la certeza de nuestra esperanza, que exige liberarse de ilusiones y a la vez ceñirse a la verdad de su creación y redención. Los hombres y mujeres, verdaderos, frágiles, limitados, con intereses y pasiones, con pertenencias ideológicas y propósitos, con condicionamientos de todo tipo, con historias llenas de tristezas y relatos fantásticos sobre sus propias vidas. Hay regiones de nuestro país donde los hombres son lo que son y está a la vista; hay otras donde la vida se oculta detrás de una maleza que no nos permite ver. Lo que todos conocen en su vida y experiencia parroquial: los hombres y mujeres heroicos, pero también los débiles, los insidiosos, los estafadores, los vanidosos, los insoportables, los envidiosos. Los que conocen también en su experiencia presbiteral: los sacerdotes generosos y francos, los que se sacrifican con silencio y alegría, los abnegados; pero también los pusilánimes, los que calumnian a sus hermanos con pretextos de virtudes y buenas obras, los que llevan una vida oculta de un desorden moral sin límites, los que van siempre tras el dinero, aquellos a los que hemos conocido en su familia humilde y de sacerdote no hay forma de moverlo si no es en auto y con aire acondicionado. Lo que a veces ven también en sus propios obispos: los pastores buenos y santos, que reciben a su pueblo y a sus sacerdotes con toda la fuerza de su vida y su ardor; los austeros y sacrificados; los que hemos visto orar sin cesar y defender a los suyos aunque eso les cueste la vida y todo privilegio; pero también los otros, los miedosos, los indiferentes a la suerte de sus sacerdotes, los que saben de viajes pero no de barrios y pobreza, los que son simplemente hombres cómodos; o los que destruyen todo, ya sea por su miedo, o su enfermedad, o su pecado, o simplemente arrasan todo lo que creen provenir de una eclesiología de la que difieren. Lo que todos conocemos de los hombres, a poco de vivir como adultos; lo que destroza tantas vidas jóvenes; lo que destruye tanta esperanza.

Muchas veces nos hemos preguntado si el abandono del sacerdocio de tantos jóvenes no proviene en parte del impacto del encuentro con los hombres en su real textura de humanidad y en una dolorosa impotencia que no encuentra caminos, ni para seguir amando, ni para seguir ofreciendo redención. Creemos también que a veces el encuentro con los propios límites, el propio pecado, la propia miseria, se torna tan poderoso por la absoluta ilusión que se posee sobre el ser humano sin más.

Una existencia que se entrega renuncia a toda perspectiva tranquilizadora sobre los hombres y mujeres, incluso los que nos son cercanos, incluso aquellos a los que hemos confiado el manejo de los bienes, la dirección de los grupos, el cuidado de nuestra casa. Está dispuesta, no a desconfiar de antemano, sino a aceptar ver lo que hubiera que ver: el robo del dinero de la colecta, el desvío de fondos, el abuso de los menores, la calumnia realizada a nuestras espaldas, la complicidad de aquellos a los que consideramos amigos y leales... el conjunto variado y a veces horroroso del rostro del hombre cuando obra el mal. Es verdad que lo conocen en la confesión, pero otra cosa es en el medio de la vida cotidiana, con la exigencia de la decisión, con el dolor de la confianza burlada. No es posible existir a favor de los hombres, sino en espíritu y en verdad, sin ilusiones, sin falsas dulzuras. Una mirada realista hace doler hasta lo más recóndito del alma pues, de muchas maneras, el otro, los otros, o nos han transformado en cómplices del mal que cometen, o han despreciado nuestra esperanza, o nos han convertido en parte de su disfraz.

Esto no ocurre sólo en el nivel de la vida singular de los presbíteros. También puede ocurrir como institución, de ahí que sea preciso poseer una especial cautela en la instrumentalización política y económica de la Iglesia, en la cercanía de quienes la adulan en la búsqueda de otras intenciones, en los lobos con pieles de cordero, aquellos de los que no escuchará críticas ni rebeldías, pero cuyas acciones ponen de manifiesto que no han reconocido a Jesús en el que tiene hambre, ni sed, ni en el enfermo, ni en el preso. “Señor, ¿cuándo te vimos desnudo y no te cubrimos, hambriento y no te dimos de comer, preso y no te visitamos? Cuando no lo hicisteis con uno de estos pequeños, a mí no me lo hicisteis.” Una existencia a favor de los otros posee la obligación de la lucidez. Es decir, la difícil tarea, nunca resuelta de antemano, de reunir en la mirada las claves de la enfermedad y el padecimiento (físico, moral, psíquico), los condicionamientos socioeconómicos, las intenciones de bien y mal que todos los hombres poseemos, la capacidad de destrucción y pecado, la fuerza hondísima de la libertad y la gracia. Reunir todo ello y no renunciar a ninguno, si es que anhelamos la fuerza de la esperanza verdadera, si es que queremos construir el coraje del amor real.

Si destacamos esta difícil arista de los seres que amamos o queremos amar, y no el bien, no es porque lo neguemos o desconozcamos, sino porque a veces quienes quieren el bien para los otros se niegan a ver la gravedad del mal. Es como querer amueblar un lugar y embellecerlo, porque vemos sus posibilidades y la amplitud de sus espacios. Antes hay que sacar los escombros, lastimarse a veces las manos para limpiar, llenar grandes bolsones de basura. El espacio está ahí, no lo crean nuestras manos, pero los escombros deben retirarse. Con las vidas humanas pasa algo muy parecido: algunos quieren entrar a casas arregladas y limpias y vivir en ellas como invitados, pero no quieren tomarse el trabajo de la limpieza profunda, ni tener la paciencia de la limpieza cotidiana. ¿Qué tendríamos que decir cuando nos toca reformarla y convivir durante meses con los albañiles! La vida de los hombres y mujeres que amamos en la hondura del ministerio, si no nos animamos a la lucidez, se parece a veces a una gran ciudad llena de residuos, en la que nadie quiere ni sacar la basura, ni recogerla. Porque nos imaginamos constructores o arquitectos y nos olvidamos que a veces nos toca ser limpiécistas y recolectores.

Una mirada y un corazón atentos, capaz de volverse una mirada y un corazón de comunión, son capaces de descubrir y arrodillarse frente a los manantiales de bondad, cuyas aguas también recorren las vidas humanas. Esa bondad sencilla y poderosa, sin grandilocuencias ni discursos vanidosos; una bondad hecha de responsabilidades y paciencia, de sufrimientos profundos, de alegrías inquebrantables. Esa bondad existe en numerosas vidas creyentes, pero existe también en muchos hombres y mujeres de otros credos, o en muchos hombres y mujeres cuya vida se sostiene en la simplicidad del deber que se cumple o en el vigor de una lucha que quiere una vida más humana para todos. No creo que exista un sacerdote que no se haya preguntado, con asombro, con desconcierto tantas veces, por qué ha sido él el llamado al sacerdocio y no aquel otro hombre, cuya vida es luz y pan para todos los que lo conocen. Todos conocemos esos hombres y mujeres que han transformado su vida en una medida rebosante y generosa, esos a quienes no les será quitado su lugar en el Reino, porque han vivido en él siempre y han hecho vivir a otros.

Existir a favor de los hombres implica también ser capaz de descubrir, sin resentimientos, sin las preguntas del obrero de la primera hora, sin el escándalo de los apóstoles que ven a quienes echan demonios sin ser de los suyos, las obras de bondad de los hombres. Más aún, esas vidas que parecen estar guardadas dentro de la bondad, como una perla protegida por una ostra inviolable. Porque a veces somos pusilánimes para ver lo que los hombres no hacen bien; pero a veces, es la envidia la que nos impide reconocer la bondad de quienes son mejores que nosotros. Muchas veces hemos encontrado esas miradas retorcidas en algunos de los seminaristas o hemos escuchado los comentarios insidiosos de un sacerdote, descalificando la bondad de alguno de sus hermanos en el ministerio. Otras veces, es el mismo corazón de los obispos el que rechaza las obras buenas de sus sacerdotes; la verdad es que en ocasiones no hemos encontrado otra explicación sino la envidia. Por el liderazgo, la autoridad moral, la libertad, la inteligencia, el afecto sincero que despiertan en la gente.

No, de ninguna manera es sencillo convivir con los hombres. Sus obras malas nos estremecen; sus obras buenas hacen que conozcamos los recovecos más profundos de nuestra mezquindad. Y si agregamos a esto la diversidad de claves socioculturales, económicas, políticas, tecnológicas, que atraviesan la vida de los hombres; sus nihilismos, sus decisiones de pensamiento, sus historias individuales y colectivas, sus sustratos religiosos y sus irreligiosidades profundas, debemos decir que sólo Dios, su creador y redentor, puede abarcarlos. Los hombres difícilmente podemos ir solos hacia ellos, con nuestra pequeña historia, nuestra limitada humanidad. Sólo una inmensa acción colectiva y comunitaria puede hacerse cargo de la tarea de existir a favor de los hombres.

b. Existir a favor de los hombres

Nos encontramos ahora en el centro del problema: existir a favor de los hombres. Esta formulación no busca negar una previa naturaleza o esencia humana, sino destacar ese punto irreductible donde el hombre, todo hombre, cada hombre, se hace cargo de las decisiones que toma sobre la misma, con la debida restricción de sus condicionamientos y posibilidades históricas, con las anchuras y estrecheces de su amor, en el claroscuro de su lucidez y sus cegueras. Es verdad que la antropología contemporánea ha subrayado la relacionalidad y la apertura que poseemos; es verdad también que ha subrayado la inexcusabilidad ética del rostro del otro. Sin embargo, quisiéramos matizar ambas afirmaciones con dos elementos: a) estar abiertos y relacionados no equivale a decir que estamos los unos a favor de los otros; b) los hombres podemos excusarnos de las tareas centrales de nuestra vida, no en el sentido débil de una excusa superficial, sino en el sentido fortísimo de una libertad que se posee a sí misma. Por tanto, la formulación antropológica no posee sentido sin la inclusión de una exigencia ética que sólo puede cumplirse en el ámbito de lo fáctico, lo histórico, lo particular y concreto.

Esa exigencia ética formula algo muy simple:

- Encontrar el camino donde el bien proceda de nosotros casi sin darnos cuenta: donde haya un camino humano que convoque nuestras aptitudes y nuestros gustos, donde resulte más fácil combatir nuestros defectos, donde hagamos lo bueno sin creernos nada especial, puesto que nos gusta lo que hacemos y sabemos cómo hacerlo bien; ese camino donde el

orgullo legítimo por lo que hacemos está arraigado a una obra, donde la vanidad ilegítima puede irse apartando suavemente y las correcciones no humillan, puesto que amamos la obra y lo que la hace mejor. Una obra amada de tal manera que podamos reconocer cuándo ha llegado el momento en que otro se haga cargo, ya que puede hacerlo mejor que nosotros. Observemos bien que no nos referimos a profesiones: hemos dicho tareas y obras. Tampoco hemos señalado que toda obra sea un camino original o un rol protagónico. Muchos caminos se construyen como participación y colaboración en grandes obras colectivas. Más aún, nuestro camino, si realmente es tal, se convalida como contribución a una gran obra colectiva.

- Convertir ese camino en nuestra vida: entregarle lo mejor de nuestros esfuerzos, capacitarnos en él, transformarlo en nuestra alegría y en el consuelo humano de nuestras tristezas; transformarlo en nuestra identidad, incluso si la vida nos llevara a hacernos cargo de otras tareas y otros trabajos que no amamos. Difícilmente podamos existir a favor de los otros sin algo que humanamente sea en nuestras vidas un pequeño pero accesible manantial de felicidad. Ese manantial es una tarea. El cuidado a los enfermos, la docencia, la conversación con los ancianos, el arte, la escritura, la organización de los jóvenes, la vida sindical o política, tantas otras cosas más. Deberemos empujar la vida hacia allí, asir con fuerza lo que amamos cuando la vida parezca un vendaval que la arrebatara, deberemos creer que es nuestra incluso cuando nadie lo crea. Deberemos escogerla y pagar todos los precios que no sean pedidos para retenerla. Esto es lo que hacen muchos; sin discurso, sin mucha reflexión. Simplemente van o se quedan allí donde encuentran su felicidad y un lugar para ser útiles a los demás. Simplemente han sabido elegir su pequeño lugar en el mundo y eso les basta para vivir.
- Transformar en tarea la apertura y la relación: no es posible amar a los hombres con meras intenciones y propósitos. Hay que amarlos en obras y en verdad. Pues nadie puede existir a favor de los hombres sin buscar una vía específica. Lo otro, una especie de espectro ambiguo de un posible amor sin concreción, no es auxilio para la vida de nadie. Existir a favor de los hombres implica transformar la vida en una tarea. ¿Cuál? La que sé hacer, aquella en la que los demás cuentan conmigo. Aquella que me devuelve el sentido de donación, puesto que, aunque luche por hacerla humanamente bien, no puede menos que decir que es aquello que hago naturalmente bien.
- Tomar una decisión irrevocable: que la propia vida se vuelva don para los otros. Es decir, que llegue a formar parte de sus recursos para vivir. Recursos de sentido, si se es un intelectual; recursos de bienes; recursos de justicia; recursos de salud; recursos de crítica; recursos para la construcción de su dignidad. Recursos que otro hombre tenga la libertad de tomar o dejar; recursos que puedan dinamizarse desde múltiples decisiones de sentido. Esa decisión no se revoca; no se hace cuando la vida viene bien y se quita cuando la vida viene mal. Como ser padre cuando se tiene un empleo de sueldo alto y alejarse de los hijos porque ya no hay trabajo; como acompañar a los grupos parroquiales cuando me devuelvan afecto y dejarlos a su arbitrio cuando el vínculo cueste; como amar a los hombres cuando aman a la Iglesia y dejar de amarlos cuando la rechazan. Sólo asomará

la irrevocabilidad de esta decisión cuando experimentemos el fracaso, la pérdida, la ingratitud, el rechazo.

- Asumir la carga de la tarea y sus consecuencias: sólo existe a favor de los hombres quien toma sobre sí todo el trabajo que su tarea requiera, sin importarle si otros lo hacen más ligeramente. Esa “hipoteca social” que grava los bienes, grava también la propia vida. Implica una responsabilidad que no cuestiona el cansancio, ni los fines de semana, ni las vacaciones sin descanso. Pero esa responsabilidad sabe que no posee el secreto de las consecuencias de sus actos, lo bueno o lo malo que recaerá sobre él o sobre otros, los proyectos que morirán, los hechos que continuarán, las personas que se harán cargo luego, las derivaciones que tendrán. Está obligado a prever, pero jamás podrá ver todo; tendrá que aceptar de antemano el error y el límite, la represalia y el encarnizamiento de los malos, la injusticia, la incompreensión, la desolación.

A nuestros ojos, existir a favor de los hombres es algo sencillo y poderoso. Equivale a encontrarse con la propia vida, tener la fuerza para desarrollar lo más valioso que haya en ella y la alegría decidida de ponerlo al servicio de los demás. Sin planes grandilocuentes, sin expectativas exageradas, sin protagonismos absolutos. Poner el todo de la vida, en cada uno de sus momentos, para que los hombres que estén a nuestro alcance vivan un poquito mejor, sean un poquito más felices, entiendan un poco más, duerman un poco más tranquilos. El que esté llamado, por su talento o por oferta de la gracia, a una gran obra de salvación, que lo haga tan sencilla y dócilmente como aquellos a los que sólo les es pedido atender fielmente su casa. El que esté llamado a sembrar una pequeña parcela, que lo haga con el empeño y la magnificencia de las obras extraordinarias. Despertarse en paz y dormirse en paz, con la tranquilidad de haber hecho más bien que mal; despertarse y dormirse sobresaltado, si son conflictos lo que nos toca llevar.

El mundo ha criticado, y muchas veces con una cruel razón, la ingenuidad de nuestros anhelos de entrega, la oculta vanidad y el marcado exhibicionismo de muchas vidas que se afirman buenas, el abandono de las dificultades, la sumisión ante los poderosos. Existir a favor de los otros implica no querer resultados extraordinarios sino sólo tareas fielmente cumplidas, comprender las tareas como un aporte a una obra común, y mantener la decisión de buscar el bien de los hombres, no por su gratitud, no por su reconocimiento, sino porque de ese modo se realiza el bien.

En ocasiones, lo que creemos entrega, lo que consideramos una existencia donada a los hombres, esconde demasiada vanidad y omnipotencia. Nuestros proyectos, nuestra mirada, nuestra cultura. Pensemos cuánto de eso hay incluso en las propuestas de vida inserta, con toda su decisión de pobreza y el heroísmo de muchas de sus vidas. Es más humilde: Jesús nos ha dado su sentido en el gesto tranquilo de compartir el pan. Ese es el camino: tomar el todo de la propia vida, de sus felicidades, sus anhelos, sus dolores, y transformarla en pan que sacie el hambre de los hombres. Aunque eso esté dentro de las posibilidades de nuestra naturaleza, no puede realizarse sin una decisión irrevocable, fuerte, madura, continua, que no experimente como antagónicos el vigor de la propia afirmación y la hondura de la construcción colectiva.

Para concluir, sólo una imagen a la que muchos podrán buscar en sus recuerdos. Piensen por un momento, aquellos que han tenido la alegría de tener una madre o un padre que los ha amado, más allá de sus límites y sus errores, si su vida no ha sido siempre una vida a favor de Uds. Han tomado trabajos, por Uds.; han pasado cansancios y penas, que no hubieran encontrado si sólo hubieran buscado sus propias vidas. Han aceptado desconciertos y rechazos, contestaciones insoportables, ingratitudes mayores o menores. Han buscado sus propios y personales caminos con Uds. colgados de su cuello; han pasado años sin frecuentar muchos amigos, porque la escuela, los deberes, los deportes, la vida de Uds., consumía todo su tiempo y su energía. Han aceptado que los errores que Uds. cometían les fueran imputados, pero se han corrido frente a sus logros, para que pudieran ser totalmente suyos. Han tenido que tomar decisiones de una dificultad fortísima: pelear con la enfermedad en medio de la mayor incertidumbre, pelear con quienes pretendían hacerles daño, tener a veces el misterio de su vida o su muerte en sus pequeñas y frágiles manos. Han recibido mil críticas; han tenido que retroceder de muchas decisiones, porque las han reconocido como equivocadas. Han crecido para poder seguir acompañándolos: han dejado atrás muchos miedos que los paralizaban, han conocido el riesgo, han aprendido a pelear. Han buscado estar siempre a favor de sus vidas, con la única condición de no transformarse en cómplice del mal que pudieran cometer. Han existido, existen a favor de sus vidas. Y si son realmente padres y madres, jamás pensarían que hacen nada extraordinario, jamás pensarían que no han cometido errores. Pero el amor los ha despojado de toda vanidad: sólo han hecho lo que habían decidido ser y han aceptado sus consecuencias. Así de sencilla, así de honda, así de irrevocable es la existencia vivida a favor de los otros.

B. La comunión, experiencia y criterio de madurez humana

De muy diversas maneras, la existencia a favor de los otros, con toda su altura ética, nos sitúa en el nudo del misterio de la comunión. Pues, llevada a cabo desde la fragilidad de nuestra vida, desde sus riesgos constitutivos, sólo puede ser humanizadora, realmente humanizadora, si se orienta hacia la comunión; más aún, si se produce como movimiento de sístole que tiene su diástole en la comunión. Si no es así, cuando no es así, la existencia a favor de los otros puede desembocar en una experiencia de absoluta soledad, o del reclamo de la entrega o el abandono de la misma, o un progresivo pero notorio desprecio por los demás. Es decir, se vuelve susceptible de todas las críticas que el pensamiento contemporáneo ha desplegado con agudeza y a veces con una marcada crueldad. Lo digamos con mayor contundencia: si el existir a favor de los hombres no se orienta a la comunión de los hombres entre sí; es decir, a su donación mutua, a la interpenetración de las vidas y los proyectos, a la generación de una nueva vida que provenga de todos; si no se experimenta llamada a suscitar otras entregas, otros hombres que vivan y mueran por los hombres, entonces no es una vida viable. Hemos intentado hacer una descripción de su sencillez que nos permita hacer la crítica de todas las posibles omnipotencias que tantas

veces poseemos. Pero esa sencillez presupone ya una entrega que no se busca a sí misma, ni a su propio sujeto, sino a los otros. No para mantenerlos en estado de indigencia y necesidad, sino para volverlos pares, sujetos también de entrega, sujetos que se donan. En otras palabras, experiencia de comunión.

Quienes somos ya adultos hemos visto, vemos casi todos los días, a muchos hombres y mujeres que pierden el camino de la cordura en lo que debiera ser su paso hacia una madurez plena. No lo pierden en la vejez, no en la senilidad, lo hacen antes. A veces se nos ha ocurrido conjeturar que, al no poder sostener lo que pensaban, al no encontrar caminos para la bondad, al encontrarse impotentes para realizarla, enloquecen. Aunque conserven muchos rasgos de normalidad y sigan poseyendo hábitos sociales: algo en ellos ha perdido el rumbo, no sabe ya cómo vivir ni cómo morir. No pueden ya con los hombres, no pueden ya con la vida. A veces, realizan una crítica feroz a la decisión de entrega de su juventud y eligen una vida de rapiña, de búsqueda despiadada de bienes y placer. En realidad, no han logrado llevar su entrega a la madurez, a una tarea de comunión, y resentidos por las ganancias de los otros, llenos de escepticismo por su propia entrega, se transforman en muñones de una existencia generosa. El existir a favor de los hombres no ha encontrado los itinerarios de comunión, llamados a ser su rectitud y su cauce. Esto, que ocurre en numerosas vidas humanas, ocurre también en aquellos que buscan arraigar su vida en el Misterio de la Mediación de Jesús, a veces con mayor fuerza que en otras vidas. Tal vez debamos contextualizar las críticas nietzscheanas en este diseño frustrado de una existencia a favor de los hombres que se realiza fuera de la dinámica de comunión. Quizás también muchas de las dificultades que se encuentran en la vida concreta de la entrega podrían acotarse, perder su dramatismo, si formaran parte de itinerarios de comunión.

¿Por qué decimos esto? Porque estamos convencidos de que la comunión entre los hombres es su experiencia real de madurez, a la vez que el criterio que nos permite constatarla. El existir en comunión es la madurez de la vida humana. Sin comunión, los hombres se aíslan, transforman la vida en exclusión, dominio y beligerancia. Sin comunión, las generaciones jóvenes experimentan un profundo desconcierto (baste pensar en el desconcierto de los seminaristas cuando sus formadores no logran funcionar como una comunidad de formación). Nos es a todos patente la inmensa dificultad que poseemos como humanidad para vivir nuestras diferencias de historia y cultura, nuestras diferencias generacionales, nuestra diferencia entre varones y mujeres.

La comunión entre los hombres, tanto en el nivel de su vida personal, como en el de sus instituciones y tareas, en su vida social, en la dinámica de su generación de conocimiento y ciencia, en la gestión de sus diferencias de cultura e historia, en sus decisiones políticas y geopolíticas, es el dinamismo real y efectivo de la vida que se afirma, se comparte y se vuelve fecunda. Supone la diferencia, pero llama a la donación recíproca; convoca a la unidad de tareas y proyectos; suscita la apertura de la mente y de la vida; solicita la generación de un ámbito que nos sea común; repara, rompe las durezas, consuela, propone, acompaña; se torna dinámica eficaz de producción de comunidad. Pensaremos entonces en la comunión como obra de libertad y generadora de libertad, como dinámica de servicio, como constructora de comunidad. Hemos escogido estos tres aspectos porque

de alguna manera implican aquellos rasgos que son claves para la madurez de un ser humano. En efecto, no puede haber madurez humana si no hay libertad, capacidad de servicio, capacidad de construcción comunitaria.

1. Comunión y libertad

La comunión se realiza como dinámica de mutua donación: donación de vida, de bienes, de proyectos, de legados, de tareas. Nadie puede donarse a otro sin ser libre. Nadie puede recibir la donación de otro sin avasallamientos, a menos que no esté sostenido en su propia libertad. No hay comunión sin libertad. Este es el primero de sus presupuestos y el que se manifiesta como imprescindible. Los hombres no podemos entregarnos sin poseernos. Cuando no es así, la única sensación que tenemos es que la entrega es pérdida y alienación. Piénsese en los sacerdotes jóvenes, casi sin vida vivida como sacerdotes, a los que les es encomendada la tarea de formación. Incluso en el caso de que lo hagan estupendamente bien y crezcan en la tarea de modo admirable, o no lo hagan tan bien, pero no hay quién más pueda hacerse cargo, no podemos sino decir que muchos cargan sobre los hombros de los seminaristas sus propias falencias de humanidad, sus inseguridades profundas, sus límites de horizontes sacerdotales, su pobreza teológica en la mirada eclesial. Todo esto por una única razón: su propia juventud. Algunos crecen hasta dar con la talla; otros se destrozan en la tarea. Porque entregarse exige poseerse y los jóvenes, incluso muchos jóvenes heroicos y sacrificados, necesitan aún caminar su propio sacerdocio. Lo hemos afirmado ya en otras ocasiones: es bueno y vivificador que un equipo de formadores posea jóvenes, más cercanos a la vida y edad de los seminaristas; no es bueno que este equipo esté formado casi exclusivamente por jóvenes; es imprescindible que los obispos atiendan al ruego humano de sus formadores cuando le piden ser apartados de sus tareas, ya que los está destrozando. Pues no se puede cubrir lugares con el riesgo de muerte, pecado grave, destrucción psíquica o moral de un sacerdote. Lo cual no quiere decir que no pueda vivir su entrega de otra manera, sino que este tipo de entrega, donde debe sostener y legar a otros el auxilio de su vida sacerdotal, donde debe tener una apertura que contenga, incluso a aquellos que piensan tan distinto, aún no le es posible.

¿Cuándo nos poseemos? Cuando ya no tememos hacernos cargo de las consecuencias de nuestros actos; cuando no acusamos a nadie de nuestras dificultades; cuando relativizamos nuestros logros; cuando aceptamos con orgullo las obras que realizamos, porque las abrazamos como parte de la inmensa gratitud que debemos a Dios y a todos aquellos con quienes hemos trabajado en conjunto. Nos poseemos cuando ya no miramos como algo sobresaliente nuestra propia identidad, sino como aquella semilla que crece junto a otras y está llamada a dar frutos para todos. Nos poseemos cuando asumimos todas las exigencias de la tarea y la vocación que nos ha sido dada y nada pedimos a cambio, pues sabemos que ya de antemano hemos sido pagados con esa tarea y esa vocación. Nos poseemos cuando nuestro corazón posee la certeza de cuánto bien pueden hacer a los hombres otros hombres, distintos de uno mismo, y buscamos su presencia y acción. Nos poseemos cuando nuestra mirada está fija en la tarea que nos ha sido encomendada, sin miradas de recelo ni envidia hacia otras vidas, otras tareas. Nos poseemos cuando sabemos que necesitamos consejo en lo que no sabemos, amigos para no creernos

especiales, compañeros en las tareas, contradictores en nuestra vida, jóvenes a quienes hemos aceptado legar lo que hemos hecho. Dicho en otras palabras: nos poseemos cuando nos orientamos a la comunión.

De ahí que una vida que no quiere a nadie más que a sí mismo en lo que hace y piensa, o cuyo anhelo es dar origen a algo nuevo, porque sólo se ve como fundador, nunca como continuador de nada, aún no se orienta a la comunión. Pensemos en aquello que muchas personas padecen en las instituciones eclesiales, en las vidas parroquiales, en las diócesis, en los seminarios. Un anhelo de empezar de cero, que parece asomar cada vez que cambian las autoridades o los responsables. No importa cuánto de bueno haya habido en lo anterior: cada uno quiere ser dueño total de la obra. Dueño de los planes pastorales, dueño de las estructuras, dueño de los criterios; parámetro que decide qué grupos recibirán apoyo y cuáles no; principios absolutos de la eclesiología que regirá la vida parroquial, o la vida del seminario, o la vida de la institución o movimiento, o la vida de la diócesis. A veces, no es muy distinto de lo que ocurre en los cambios en la vida civil: cada funcionario viene con su gente. Pues bien, algo así ocurre en la vida eclesial: aparecen los “entornos”, se privilegia otro grupo humano, otro movimiento, otra eclesiología. Las comunidades experimentamos, demasiadas veces, que nuestra vida cristiana personal y familiar, nuestra historia de parroquia o movimiento, nuestra historia como diócesis, nada cuentan. Sólo cuenta una especie de dinámica clerical interna, de la que nosotros, a veces, parecemos ser algo así como el vagón de cola de un tren, cuyo maquinista nos desenganchará cuando llegue a su destino; y seremos enganchados a otro tren, y cambiaremos de orientación y sentido. Nos preguntamos entonces: ¿cuál es la dinámica de comunión, si no queremos recibir otras vidas y su historia? ¿Cuál es la dinámica de comunión, si una entrega no puede medirse, corregirse, consolarse, encontrar descanso, en la vida entregada de los otros? ¿No sería obligatorio preguntarnos si esta exageración de protagonismo no es, en el fondo, un rechazo a la comunión?

La libertad que busca la comunión no se deja paralizar por el miedo; no le teme al error, porque sabe de antemano que ocurrirá; no busca la simetría de la respuesta, sino una decisión de respuesta, libremente querida. Como cuando dos personas deciden compartir su vida y comprometerse en ello. El miedo, la posibilidad de error, el desconocimiento sobre el futuro, están allí; sólo que no son más fuertes que el anhelo de compartir la vida. ¿Por qué? Porque es como si ya hubiera llegado el momento de hacerlo. Ya no basta compartir las decisiones sobre las salidas, ni tampoco basta seguir perteneciendo a la familia de origen. Ahora es necesario pasar por esa otra fragua del conocimiento mutuo y el mutuo amor, tal como es el implicado en tomar decisiones económicas conjuntas, establecer nuevos vínculos, ser los responsables últimos de todos los caños rotos, las facturas de todos los servicios, la educación de un ser humano pequeño, la vida que se construye entre ambos, la posibilidad de ser afectado en los propios bienes por la decisión económica del otro, la posibilidad de la enfermedad y la certeza de la muerte, la posibilidad del fracaso y de la destrucción de la vida. Todo esto está implicado en esta entrega mutua, en esta construcción conjunta de una nueva forma de vida. Está implicado también el rechazo a todo autoritarismo y toda sumisión, pues la comunión pide que cada

uno pueda libremente entregarse; está exigida la promoción de la libertad del otro, incluso cuando una estructura de sumisión pudiera presentarse como menos conflictiva.

La comunión implica una dinámica profunda de vida que se comparte, no un acuerdo de distribución de tareas, horarios y funciones, cuyo único fin es evitar los roces y las discusiones. Pensemos hasta qué punto, tantas veces, un sacerdote joven, recién enviado a una parroquia, descubre que su párroco no está dispuesto a compartir la vida con él. Los criterios no se discuten; las actividades no son susceptibles de propuestas; los pequeños o grandes talentos con los que puede servir no entran en el horizonte; en ocasiones, tampoco se comparte ni la oración, ni la comida. Muchos sacerdotes jóvenes descubren que sólo son mirados como fuerza de trabajo: alguien que se ocupe de las misas, que pueda cumplir los horarios de las confesiones, que pueda atender los grupos que se reúnen a la siesta. Pero nadie se ocupa de compartir con ellos esta vida sacerdotal, que recién está echando a andar. En el fondo, no es compartir la vida lo que se busca, sino sólo disminuir el trabajo. Si lo miramos desde el otro punto de vista, muchos sacerdotes adultos reciben a jóvenes que no quieren recibir nada de nadie; como dicen muchos párrocos, “ni bien estamos ocupados, atendiendo a alguien, o en una reunión, aprovechan para irse, sin avisar si van a volver a comer o no; sin preguntar si son necesarios para algo”. Pero eso sí: su día de descanso es sagrado, aunque el mayor esté enfermo; sus vacaciones también. Quieren trabajar sólo con los jóvenes; sobrevaloran lo que hacen; miden el éxito pastoral por el número de jóvenes que viene a los grupos; abandonan y hasta desprecian las formas de espiritualidad y apostolado que viven los adultos mayores y los ancianos.

En el fondo y en la superficie, ¡cuánta cerrazón! ¡Cuánta riqueza que no quiere compartirse! ¡Cuánta fuerza de vida que sólo busca desarrollar su propia vida, sin recibir a ninguna otra! ¡Cuánta posibilidad de vida comunitaria que se escinde o destruye! En muchos casos, entregas que sólo persiguen el protagonismo de la entrega; entregas que no quieren otras vidas en las propias; entregas que conciben una sola libertad, la propia.

Podemos entonces decir que la comunión no se realiza como un movimiento espontáneo que surge de la vida que fluye. Requiere de la decisión de la libertad que abre hasta lo más profundo: la vida cotidiana, los criterios, los vínculos, los afectos. Esta apertura busca la reciprocidad, aunque sepa que siempre es posible el rechazo y la decepción. Pero sigue buscándola, porque la comunión no se satisface con la propia libertad, sino que busca suscitar la de otros. Vista desde su exigencia de libertad, la comunión implica un movimiento de donación y de recepción, sin miedo a la diferencia y a la pérdida; implica también la asunción de los trabajos propios de la donación y la recepción; descansa en la certeza que afirma que no puedo darme a mí mismo ni a los demás el todo de la vida y de los hombres, de manera que sólo puedo recibirlo de los demás y construir una obra de comunión donde la mutua entrega sea posible.

2. Comunión y servicio

Una vida humana es madura cuando ha descubierto el servicio; el servicio real y efectivo es una obra de comunión. ¿Qué es lo que queremos afirmar con esto, sobre todo si

tenemos presente que, para las críticas al cristianismo, el servicio a los hombres obedece a móviles oscuros de autodestrucción, a un dinamismo de alienación que se escapa del coraje de lo propio, a un solapado movimiento de manipulación de las conciencias y los hombres? ¿Qué queremos decir, cuando no podemos sino aceptar que muchas veces es efectivamente así? Todos conocemos personas falsamente serviciales, aquellos cuya aparente intención de servir oculta apetencias de poder y privilegios, o beneficios económicos. Son los primeros en ofrecerse para las tareas; son los primeros en destacar lo poco serviciales que son los demás, incluidos, por supuesto, sus propios compañeros, sobre todo si son mejores que ellos; son los primeros en exagerar la dificultad o imposibilidad de la tarea, cuando no han logrado efectuarla. No creemos que exista un solo formador que pueda decir que no conoce, en sus propios formandos, alguno de estos falsos servidores. No creemos que exista un solo sacerdote que no conozca, en sus propios hermanos de presbiterio, alguno de estos protagonistas mediáticos del falso servicio, sobre todo cuando cambian los obispos y muchos quieren ser conocidos y escogidos para alguna tarea. Nada existe en ellos del gesto de Jesús, realizando el lavatorio de pies a sus discípulos, porque no consentirían a la opacidad, ni a la tarea humilde, ni a estar a la altura de los pies de todos y no poder ser captados por ninguna cámara. Esto no es el servicio que propone Jesús, el Cristo.

El servicio implica la dedicación a una tarea objetiva, tarea que es capaz de promover la vida y la dignidad de los hombres. La tarea pone límites y proporciona criterios, puesto que algunos pueden llevarla a cabo y otros no, puesto que algunos son mejores y más capacitados que otros para hacerla. La tarea disminuye los recónditos impulsos de alienación que todos poseemos, puesto que no puede realizarse sin que cada uno apele al desarrollo de sus recursos y talentos. La tarea nos pide compartirla, puesto que su crecimiento requiere de muchos. En otras palabras, la tarea nos impulsa a la comunión, a la vez que es nuestro aporte de comunión.

Volvamos entonces al servicio como experiencia y criterio de madurez. Nadie madura sin encontrar el rumbo hacia la tarea que le es propia, allí donde florecerán sus dones; allí donde serán rectificadas sus malicias. La tarea es el rostro visible y objetivable del servicio. Algunas surgen de encuentros que nos han abierto una parte del mundo que desconocíamos; otras surgen de discipulados profundos, que nos han encauzado hacia lo que era nuestro; otras surgen de los hombres que nos invisten con ella, aunque a nosotros no nos sea cierta. Toda tarea verdadera surge de Dios, que nos confía una parcela del mundo y de los hombres en herencia. Por todo ello, quien encuentra su tarea, encuentra el lugar donde se conjugan, sin contradicción, la grandeza y la humildad. Encuentra también el lugar donde puede poseer el coraje de la insumisión, puesto que sabe que a él le está confiada. Cuando nos animamos a mirar, sin edulcoración, la vida de los santos, advertimos en ellos un coraje profundo para las obras, un coraje profundo para enfrentar a los poderosos de este mundo, una afirmación de la obra que no puede sino dejarnos sin habla. Nada hay de servilismo en sus palabras.

El encuentro con la propia tarea es semejante al encuentro de un niño que está aprendiendo a caminar con aquellos objetos en los que puede apoyarse. Las manos agarran con fuerza, el cuerpo se impulsa hacia arriba y se yergue. Hasta que la postura

erguida se vuelva la de su propio cuerpo. Algo así es la tarea que nos compete: es necesario descubrirla, asirse a ella con todas nuestras fuerzas, pararnos por su impulso, transformarla luego en nuestra propia posición en la vida y entre los hombres. ¿Diríamos acaso que es soberbio un niño porque ha aprendido a pararse? ¿Preferiríamos que estuviera sentado y quieto, puesto que su capacidad de movimiento produce en nuestra vida mayor trabajo? A veces, cuando no queremos que los hombres encuentren su lugar y su tarea, somos semejantes a esas madres perezosas, que reniegan del crecimiento de su hijo, puesto que requiere de ellas mayor esfuerzo.

Pues bien, pese a que ninguno puede dedicarse sólo a su propia tarea y tantas veces la vida y las responsabilidades económicas nos hace hacernos cargo de cosas que no amamos, no podemos sino persistir hasta encontrar un lugar para lo nuestro en nuestra propia vida. De ahí que nos sea inexcusable decir que, en la medida de lo posible y con toda la dificultad que ello supone, no podemos disponer de las personas para ponerlas en cualquier lugar y hacerlas responsables de cualquier tarea. En las prácticas laborales e institucionales, esa forma de disposición de las personas es el mecanismo que se utiliza para que nadie pueda sentirse seguro en lo que hace (nada es mejor que separarlo de lo que hace bien); mirado desde las dinámicas del poder, es una forma de no distribuirlo y de impedir que se produzcan líderes con peso propio. Es verdad que nada es tan simple; es verdad que las vidas son más difusas y las responsabilidades son muchas y hay demasiadas cosas por hacer. Aún así; aún así hay personas para algunas tareas y otras que no; sigue siendo responsabilidad del que gobierna o dirige, el asumir la labor de ayudar a que los suyos encuentren el rumbo hacia lo que les pertenece. Porque, lo más asombroso —y para nosotros lo más triste— es que aquellos que no vislumbren su verdadera tarea no podrán servir. Necesitarán del reconocimiento de los otros como sustituto de la alegría que no encuentran en lo que hacen; atenderán demasiado a las opiniones de los hombres y no poseerán criterios propios; instrumentalizarán su tarea en orden a la consecución de otros bienes, pues no encontrarán en ella el lugar donde todo les es regalado. Pues es como si nuestra tarea fuera el aporte que llevamos hacia la mesa común y, al sernos quitados de las manos, no hay ya nada objetivo con lo que podamos contribuir a ella.

El ideal de la pobreza y la obediencia no deja por ello de ser verdadero. Pues puedo prescindir de todo cuando poseo en el alma un gran amor; mi obediencia se vuelve la de un libre, pues sé quién soy y qué debo hacer. Creemos que no es posible tomar como medida de todos los hombres las misiones excepcionales con las que a veces el amor de Dios llama a algunos hombres, esas misiones donde los hombres son arrancados de su vida y llevados hacia otros caminos, pues incluso en ellas existe una misteriosa continuidad. Además del hecho de que las misiones extraordinarias no son para todos. Basta en la mayoría de los casos, con ayudar a encontrar y promover aquellas tareas en las que coincidimos con nuestra historia y nuestras entrañas. Al hacerlo, promovemos agentes de comunión. Nuestra tarea, amada y realizada con toda la pasión de nuestra alma, es nuestra contribución mejor a lo que nos es común. Ella tiene, para cada uno, la dosis exacta para curarnos del egoísmo, de la envidia, del miedo, del resentimiento, de la prepotencia. Es lo mejor de nosotros mismos. En ella, el servicio es hasta casi inadvertido para el mismo que la realiza; sus fatigas no asustan; sus logros no vuelven soberbios.

¿Cómo podremos saber si la hemos encontrado? La habremos encontrado cuando la vida se vuelva concentrada y sencilla; cuando lo que más queramos sea tenerla en nuestra vida, volverla parte de ella. Como cuando nos enamoramos. Sólo hay un criterio para saberlo: queremos estar con esa persona, hasta llegar a compartir con esa persona el todo de nuestra vida. Podremos hacerlo o no; podremos ser o no amados; las exigencias laborales podrán llevar casi todo nuestro tiempo. Pero lo que sé de mí es que quiero estar con la persona a la que amo. Lo que sé de mí es en qué quiero emplear mi vida y mi tiempo. También es así con las tareas que nos pertenecen: quiero vivir y morir haciéndolas.

3. Comunión y construcción de la comunidad

En el primer apartado, nos detuvimos en la comunión como dinámica de entrega libre de la vida y promoción de libertades que se entregan; en el segundo, nos hemos detenido en la comunión como servicio que se realiza en el hallazgo y cumplimiento de una tarea objetiva y promoción de otras tareas. Ahora, nos vamos a detener en la comunión como dinamismo de construcción de la comunidad. Es en esto último donde podemos avizorar el sentido más específico de la comunión.

Nuestra libertad, nuestra tarea como servicio, no encuentran su plenitud en el sujeto mismo, aún cuando esta completitud del sujeto sea inherente a todo ser finito. No podríamos decir que no nos realiza, que no obtenemos nada a través de ellas. Sin embargo, hemos intentado mostrar que la libertad es el presupuesto de la donación, que la tarea es el presupuesto concreto del servicio. No es nuestra ausencia de identidad personal y de tarea la que nos vuelve aptos para la formación de una comunidad, sino, por el contrario, una posesión tan fuerte de la misma, una exigencia tan fuerte en su construcción, que nos permite disponer de ella.

Sin embargo, si cada uno de nosotros sólo quisiera retener lo suyo, desarrollar lo suyo, hacer su propio camino, llegaría un momento en que los límites entre los hombres se tornarían infranqueables. O llegaríamos a la conclusión errada que considera toda palabra o toda propuesta sobre otra vida como el ejercicio de una violencia o una represión insoportables. Caminos y conclusiones que atraviesan muchas de nuestras sociedades y que son más fuertes en ciertas franjas de edad. De muchas maneras, esas son las vías del individualismo. Toda acción sobre otro es coacción y violencia; todo mandato es represión; cada uno se basta a sí mismo y debe ser ley para sí mismo; el libre juego de las decisiones personales traerá como resultado lo que es bueno para todos. Nos es obligatorio decir que esto no es verdad. No es verdad que baste encontrar un camino y esto equivalga a encontrar una tarea; que baste afirmarse en las propias decisiones y desde ahí se producirá espontáneamente, una decisión a favor de los demás. Necesitamos tener una certeza profunda sobre la pertenencia a una humanidad común; necesitamos haber tomado, en obras, la decisión de la fraternidad. Pues quienes somos cristianos afirmamos con demasiada liviandad que todos somos hermanos. Demasiada liviandad, puesto que muchas veces podemos experimentar que ni siquiera bastan los lazos de sangre para garantizar la persistencia en el tiempo de la misma. ¿Hermanos con todos? Demasiado difícil.

Esa decisión, en obras, es el paso inicial de la comunión. Las diversas funciones y responsabilidades, las diversas edades, las diversas sociedades y culturas, no pueden obstaculizarla. El problema es cómo llevarla a cabo, sin menoscabo de las diferencias y las responsabilidades. Este interrogante sobre el cómo nos permitirá despejar algunas dificultades.

La comunión supone la mutua donación que hace que las vidas se interpenetren. No se realiza como anhelo sino como tarea concreta y servicio eficaz. Esa donación genera lo común, no con el carácter común que proviene de la misma naturaleza, sino de ese carácter de lo común que surge de la decisión y la libertad. Al hacerlo, desde la obra más pequeña hasta la más grande, lo que surge es la comunidad. Una mesa es común, no porque todos comemos de los platos que ha llevado sólo uno, sino porque todos hemos llevado nuestro plato. Hay vida familiar, no cuando hay un espacio que se habite como la convergencia de muchas pistas de llegada o salida de aviones (cada uno llegando de su vida, cada uno saliendo hacia su vida), sino cuando uno comparte su vida con los demás, cuando sostenemos espacios comunes, tiempos comunes, proyectos comunes. Hay vida eclesial, cuando la vida de todos y cada uno pueda ser llevada como ofrenda a la asamblea, cuando las culturas y sociedades no tengan que perder su identidad para asumir la identidad de otra cultura (porque entonces el Anuncio Pascual será percibido como parte de un mecanismo de colonización), cuando los tesoros de sabiduría y la formación teológica puedan ser compartidos por todos; cuando su vida haga caminar al paralítico, escuchar al sordo, ver al ciego, puesto que el don que habita en ella es ofrecido a todos. Hay vida común en el Seminario, cuando la formación permita la coexistencia de talentos o líneas eclesiológicas diferentes, cuando ningún formador se crea recurso último en la formación de los seminaristas, cuando se formen lazos que fecundarán el presbiterio y la vida de todos los fieles.

La comunión anima a la entrega, reconoce la diversidad de historias, produce tiempos de encuentro; la comunión allana los conflictos, sin pretender anular su existencia. No busca que todos los hombres sean amigos entrañables, sino que se experimenten pares en humanidad; no falta el respeto a las tareas y sus tiempos, sino que ofrece complementariedad, cooperación, renovación de las mismas. La comunión no exige la anulación de los gustos personales, ni de las identidades personales y las definiciones sociopolíticas. Promueve una vida común, no un pensamiento único. No oculta las oposiciones ni las diferencias, pero propone metas que requieran a todos.

La comunión ausculta las profundidades, allí donde se encuentran los amores más hondos de los hombres. Pues sabe que el único modo de sostener las diferencias, sin anularlas, es encontrar el camino hacia un amor que sea común. Quien ama una obra, y conoce la declinación de sus propias fuerzas, sabe que debe correrse para que ésta pueda ser sostenida por otros y perviva. Un formador comprometido con los seminaristas sabe que debe buscar consejo y apoyo frente a un ser humano al que no puede ni sabe acompañar. Quien ama una comunidad parroquial, quiere un vicario cercano a los jóvenes, pues es quien puede retenerlos en la parroquia. El secreto está siempre en la fuerza y coherencia del amor.

La comunión propone tareas largas y difíciles, pues no hay nada mejor que ello para experimentar la mutua necesidad, la eficacia de la ayuda. La cercanía en los espacios y ámbitos de la tarea produce, en muchas ocasiones, una familiaridad que ni la mejor conversación puede provocar. De ahí que sea un eficaz agente de comunión quien sabe encauzar las diferencias en tareas que requieren complementariedad. Porque a veces podremos resolver alguna enemistad con alguna conversación, pero a veces deberemos resolverla en alguna obra.

Si miramos todo lo anteriormente dicho, debemos decir que la comunión es la dinámica de la misma vida en comunidad, dinámica que la produce, dinámica que la sostiene, dinámica que es su plenitud. Sólo en un dinamismo de comunión pueden las diferencias no producir hostilidades y las barreras levantarse. Esa dinámica acepta la distribución de responsabilidades y funciones, a la vez que es su tamiz crítico permanente. Pues la misma función, la misma responsabilidad, son operadores de comunión, constructores de comunidad. U operadores de su destrucción. Hay parroquias que se asfixian con la llegada de un nuevo párroco, como si un aire enrarecido recorriera toda la circunscripción: viene a talar todo lo que ha crecido, porque lleva un saco lleno de nuevas semillas. Hay diócesis que pierden todo vínculo entre Iglesia y cristianismo, porque un corsé pequeño y apretado les impide respirar y no puede ya inhalar el ímpetu del Espíritu que recrea y aproxima el rostro de Jesús, el Cristo. Hay presbiterados íntegros que se desmoronan, cuando los obispos suscitan la delación de unos a otros, la sospecha permanente, los cambios de lugar porque sí, los entornos cerrados de sacerdotes con acceso privilegiado a la información y las decisiones.

La comunión pone límites también a las obras y desinstala toda búsqueda de eficiencia que esté siendo inhumana, toda expectativa de resultados cerrada a la historia, el ritmo de apropiación de los hombres, su necesidad de participación y libertad. Porque sabe que la vida común se construye lentamente y entre todos.

La comunión exhorta al crecimiento y rechaza toda comodidad, pues la interpenetración de las vidas requiere adultos responsables y no niños eternos. Porque el trabajo es mucho y los que quieren ser adultos, pocos. Muchas veces hemos experimentado un profundo dolor al ver las tareas que se ofrecen y las manos que se retiran. ¿Por qué? Porque hay muchos que no quieren la conducción, el abandono de la ligereza de la juventud, las decisiones difíciles en sus manos. Algunos aceptan el cargo, pero no lo llenan; algunos se refugian en lugares de poca responsabilidad; algunos quieren permanecer en la duda o la objeción permanente o el perfeccionismo que permita la fuga de la obra y de sus posibles detractores. Y, sin embargo, les está siendo pedido que asuman la carga de la comunidad, que renuncien a la sonrisa del que no toma decisiones conflictivas, que ocupen su lugar en las comunidades de los hombres. Muchos, que han caminado con paso aparentemente firme en el respeto, la promoción de los otros, su apertura a otras experiencias y otros mundos, pierden el paso al llegar a este ofrecimiento. Y el paso que les está siendo pedido es una decisión de construcción de la comunidad, una decisión de comunión. No quieren a la comunidad por encima de su nombre, del respeto de los demás, de la exposición pública y la calumnia. No quieren tener la vida de nadie en sus manos.

Quienes han descubierto —dolorosamente por cierto, pero también con una insondable alegría— que su vida está especialmente llamada a la construcción de una comunidad humana, a la construcción de la comunidad eclesial, entregarán todo a esta tarea, incluso su propio miedo. Sabrán de antemano, o lo descubrirán al poco tiempo, que ya no hay descanso, que serán desnudados de sus propias certezas, porque recibirán el corazón multiforme de los hombres para abrirlos al amor, un corazón agobiado de incertidumbres. Sabrán, si creen en el Dios vivo, que serán extendidos en cruz entre los hombres, para que la vida de uno pueda llegar a la del otro, que completarán con su carne y su sangre lo que le falta al uno, lo que le falta al otro. Sabrán que la pusilanimidad ya no les será posible —aunque sepan con certeza que habita en sus almas—, porque la debilidad de los hombres, o su cobardía, ha encontrado asilo y cobijo en sus almas, y tiene que proveerlos del pan del arrojo y el coraje y estar a su lado, junto a ellos, delante de ellos, cuando los prepotentes busquen avasallarlos. Sabrán que no podrán gestionar las diferencias ni los conflictos, sin entregarles sus almas como fuego que vuelva a forjar las armas que los hombres construyen y transforme las espadas en azadas. Pero creerán, creerán con todas sus fuerzas, que su vida está llamada a ser una de esas piedras preciosas de la imagen de la Jerusalén Celestial, que han sido pulidas con esfuerzo, para que su brillo y los matices de su color pudieran ser parte de esa increíble imagen de belleza y de luz que es la novia que sale a recibir al Esposo que llega. Una novia que es ciudad. Una novia que puede decir, con la fuerza del Espíritu: “Ven, Señor Jesús”. “Dicen el Espíritu y la Esposa: Ven”.

C. La comunión en las propuestas educativas de los Seminarios

Lo primero que debemos decir es que no se forma para la comunión sino en el ejercicio real de la comunión. Lo cual es una verdad de Perogrullo. Pero es una verdad que debe ser dicha y repetida mil veces. Este fermento de unidad entre Dios y los hombres, que es el ministerio sacerdotal; esta semilla de fraternidad que está llamada a ser la Iglesia en el medio de los hombres; este pequeño pan de vida por el cual la vida humana es llevada a penetrar en el interior del Misterio Trinitario, no existe sino para producir la mutua donación de la vida y llevarnos, unidos y donados, hacia el mismo Dios. Sin embargo, los hombres se separan de Dios y de la Iglesia a pasos agigantados, pues para muchos, para demasiados, la Iglesia es una pieza de museo, un recuerdo de un pasado ya superado. Jamás, ni por aproximación, pensarían en ella como un misterio de comunión. Sin embargo, tal es el centro de su identidad y de su Anuncio.

¿Qué cambios pueden estar en nuestras manos? Porque hay algunos o muchos que no lo están. ¿Cómo irradiar ese misterio de comunión al cual pertenecemos? ¿Cómo dinamizarlo y visibilizarlo en la vida de los Seminarios? No puede satisfacernos su invisibilidad, puesto que el mismo Dios nos ha hablado por una Palabra que era visible; es verdad que se trata de una visibilidad que convoca a nuestra libertad y no se patentiza a ella como evidente. Pero es visible.

1. Interrelación entre currículum, estrategias didácticas y formación pastoral

¿Cómo educar para la comunión, tanto en las líneas curriculares, como en las estrategias didácticas y la formación pastoral? Sobre todo, teniendo en cuenta las diversas decisiones que las diócesis toman respecto de la educación de sus sacerdotes. La educación universitaria en una universidad católica, la organización de un currículum que se imparte en el mismo seminario, la inserción de este currículum en la estructura del sistema educativo provincial, la presencia de congregaciones orientadas a la formación sacerdotal, la formación en manos de los sacerdotes del clero diocesano.

Señalaremos ciertas líneas de trabajo. Muchas de ellas han sido seguramente ya reflexionadas por todos Uds. y han sido objeto de preocupación y propuestas concretas. El eje que atraviesa estas líneas es la consideración de la comunión como una dinámica de unidad que alberga y sostiene la diversidad, que incita a la puesta en común, que recoge e irradia. Es decir, entonces, que nos estamos preguntando, en concreto, cómo generar esta dinámica, cómo fortalecerla, cómo producir semillas vivas de comunión, que serán enviadas a la Iglesia y a los hombres para producir en ellos comunión.

a) Currículum y estrategias didácticas

Aún cuando en muchos casos, los contenidos del currículum no están en las manos de los formadores, sobre todo en los casos en que se asiste a universidades o centros de educación fuera del seminario, sí está en sus manos la presencia viva del mismo en los Seminarios. Pues una de las dificultades es la escisión entre contenidos disciplinares y formación pastoral. Es necesario y bueno fomentar la conversación sobre los temas de estudio, los trabajos a realizar, los debates teóricos implicados, incluso plantear la posibilidad de foros o jornadas internas donde puedan presentarse los temas, las discusiones, los contenidos. Sin ánimos inquisitoriales, ni descalificaciones verbales, con la conciencia precisa que existe una vinculación con el proyecto de vida que a veces sólo puede ser dada en la casa de formación.

Animen a los seminaristas a encontrar contribuciones o marcos teóricos para sus propuestas de acciones pastorales en los mismos contenidos que estudian; anímenlos a llevar a la oración lo que leen y a depositar frente al Santísimo la rumia de lo estudiado; anímenlos a depositar como ofrenda el tiempo de preparación para los exámenes, las clases y los profesores, la a veces insoportable Filosofía. Enséñenles a ver las largas horas de estudio como esas horas de construcción del amor que les será pedido por aquellos a los que conocerán tal vez muchos años después: un joven inquieto, ávido de conocimiento; un profesional que no encuentra sentido a su vida; una adolescente llena de proyectos y fuerza... ¡tantos otros! Ayúdenlos a experimentar que esa respuesta que no podrán dar, ese consuelo que no podrán ofrecer en el sufrimiento, les está siendo dado ahí, entramado en las tardes de estudio, en las clases largas, en los libros que rechazan leer.

Muchas veces los seminaristas reciben las primeras deslegitimaciones del conocimiento y los contenidos disciplinares de aquellos mismos cuya tarea es formarlos. El planteo de fondo suele ser siempre el mismo: no hay unidad entre los contenidos y la vida sacerdotal concreta. Si ese es un vacío que encuentran, busquen la forma de encontrar caminos, pero no arriesguen el acceso al conocimiento por parte de los jóvenes, que tienen un inmenso mundo por descubrir y un no menos inmenso desafío que responder.

A lo que debemos agregar un dato de nuestro contexto histórico, que probablemente sea más fuerte en el contexto de los sacerdotes de esta época. La educación se ha complejizado; grandes franjas de nuestra población educada poseen como obligación los estudios de posgrado; los problemas de la pobreza en esta época de globalizaciones requieren respuestas complejas; la geopolítica está atravesada por la necesidad de recursos naturales, beligerancias, neocolonialismos. Es imprescindible un currículum de estudio que posea la más alta penetración filosófica y teológica posible. Pero en vez de ser planteado como un requisito para recibir el Orden Sagrado, debe mostrarse como parte de la constitución de un corazón de pastor enamorado de los hombres, un pastor que quiere acompañarlos en sus precipicios de sentido, un pastor que quiere recibirlos y donarse a ellos. Piensen, si no, la dificultad de una pastoral universitaria, la dificultad de constitución de centros católicos de investigación, la distancia efectiva que han tomado las ciencias sociales con cualquier criterio que provenga del sustrato mismo del cristianismo.

La distancia con el conocimiento en los Seminarios, la deslegitimación del mismo por parte del presbiterio y hasta de algunos de sus formadores, es una ofensa a la comunión. Pues separa lo que una dinámica de comunión debería unir.

Nos consta también que muchos formadores poseen una inquietud legítima sobre la aridez del conocimiento, aridez que muchas veces desalienta a los seminaristas o que a veces atrae a algunos hacia la distancia respecto de los hombres. Esa inquietud es real y debe ser objeto de preocupación. Pero la preocupación no debe intentar canalizarse a través de la crítica a la necesidad del estudio o a través de las objeciones permanentes a quienes toman esa actitud. Con paciencia, con inteligencia, deben enseñarle a pasar de la clave de atracción por la ciencia (atracción hermosa y necesaria, atracción que quizás construirá la identidad de muchos), a la atracción por la sabiduría. Pues es la Sabiduría quien no puede obtenerse sin sencillez, quien no se entrega a los hombres sin que éstos se empapen de humanidad, quien rechaza a los que se ensoberbecen con su ciencia. Porque es la Sabiduría quien puede producir la comunión de los diversos conocimientos, su interpenetración mutua, su dinámica de servicio a la vida de los hombres.

Esto es algo que quizás pueda obrar como clave efectiva de comunión para el currículum: debe encontrarse tensionado hacia la Sabiduría. Por lo tanto, si bien deben satisfacerse todos los requisitos necesarios para la adquisición de las diversas disciplinas, el horizonte de referencia no puede ser el de la ciencia sino el de la sabiduría. Se debe alentar a aquellos que son atraídos por la ciencia a poner su cima y su ideal en la sabiduría; se debe guiar a los que no sienten ninguna atracción por el conocimiento a adquirirlo en aras del amor y la responsabilidad pastoral, a estimar la ciencia en clave de sabiduría. Debe

plantearse particular atención a que las distintas experiencias se interpielen y comuniquen, se experimenten mutuamente como riquezas para la formación del futuro presbiterado que conformarán.

Una observación en especial sobre las estrategias didácticas. La formación de un ser humano para la comunión requiere de estrategias de aprendizaje que favorezcan el debate, la naturalización de la crítica, el respeto por las posiciones distintas, la búsqueda de consensos, el esfuerzo y la alegría en el hallazgo de la verdad. De ahí que sea necesario ser particularmente cuidadosos en el paso apresurado a una crítica superficial de pensamientos forjados fuera del ámbito cristiano, puesto que resulta muy difícil formar un talante dialógico si todo trato con las reflexiones no cristianas oscilan entre la defensa y el ataque. De manera análoga, también el pensamiento y la doctrina cristiana necesitan exponerse explorando sus posibilidades de diálogo y encuentro. No pretendemos con esto afirmar que no haya conflictos teóricos, sino que es preciso incentivar al encuentro de razones profundas, de verdades entrañables, de caminos de crítica que, para ser honestos y fecundos, necesitan muchos años de investigación y reflexión. Hemos tenido la oportunidad de seguir en contacto con muchos seminaristas luego de su alejamiento del Seminario: algunos han buscado quedarse cerca de un marco de referencia cristiano y, de muchas y diversas maneras, son un fermento de comunión en los ambientes en los que se encuentran; otros han pasado a posturas radicalmente críticas y, pese a que muchas veces sus críticas ocultan quiebras morales, otras obedecen al descubrimiento de la estrechez de pensamiento en la que se habían formado. Es a menudo esta estrechez, no la anchura y plenitud del cristianismo, la que no resiste los embates del mundo.

Otro elemento que debemos destacar, es la necesaria advertencia de las diferencias culturales y regionales de los seminaristas, sobre todo cuando su centro de estudio se encuentra fuera de su lugar de origen. Si bien no podemos evitar la existencia de un nivel de exigencia apropiado a la adquisición de conocimientos, debemos tener en cuenta los usos diferentes respecto a la oralidad, la abstracción, la toma de la palabra, la expresión de las propias opiniones, la discusión. Sobre todo, para no extraer conclusiones de nivel de desempeño, cuando eso obedece a otras marcas culturales. Damos un breve ejemplo de nuestra tierra, del NOA argentino. Nosotros no tomamos la palabra pública inmediatamente; si alguno lo hace y lo hace expansivamente, esperaremos a ver su producción escrita, porque en demasiadas ocasiones, casi en todas, no es serio. Como diríamos nosotros: “No hay que creerle, porque habla de más”. Cuando los nuestros están en tierra extraña, incluso los mejores, soportan un a veces largo tiempo en el que su silencio es interpretado como ausencia de conocimiento y de reflexión, sobre todo porque no se posee ninguna autocritica sobre las diferencias culturales respecto de muchos presuntos indicadores de aprendizaje exitoso. Nos preguntamos si no sería un crecimiento en orden a la formación en la comunión y a la vez un aporte a la enseñanza en seminarios y universidades, la experiencia de diálogo con los grupos diferentes y una determinación del tipo de habilidades que resultan más cercanas o lejanas a su matriz de formación cultural.

Creemos que es necesario discernir, en el caso de la educación en seminarios cerrados, hasta qué punto sería o no conveniente abrir ciertas materias o cierta parte del currículum,

o incluso el currículum entero, a laicos y laicas que anhelan formación filosófica o teológica y no encuentran dónde hacerlo. Esto, por múltiples razones: a) porque la comunión es una dinámica de irradiación y la estructura que una diócesis arma para formar a sus sacerdotes podría también ser valiosa en la formación doctrinal de muchos otros; b) porque los futuros sacerdotes, en el caso de las diócesis que no envían a universidades, pasan todos sus años de formación teniendo contacto con la gente en la pastoral de las parroquias, barrios o villas, de los hospitales, de las cárceles; pero no acompañan su camino con otros que están estudiando lo mismo, pero con diferentes propósitos; c) porque creemos que esto, pese a las dificultades de organización y estructura, implicaría un gran gesto de apertura y donación del conocimiento teológico a quienes lo anhelan, un gran gesto de comunión eclesial, que desplazaría a los sacerdotes de toda apropiación del conocimiento teológico y los volvería frateros exploradores del misterio que nos ha sido donado a todos.

b) Formación pastoral

Si pensamos en la formación de un hombre que pueda llegar a ser una semilla de comunión en la Iglesia y en el mundo, creemos que es posible y bueno afianzar ciertos aspectos:

- la sencillez de vida y la capacidad de encontrar alegría en el ejercicio del ministerio;
- la experiencia del presbiterado como fraternidad y misión y el rechazo a su transformación en un grupo cerrado y de privilegios;
- el sentido dialógico del estudio y la dinámica de caridad que lo atraviesa;
- su participación seria y comprometida en acontecimientos de la vida eclesial e instancias de profundización en el estudio que realizan;
- la atención permanente, en pro de su rectificación, de todas aquellas actitudes que corran el riesgo de romper su capacidad de encuentro y acogida: un interés acentuado por las facilidades económicas y las amistades influyentes, la incapacidad para obrar como colaborador y no como protagonista, la pereza frente al trabajo y el cansancio, la asunción de una cierta “pose” de clérigo (a veces presente desde el año en que ingresan al Seminario);
- la delicadeza en el servicio, que rechaza toda utilización de las personas en su provecho, bajo el pretexto de razones pastorales;
- el sentido de la dignidad de las otras personas, experimentado en el interior de sus vivencias o conflictos afectivos, tanto en los actos concretos realizados, como en el examen de los mismos, pues no puede aceptarse un acto o una mirada posterior sobre éste, que sólo se centre en su propia persona y su itinerario de madurez y conversión, y deje de lado la dignidad de aquellos o aquellas con los que esos actos se relacionan;
- el desarrollo del sentido comunitario de su propia vida y su carácter de signo para una comunidad;

- la atención hacia la historia y la vida de las comunidades concretas con las que trabaje, de manera que se acostumbre a pensar que su labor se realiza con otros que poseen su propia vida, su propia historia, su propia y peculiar búsqueda del Dios vivo;
- el apoyo a una personalidad franca y esforzada, capaz de exponer y defender lo que piensa, capaz de avergonzarse de sus faltas y errores, capaz de nuevos comienzos;
- la capacidad de relación llana con todos los hombres, sin servilismos ni adulación de sus superiores, sin autoritarismos respecto de aquellos a quienes está llamado a servir;
- la libertad para proponer y disentir;
- la capacidad para colaborar en proyectos que no han surgido de su iniciativa;
- la pertenencia a su comunidad provincial, regional y nacional, pertenencia en la que se experimenta comprometido y solidario con la vida y el futuro de un pueblo.

Muchas cosas más podríamos decir. Pero, humanamente, no creo que haya algo más importante que formar personalidades sencillas, alegres y esforzadas, con fuerza para luchar y compartir la vida, sin posturas acartonadas ni grandilocuentes, sin grandes ilusiones sobre su propia persona, con una inmensa decisión de compromiso, con un fuerte sentido de pertenencia a su pueblo.

2. Los dilemas de la formación en la comunión

Existen numerosas aristas abiertas en las propuestas de formación. Señalaremos sólo algunas de ellas, que siguen planteando dificultades.

• El límite del aporte de la Psicología

Con la ayuda de la Psicología, la formación sacerdotal ha incorporado numerosos aportes a la comprensión de los procesos singulares, de manera que los diagnósticos y el seguimiento terapéutico ha permitido, no sólo una evaluación mejor de los candidatos al sacerdocio, sino también un auxilio real y efectivo que ha abierto la posibilidad de nuevas respuestas y disminuido el padecimiento psíquico de muchos jóvenes. Sin embargo, los factores psicológicos y los procesos individuales no constituyen los únicos ámbitos donde se concentran las dificultades. Incluso más: nos animaríamos a decir, con conciencia del inestimable aporte proporcionado por la Psicología, que este último debe ser evaluado en aquel punto de concentración de la vida individual y la satisfacción de sus proyectos, que en ocasiones no puede abrirse a un sentido teológico de la vida comunitaria ni a un sentido humano y redentor de la entrega y del sacrificio. Pues las expectativas desmesuradas de cumplimiento personal que muchos seminaristas y sacerdotes poseen tornan a veces muy difícil una antropología y eclesiología de la comunión. De ninguna manera pretendemos atribuir al acompañamiento psicológico las expectativas desmesuradas de satisfacción individual: en muchos casos, han ayudado en una nueva contextualización. Pero nos sigue resultando inquietante cierto papel rector que a veces adquiere la Psicología en la evaluación de los seminaristas. Tal vez porque consideramos que muchas marcas y heridas del psiquismo se transforman, por la acción poderosa del amor de Dios, en la obra sobreabundante de nuestra redención; en la oferta salvífica que nos ha permitido la cercanía con muchas vidas y muchos dolores. ¿Podríamos llegar a entregar lo que

entregamos, a haber hecho la experiencia de nuestra fragilidad sin ciertos padecimientos que nos han constituido? Tal vez no. ¿Por qué entonces estamos a veces tan atentos a las pistas de todo padecimiento psíquico, como si eso deslegitimara la posibilidad de entrega de los otros, si no ha sido así en nuestra propia vida, sino al contrario? Esa es nuestra dificultad. ¿Necesitamos el aporte de la Psicología? Es indudable. ¿Debe este aporte ser discernido, evaluado, completado? También esto nos es indudable, pues en caso contrario, una herramienta útil y eficaz, podría transformarse en instrumento de muerte de numerosas vocaciones.

- Las significaciones del mundo cultural

Factores que pertenecen al ámbito de las raíces socioculturales de las diversas diócesis del país proporcionan un sustrato diverso de sentidos a realidades que cobran gran importancia en la interpenetración de las vidas, sus lazos comunes, la conformación de relaciones y vínculos. Tal es el caso de los sentidos que asume lo propio y lo común, lo individual y lo colectivo. Por lo tanto, así como hay zonas y raíces culturales que piden incorporar el sentido de lo común y la pertenencia a un todo, como contrapartida y evangelización de un individualismo a veces feroz, otras zonas requieren exactamente lo contrario, la incorporación de lo individual y lo propio como contrapartida a un sentido de lo colectivo que difícilmente permite vivir un núcleo personal. Si no se reconociesen las diferencias culturales y se objetivaran sólo como indicadores de logros o como problemas de la formación, los logros y las dificultades que son predominantes en determinadas regiones, pero no en todas; o si se importaran logros y dificultades propias de otros procesos culturales, quienes estuvieran en formación recibirían a veces la acentuación de sus defectos, la tala inaudita de sus virtudes. Si esto es importante en cualquier proceso de formación, lo es de manera muy especial en la formación de quienes van a ser sacerdotes del clero diocesano, pues estamos tocando, con apreciaciones de valor y disvalor, no sólo su propia identidad, sino la del pueblo al que pertenece. Y en ocasiones efectuaríamos propuestas evangelizadoras que sólo reflejarían el absoluto desconocimiento que poseemos sobre aquellos que estamos formando. De ninguna manera quisiéramos defender un culturalismo que fragmente de tal manera que ningún diálogo se vuelva posible. Pero en ciertas ocasiones, las propuestas de formación parecen ser absolutamente ciegas respecto al mundo previo de significaciones culturales que posee una sociedad, reduciendo su sentido a un folklorismo pintoresco y superficial, que sólo admite la existencia de ciertas músicas, artesanías y ceremonias, y no la capacidad vigorosa que posee una sociedad y una cultura para decir desde sí los diversos ámbitos de la realidad. Por lo tanto, si no dejamos un lugar a esta matriz de significaciones previa y operante en el presente: en el presente de un Seminario que recibe jóvenes de diversa procedencia; en el presente del presbiterado; en el presente de la relación de un obispo con su Iglesia, quizás lo que consideremos un problema de comunión lo sea, precisamente porque es, sin objetivarse como tal, el problema de una comunión que no se percibe como interculturalidad. ¿Cómo integrar con profundidad la interculturalidad a este gran llamado a la comunión de las culturas, que vibra en nuestra catolicidad?

- El diálogo de las diversas disciplinas

Así como los hombres necesitan aprender la escucha y el consenso, la toma común de decisiones, el respeto mutuo, así también ocurre en el ámbito de la diversidad de disciplinas, con estructuras epistemológicas diversas, con especificidades y aportes diversos. Nos preguntamos entonces cuál es el aporte de las disciplinas no teológicas en la capacidad de construcción de un ser de comunión. Pues, más allá de la legítima atracción que un ser humano posee hacia aquello que se encuentra directamente vinculado con sus opciones de vida, más allá de la necesaria centralidad del tronco teológico en la formación de un pastor, a veces parecemos olvidar que el Dios en el que creemos, el Dios revelado en Jesucristo, traza senderos para buscarle en todo camino que se lleve a cabo como seriedad en la Verdad. De manera semejante, también encuentra caminos para que la verdad de nuestra existencia se manifieste a través de las diversas áreas del conocimiento. No podemos perder estas pistas ni estas posibilidades de formación porque, de ser así, sólo instrumentalizamos las diversas disciplinas. Consideremos las disciplinas filosóficas en la inmensa posibilidad de aprender la osadía de la pregunta, la puesta en cuestión de nuestros supuestos, la necesidad de seguir un pensamiento (o una vida) en sus coherencias internas, sus vacíos, su horizonte de debate, su capacidad de respuesta. Consideremos la Pedagogía (en el caso de la formación que incluya un profesorado), en un espacio amplio de propuesta y coordinación de un proceso, en la atención al ritmo de un grupo humano; en el modo de acompañar a los brillantes y a los que tienen muchas dificultades, no en grupos aislados, sino formando un único conjunto. Una inmensa riqueza de conocimiento sobre los seminaristas procede en ocasiones de la forma en que asumen una práctica de la enseñanza: los autoritarios, los miedosos, los que pierden el control ante los cursos, los que no saben comunicarse, etc. Pensemos en el rechazo por el aprendizaje de otras lenguas, que existe en muchos y aparece en las clases de idiomas; rechazo y no sólo dificultad. Pensemos en la a veces total falta de sensibilidad estética que se hace presente en muchos, como si no necesitáramos abrirnos, con una inmensa solicitud de respuesta, a los múltiples llamados a Dios que los hombres realizan en sus expresiones artísticas, voces de invocación que no encuentran oídos que las escuche. ¿Cómo transformar en experiencia y don de comunión la diversidad de disciplinas y el mundo que entregan? ¿Cómo recoger de ellas preguntas sobre nuestros vínculos y nuestra capacidad de comunión real con los hombres? En otras palabras, ¿cómo dinamizar las disciplinas no teológicas en un aprendizaje de comunión?

- La madurez afectiva y la comunión

En otras ocasiones, hemos expuesto largamente sobre las dificultades de la formación en una afectividad sacerdotal. No es ese ahora nuestro propósito. Sí lo es señalar que la formación en la comunión de muchas maneras pide la formación de un hombre que vibra por los hombres, que se vuelve cercano a su vida y sus dolores, que penetra en las entrañas de sus alegrías. Los cambios epocales, las transformaciones de las costumbres, han producido hábitos de cercanía, espacios, actividades, que acerca de mil maneras a los

seminaristas y sacerdotes con el horizonte variado de múltiples seres humanos, en otras formas y modos de presencia. Los seminarios han variado en los modos de interrelación con las familias, abren sus puertas a los amigos y también a aquellos vínculos que se forman y estrechan en la vida pastoral. Las redes sociales vuelven disponible la presencia en tiempos y formas inimaginables para todos aquellos que hoy son formadores. El cambio del lugar y las expectativas de la mujer es un hecho incuestionable, pródigo de lecturas y preguntas. Como éstos, podríamos describir muchos otros fenómenos. Lo que nos interesa destacar es que los procesos de maduración forman hoy parte de otras configuraciones, con una gama diferente de recursos y otra situación epocal de sus protagonistas. Es necesario discernir cómo llevar hacia la profundidad de la comunión estos nuevos horizontes de estructuración de los vínculos, pues a veces no hay ya espacios psíquicos que no se encuentren colmados de presencias, imágenes, palabras pequeñas. La madurez exige lo profundo, lo centrado, el límite, la decisión y el compromiso, pero hay estructuras de dispersión, de vínculos sin compromiso, de disponibilidad aparentemente ilimitada, que contrarrestan calladamente esta propuesta.

En otros momentos, los procesos de maduración poseían otro umbral. Ese umbral ha cambiado y continúa cambiando. Nos preguntamos, con mucha inquietud, cuáles son los caminos que los seminarios deberán implementar para recibir ciertos padecimientos juveniles que antes no existían o poseían un alcance diferente. ¿Cómo gestionaremos las carencias de quienes no han tenido estabilidad en el espacio, pues han itinerado de una casa a otra durante toda su niñez y juventud? ¿Cómo descubrirán la donación y la gratuidad quien ha tenido que gestionar todas sus necesidades, pues formaban parte de un complejo vínculo económico en el que un niño parece rebotar contra dos paredes cada vez que necesita algo? ¿Cómo madurará una identidad que tiene como punto de partida el desamor y el abandono?

Pues no será ésta la configuración de aquellos con los que nos encontraremos fuera del Seminario, sino llamando a su puerta y pidiendo entrar.

- La responsabilidad en la generación de comunión

Hemos dejado para el último aquel dilema que consideramos el más difícil de todos. No es un dilema ni una perplejidad estable, ni pertenece a la estructura del seminario, sino a un desafío en la comunión que se produce en determinados momentos de las historias de las diócesis. ¿Cuál es la responsabilidad que poseemos en la formación para la comunión frente a aquellas dificultades, errores y pecados que ponen en riesgo grave la posibilidad de formar a un joven para la comunión? Pues estamos seguros que no podemos afirmar que asumimos seriamente dicha tarea sin hacernos cargo de las dificultades más penosas.

Pese a lo difícil que son muchos jóvenes, es inmensamente más fácil tomar decisiones que los responsabilicen sobre sus propias dificultades que tomar decisiones en donde tendremos que enfrentar a los mismos hermanos sacerdotes que nos acompañan en la formación, o a determinadas actitudes que brotan de la comunidad presbiteral, o incluso actitudes que brotan de nuestros mismos pastores.

La injusticia grave de algún formador, que rechaza visceralmente la acción de Dios y su llamado a determinada vida e historia; porque, en el fondo, no puede aceptar a tal o cual persona. Porque no tiene respuestas frente a él; porque tiene iniciativa; porque posee otra perspectiva sobre la vida eclesial, u otras razones. Injusticia grave y el don de Dios llamando a su puerta y ofreciéndose a su vida. ¿No somos nosotros, como formadores, partes de ese don? ¿No podríamos estar llamados a ser, para ese joven, la espada que defiende el don? ¿Acaso la comunión no es también el misterio que abarca nuestras disidencias, para que la injusticia de uno pueda ser corregida por la justicia del otro? ¿No se consigue así también una comunidad real, viva, sin miedo absoluto al error, puesto que mi hermano se opondrá a mí, para que mis injusticias no sean causa de mi pecado y mi muerte?

Sacerdotes del propio presbiterado, que deslegitiman con sus palabras todo lo que se realiza en el Seminario y, sin tener la responsabilidad de la formación, se adjudican la tarea insidiosa de destroz ar todos los criterios de formación, todas las propuestas, todos los acompañamientos, incluso toda la enseñanza. ¿Es o no es ello una ofensa a la comunión presbiteral? ¿Somos o no somos responsables de extraer esa semilla de veneno que algunos siembran en aquellos que están llamados a la comunión y deben ser formados en la comunión? Además de la responsabilidad de pedir cuenta de esos actos a quienes así lo hubieran hecho. Problema grave en el Misterio vivo de una Iglesia particular cuando los problemas de comunión en una comunidad presbiteral tienen su campo de batalla en la conciencia y la formación de los jóvenes. Responsabilidad de lucidez y de valentía para la defensa de aquellos que nos han sido confiados. Porque nadie dicho que dicha tarea no incluiría el conflicto, las palabras amargas, la pérdida de amigos, el buen nombre, los destinos inciertos. Pues aquellos son mis hermanos sacerdotes, pero éste me ha sido encomendado. Más aún, nos toca no dejar nada sin dar en la tarea de construcción de la comunidad presbiteral que sucederá a la nuestra.

Obispos que descuidan a los seminarios y a quienes serán los futuros pastores. No los conocen, no comparten con ellos nada de su tiempo, les interesa el cumplimiento de ciertos requisitos, pero no la historia salvífica de aquellos que son depositados por Dios en sus manos. A veces se nos ocurre pensar en todos los gestos y acciones de amor con los que Jesús, el Cristo, ha jalonado la vida de un joven para traerlo hacia sí. Cuánto cuidado de su familia, para que creciera y amara; cuántos encuentros suscitados, para aproximar lo a su presencia; cuántos dolores recogidos dentro de la fuerza de su llamado. Todo para que quisiera seguirlo y, al entrar al Seminario, es devastado por la indiferencia o la estrechez del amor y la responsabilidad de su mismo obispo. Obispos que no conocen la fuerza de consuelo y cercanía que debe brotar del corazón de un padre, obispos que se asemejan a esas falsas madres de familia que dejan el cuidado de sus hijos en un personal a cargo, pues tienen demasiadas reuniones a las que ir, demasiadas personas de su edad con las que conversar, demasiadas pocas ganas de prestar atención a un hijo. Mujeres que no debieran recibir el nombre de madres. Pastores que nada tienen de padres. ¿Cuál es la comunión presbiteral a la que llamamos, si quienes tienen que cuidar de ella están ocupados en otras tareas y se olvida que deben acompañar a crecer? Más dura entonces

la responsabilidad: ¿qué debemos hacer? ¿Cómo ser germen de comunión entre el Obispo y los seminaristas?

Dilema, estremecedor dilema que graba en nosotros la verdad de la comunión: no está hecha para nuestra alegría y tranquilidad, está hecha para que amemos a los hombres y a Dios.

La tarea es hermosa y difícil. Pero es la que Jesús y la Iglesia han confiado a las manos vigorosas de su amor sacerdotal. Sólo cabe amar y crecer como hombre hacia lo insondable del amor. Como lo han hecho tantos formadores jóvenes, con la alegría del don y el coraje de la entrega; como lo han hecho y lo siguen haciendo tantos formadores adultos, porque han depositado en Dios su vida y su confianza.

I. Identidad sacerdotal desde el despliegue de vínculos o relaciones

+ Enrique Eguía

1. Relación entre “espiritualidad sacerdotal” e “identidad sacerdotal”

Al hablar de espiritualidad sacerdotal no hablamos sólo del espacio de encuentro personal con Cristo en el silencio y la contemplación de la Palabra. Hablamos de la vida en el Espíritu, según San Pablo: *“Yo los exhorto a que se dejen conducir por el Espíritu de Dios” (Gal. 5, 16)*. La vida espiritual, es la vida cotidiana que refleja en acciones un Espíritu que nos impulsa: *“Si vivimos animados por el Espíritu, dejémonos también conducir por Él” (Gal 5, 25)*.

¿De qué manera particular y propia el Espíritu impulsa al sacerdote diocesano, que lo hace distinto a otros carismas?

¿Qué habilidades o disposiciones humanas tienen que crecer en el presbítero para ser canal adecuado a los impulsos del Espíritu?

Si queremos descubrir lo novedoso y particular de la espiritualidad sacerdotal, tendremos que tener en cuenta los dos ámbitos: el divino (el carisma propio del sacerdote diocesano, recibido en la ordenación) y el humano (las habilidades y actitudes humanas necesarias para reflejar la particularidad sacerdotal diocesana).

Al mismo tiempo hay que tener en cuenta la evolución que hubo en el concepto de “identidad sacerdotal” en las últimas décadas, sobre todo después del Concilio Vaticano II. En aquella época se miraba el tema desde la perspectiva de una “crisis de identidad” y muchas obras y artículos de revistas apuntaban a responder estos interrogantes: “sacerdotes ¿para qué?”; “sacerdotes, ¿por qué?”; “La Iglesia del mañana, ¿tendrá sacerdotes?”.

Esto demuestra que se necesitaba tener en claro la identidad objetiva del sacerdote, su necesidad y su rol en la Iglesia. Además los cambios en la sociedad y la cultura, que provocaron cierta desorientación en la Iglesia en relación con el mundo, hacían replantear esta identidad hasta hace poco tiempo antes muy clara y segura.

El paso del tiempo ha ido dejando claro el contenido objetivo de la identidad sacerdotal, pero en los últimos años fue apareciendo la necesidad de encontrar un camino nuevo para acompañar la formación y la vida del presbítero. Así aparece en PDV:

“..... La segunda Asamblea general ordinaria de 1971 dedicó la mitad de sus trabajos al sacerdocio ministerial. Los frutos de este largo estudio sinodal, recogidos y condensados en algunas «recomendaciones», sometidas a mi predecesor el Papa Pablo VI y leídas en la apertura del Sínodo de 1974, se referían principalmente a la doctrina sobre el sacerdocio ministerial y a algunos aspectos de la espiritualidad y del ministerio sacerdotal.

También en otras muchas ocasiones el Magisterio de la Iglesia ha seguido manifestando su solicitud por la vida y el ministerio de los sacerdotes. Se puede decir que en los años postconciliares no ha habido ninguna intervención magisterial que, en alguna medida, no se haya referido, de modo explícito o implícito, al significado de la presencia de los sacerdotes en la comunidad, a su misión y su necesidad en la Iglesia y para la vida del mundo.

*En estos últimos años y desde varias partes se ha insistido en la necesidad de volver sobre el tema del sacerdocio, afrontándolo desde un punto de vista relativamente nuevo y más adecuado a las presentes circunstancias eclesiales y culturales. **La atención ha sido puesta no tanto en el problema de la identidad del sacerdote** cuanto en problemas relacionados con el itinerario formativo para el sacerdocio y con el estilo de vida de los sacerdotes. En realidad, las nuevas generaciones de los que son llamados al sacerdocio ministerial presentan características bastante distintas respecto a las de sus inmediatos predecesores y viven en un mundo que en muchos aspectos es nuevo y que está en continua y rápida evolución. Todo esto debe ser tenido en cuenta en la programación y realización de los planes de formación para el sacerdocio ministerial.”¹*

A partir de este texto, que expresa una reflexión que se venía realizando antes de su publicación, fueron muchos los que se preguntaron cuál será el aspecto nuevo para enriquecer el concepto de identidad sacerdotal. Entre ellos es muy lúcido el pensamiento de Amadeo Cencini, sacerdote, psicólogo y pedagogo italiano:

*“Habrá que pensar entonces que el verdadero problema, o al menos el problema predominante, no es del contenido, estrictamente teológico y por tanto -en definitiva- externo al individuo, por referirse a la figura del presbítero en cuanto tal, que deba ser definido por la autoridad o que tenga que resolverse en grupo; el verdadero problema es interno a la propia persona y a sus mecanismos psíquicos. Por tanto, es importante intentar definir de la forma más correcta y completa la identidad objetiva del presbítero; pero es igualmente importante atender a la cuestión subjetiva, es decir, **al modo con que cada sacerdote puede y debe apropiarse hoy de esos contenidos**, y a todo lo que de hecho, en su propia realidad, le impide abrirse a ellos y modelar sobre ellos su propia fisonomía y de su propio futuro, así como al significado que tiene concebir la formación y el ministerio en función y en la perspectiva de estos mismos contenidos.”²*

La apropiación progresiva de la identidad objetiva, parece ser el itinerario necesario hoy, para acompañar la formación inicial y la vida del sacerdote. Si antes se hablaba sólo de “identidad sacerdotal”, hoy también se podría hablar de la “identidad psicológica del sacerdote” que incluiría el proceso de madurez humana y afectiva necesarios para alcanzar los contenidos objetivos de esa identidad teológica. Por eso la

¹ Exhortación Apostólica *Pastores dabo Vobis*, nº 3

² Amadeo Cencini, *El sacerdote, identidad personal y función pastoral. Perspectiva psicológica*. Pastores 19, pág. 3.

formación permanente es imprescindible para que a lo largo de la vida del presbítero, en un proceso dinámico de crecimiento, se vaya alcanzando el ideal propuesto.

*“.... Ciertamente no faltan también **razones simplemente humanas** que han de impulsar al sacerdote a la formación permanente. Ello es una exigencia de la realización personal progresiva, pues toda vida es un camino incesante hacia la madurez, y ésta exige la formación continua.”³*

De esta manera entendemos por qué hablar hoy de espiritualidad sacerdotal implica también hablar de habilidades, disposiciones y actitudes personales. Estas, en un proceso de madurez humana y afectiva, tienen que ser camino y no obstáculo, para que el impulso del Espíritu obre en nosotros identificándonos con Cristo Buen Pastor. Sólo así seremos “sacerdotes espirituales”. Cuando nuestra vida ministerial esté conducida por el Espíritu desarrollando en nosotros el carisma propio de clero diocesano.

2. Identidad sacerdotal en los últimos años, hasta PDV

Es interesante percibir en la historia de los últimos 50 años cómo ha ido evolucionando el contenido de la identidad sacerdotal y cómo cada uno de ellos ha puesto una impronta en la consecuente espiritualidad. No significa un error en las concepciones pasadas sino un punto de evolución que siguió creciendo adaptándose a los cambios del mundo y su cultura.

Antes del Concilio Vaticano II, en el año 1954 el teólogo Reginald Garrigou-Lagrange O.P. definía así al sacerdote y la gracia particular de la ordenación:

*“Es, finalmente , de fe que por la ordenación sacerdotal se imprime un carácter indeleble y se confiere una especial gracia sacramental. Hemos de insistir en la alta finalidad del carácter sacerdotal y de la gracia sacramental correlativa. El carácter, inherente íntima e indeleblemente al alma, confiere el poder de realizar actos sacerdotales válidamente; es para **consagrar** válidamente la Eucaristía y **perdonar** válidamente los pecados de los fieles que hubieren cometido después del bautismo.”⁴*

“Así, la gracia sacramental del presbiterado se concede para desempeñar digna y santamente, cada vez más, las funciones sacerdotales, la consagración y la absolución sacramental. Esto es certísimo para todos los teólogos.”⁵

El acento de la identidad sacerdotal, siguiendo la doctrina del Concilio de Trento, está puesto en la celebración de la Eucaristía y en el sacramento de la Confesión.

³ Exhortación Apostólica *Pastores dabo Vobis*, n° 7

⁴ Reginald Garrigou-Lagrange O.P., *La unión del sacerdote con Cristo, Sacerdote y Víctima*. Ediciones Rialp, Madrid, 1962 (segunda edición), pág. 38.

⁵ O.c., pág. 41.

Recordemos que Trento responde a las críticas luteranas sobre los sacramentos. El sacerdocio se define con relación a la Eucaristía y su validez. Esto implica una espiritualidad fuertemente eucarística y de disponibilidad permanente para atender confesiones. De aquí surge una pastoral netamente sacramental: evangelizar es llevar los sacramentos. Es un estilo de vida sacerdotal que todavía perdura en algunos ámbitos que si no está abierto a otras necesidades y realidades espirituales termina siendo limitado para el diálogo con el mundo de hoy.

Al mismo tiempo existen otras corrientes y reflexiones sobre la identidad del sacerdote que enriquecen la anterior y culminarán con una formulación novedosa en el Concilio. Así el Padre Luis Bouyer C.O., en el año 1960, reflexiona sobre las consecuencias de tristeza y desazón que provocan en el clero las condiciones en las que debe ejercer su ministerio en una cultura que está cambiando. Comienza a vislumbrarse la importancia de la humanidad del sacerdote. Y se adelanta al Concilio definiendo al sacerdote de la siguiente manera:

“El sacerdocio, con el episcopado y como el episcopado, con el que coopera, según la fórmula del Pontifical romano, es un ministerio: servicio de Dios en la Iglesia, servicio de la Iglesia para Dios. Pero lo que distingue a este sacerdocio ministerial (del obispo y del sacerdote con él) de todos los demás ministerios, de todas las demás funciones de servicio en el cuerpo de Cristo, es su carácter de ministerio apostólico.”⁶

Junto a la vida sacramental ubica la vida apostólica, entendida esta como las acciones realizadas por personas a las que otro ha enviado para este objeto. Ser apóstol es ser “enviado” por el Padre al mundo. Y las acciones que realiza el sacerdote son las de la predicación, consagración e intercesión. Sigue vigente de fondo el modelo tridentino del sacerdocio: la predicación de la palabra y la consagración a través de los sacramentos.

Sin embargo, como novedad, el sacerdocio no aparece ligado sólo a la Eucaristía sino también a la Iglesia, a lo eclesiológico. Su relación con el ministerio episcopal, con el cual coopera, y la definición de sacerdocio como ministerio de servicio en y de la Iglesia así lo marcan.

Es en el Concilio Vaticano II donde se da un salto cualitativo en la figura del ministerio ordenado. Se define el episcopado como plenitud del ministerio (es sacramento) y también su lugar eclesial a través de la Iglesia local. Desde aquí el presbítero es comprendido en su relación con el obispo.

*“Síguese que, por el don del Espíritu Santo que se ha dado a los presbíteros en la sagrada ordenación, los obispos los tienen como **colaboradores y consejeros necesarios** en el ministerio y oficio de enseñar, santificar y apacentar al Pueblo de Dios.”⁷*

⁶ Luis Bouyer C.O., *El sentido de la vida sacerdotal*. Herder, Barcelona, 1967 (segunda edición), pág. 13.

⁷ Concilio Vaticano II, *Decreto Presbyterorum ordinis*, n° 7.

Esto provoca una nueva relación con el obispo y también una definición de su lugar en la Iglesia local. Así al presbítero no se lo entiende sólo como el “alter Christus” en relación con la consagración eucarística, sino como miembro de un cuerpo (el presbiterio) unido al obispo y al servicio del Pueblo de Dios en la diócesis (sentido eclesial). Su ministerio se define en la misión: es enviado por el obispo, como colaborador necesario, para apacentar al Pueblo de Dios en la Iglesia diocesana.

El paso que da PDV no es el de alguna novedad en torno a la identidad sacerdotal sino el de plantearse la identidad sacerdotal de tal manera que marque un rumbo en la formación sacerdotal “en la situación actual”. Su insistencia permanente es la vida sacerdotal en la cultura y tiempos actuales, y de qué manera ésta llama a acentuar algo nuevo de esa identidad en la vida del presbítero.⁸ Lo podemos descubrir en este párrafo de la Exhortación Apostólica:

En efecto, el presbítero, en virtud de la consagración que recibe con el sacramento del Orden, es enviado por el Padre, por medio de Jesucristo, con el cual, como Cabeza y Pastor de su pueblo, se configura de un modo especial para vivir y actuar con la fuerza del Espíritu Santo al servicio de la Iglesia y por la salvación del mundo.

*Se puede entender así **el aspecto esencialmente relacional de la identidad del presbítero**. Mediante el sacerdocio que nace de la profundidad del inefable misterio de Dios, o sea, del amor del Padre, de la gracia de Jesucristo y del don de la unidad del Espíritu Santo, el presbítero está inserto sacramentalmente en la comunión con el Obispo y con los otros presbíteros, para servir al Pueblo de Dios que es la Iglesia y atraer a todos a Cristo.*

*Por tanto, no se puede definir la naturaleza y la misión del sacerdocio ministerial si no es bajo este **multiforme y rico conjunto de relaciones** que brotan de la Santísima Trinidad y se prolongan en la comunión de la Iglesia, como signo e instrumento, en Cristo, de la unión con Dios y de la unidad de todo el género humano.*

*Por ello, la **eclesiología de comunión** resulta decisiva para descubrir la identidad del presbítero, su dignidad original, su vocación y su misión en el Pueblo de Dios y en el mundo. La referencia a la Iglesia es pues **necesaria**, aunque no prioritaria, en la definición de la identidad del presbítero. En efecto, en cuanto misterio la Iglesia está esencialmente relacionada con Jesucristo: es su plenitud, su cuerpo, su esposa. Es el «signo» y el «memorial» vivo de su presencia permanente y de su acción entre nosotros y para nosotros. El presbítero encuentra la plena verdad de su identidad en ser una derivación, una participación específica y una continuación del mismo Cristo, sumo y eterno sacerdote de la nueva y eterna Alianza: es una imagen viva y transparente de Cristo sacerdote. El sacerdocio de Cristo, expresión de su absoluta*

⁸ Es interesante destacar cómo aparece acentuado este intento de la Exhortación Apostólica de ubicar el sacerdocio y su identidad “en la situación actual”. La intención de este documento así lo expresa: “Sobre la formación de los sacerdotes en la situación actual”. También en el Capítulo I: “La formación sacerdotal ante los desafíos del final del segundo milenio. El sacerdote en su tiempo”. Y cuando presenta la naturaleza y misión del sacerdocio ministerial en el capítulo II, nº 11, dice: “Precisamente a partir de esta «contemplación» (del rostro de Cristo) y en relación con ella los Padres sinodales han reflexionado sobre el problema de la formación de los sacerdotes en la situación actual.”

*«novedad» en la historia de la salvación, constituye la única fuente y el paradigma insustituible del sacerdocio del cristiano y, en particular, del presbítero. La referencia a Cristo es, pues, la clave absolutamente necesaria para la comprensión de las realidades sacerdotales.*⁹

Queda claro que el contenido de la identidad sacerdotal es el mismo de siempre: Cristo, sumo y eterno sacerdote. Pero aparece una referencia *necesaria*: la referencia eclesial, que desde una eclesiología de comunión pone un acento nuevo en la identidad sacerdotal. Este acento es el aspecto “relacional”, ya que el sacerdote debe crear lazos de comunión con el Obispo (es su colaborador necesario), con los otros sacerdotes (pertenecer a un presbiterio), con los fieles (el pueblo de Dios al que sirve) y con el mundo (que debe ser salvado).

Es por eso que al hablar hoy de identidad sacerdotal es necesario hablar también de actitudes, habilidades y disposiciones humanas del sacerdote, ya que vivir lo “relacional para la comunión” requiere poner en juego toda la persona. Desde aquí entendemos por qué hoy hay que hablar también de madurez humana, afectiva y psicológica del sacerdote. Desde una psicología y afectividad sana, o desde el reconocimiento de las propias heridas o debilidades es como el sacerdote podrá crear verdaderos lazos de comunión en su ministerio “relacional”.

Es también interesante que la figura de Cristo que propone la Exhortación Apostólica para contemplar no sea exclusivamente la de Sacerdote Eterno, o Cabeza o Rey, sino la del Buen Pastor¹⁰. En esta figura podemos encontrar los rasgos más humanos de Cristo y de relación con su rebaño y con cada una de las ovejas. Esto lleva al sacerdote que contempla a Cristo, a buscar en él sus mismos sentimientos: los sentimientos de Cristo Buen Pastor.

*“Él siente compasión de las gentes, porque están cansadas y abatidas, como ovejas sin pastor (cf. Mt 9, 35-36); él busca las dispersas y las descarriadas (cf. Mt 18, 12-14) y hace fiesta al encontrarlas, las recoge y defiende, las conoce y llama una a una (cf. Jn 10, 3), las conduce a los pastos frescos y a las aguas tranquilas (cf. Sal 22-23), para ellas prepara una mesa, alimentándolas con su propia vida.”*¹¹

Este modo de presentar la identidad sacerdotal del CV II y PDV ofrece una novedad, ofrece acentos nuevos, para vivir una espiritualidad sacerdotal específica de clero diocesano. La imitación de los sentimientos de Cristo Buen Pastor se hace “caridad pastoral” en un modo concreto de amar. La actitud relacional desde una eclesiología de comunión, lleva a vivir una espiritualidad propia a partir de las relaciones de comunión con el obispo, el presbiterio, la propia comunidad a la que se sirve y el mundo.

⁹ Exhortación Apostólica *Pastores dabo Vobis*, n° 12

¹⁰ O.C., n° 22

¹¹ O.C., n° 22

La vida espiritual del sacerdote será entonces dejarse impulsar por el Espíritu en el carisma propio de clero diocesano “en la situación actual” y al mismo tiempo desarrollar, en un proceso de madurez humana y afectiva, las disposiciones personales necesarias para que ese mismo Espíritu, sin obstáculos, obre a través del sacerdote.

3. Las “relaciones” que despliegan nuestra identidad

a. Relación personal con Cristo: El lugar de la Palabra

Es propio del sacerdote desarrollar, en la vida del ministerio cotidiano, aquello que nos distingue de toda otra vocación en la Iglesia: la de presidir la Eucaristía y la de perdonar los pecados.

La misa de cada día no es una obligación que el sacerdote debe cumplir debido a su función. Es la oportunidad de desarrollar desde ella una espiritualidad propia de sacerdote diocesano, secular, vinculándonos con la mesa de la Eucaristía y la mesa de la Palabra. En la Palabra de cada día, proclamada en la misa, la rutina diaria encuentra su novedad. Cada misa es distinta, porque en cada misa Dios nos dice algo distinto.

La manera que tiene Dios para educarnos o formarnos de modo permanente, es a través de la Palabra de cada día. Desde allí podemos hacer un camino de “formación permanente” en una actitud de disponibilidad a la Palabra que Dios me entrega. Este ritmo diario de encuentro con la Palabra posibilita armar un proceso anual de “formación” espiritual a través del año litúrgico.¹²

En las lecturas de Adviento, encontraremos la posibilidad de trabajar sobre el deseo insatisfecho, que espera ser colmado en Dios y su amor. En la Navidad: se experimenta ese deseo satisfecho por el encuentro con el Salvador (en el Oficio de Lect. se lee el Cantar de los Cantares). En la cuaresma, renovaremos nuestra conversión identificándonos con la muerte de Cristo, muriendo a nuestras debilidades e infidelidades. En la Pascua, buscaremos identificarnos con el Dios de la Vida en Cristo resucitado, confirmando este camino en el ritmo que da Pentecostés, con la renovación del ardor por el anuncio. Y en el tiempo ordinario descubriremos una y mil veces al Jesús que seguimos, haciendo de lo cotidiano una oportunidad extraordinaria de encuentro con Él.

Esto lleva a renovar nuestra espiritualidad desde la Palabra. No podemos llegar a celebrar la misa sin saber de antemano cuál es la lectura del día. Hoy tenemos muchas ayudas para encontrarnos con la Palabra de cada día, desde libritos con las lecturas del mes, hasta servicios que podemos encontrar o nos llegan por internet. Al mismo tiempo la gente tiene derecho a alimentarse con la Palabra. Una predicación breve o comentario del Evangelio no cansa a nadie y sirve para hacer más clara la presencia de Dios a través de su Palabra que guía y enseña a vivir.

¹² Ver “La formación permanente”, Amadeo Cencini, Edit. San Pablo.

Es fundamental dejarnos llevar por la Iglesia en este camino a través de la organización de las lecturas en el año litúrgico. A veces hay tiempos de lectura continua de algunos libros (como Hech. durante la Pascua o los evangelios en tiempos prolongados) lo que nos permite profundizar en ellos con algún comentario bíblico o siguiendo las notas al pie de la edición bíblica que tengamos.

También el Oficio de Lecturas tiene organizado el encuentro con toda la Biblia en el ritmo de dos años. Un año insistiendo en los libros históricos y proféticos del AT y en el otro en la sabiduría de Israel, insertando en ambos casos libros y Cartas del NT. Hasta a veces hay coincidencias, como la de este año con el libro de los Hech. leído de forma continua en el Oficio de lecturas y la misa diaria.

Por eso, uno puede elegir: recorrer toda la Palabra de Dios durante dos años; o seguir el ritmo anual de la Palabra diaria.

Así entonces la misa no aparecerá sólo como la actividad que me corta la tarde (o me saca de la cama a la mañana) obligándome a terminar reuniones más importantes, sino que podrá ser la expresión de mi encuentro diario con el Dios que me ama y me dice “algo al oído” todos los días y que comparto con la gente, que fielmente en la misa semanal, busca también escuchar “algo al oído” de parte de Dios.

De esta manera, se nos define una espiritualidad, que va estrechamente vinculada a la Palabra, como lugar de encuentro con Dios, como espacio de “formación inicial” para hacerse “formación permanente”, junto con la misión de anunciarla a todos para crecer y sostener la fe.

Sin esta vinculación con la Palabra no es posible ningún camino de espiritualidad propio del clero diocesano o secular. Seguiremos buscando espiritualidades prestadas de otras vocaciones, que más que tomarlas como riquezas a la propia, buscarán reemplazarla, pero por ausencia de una espiritualidad propia.

La metodología de la Lectio Divina,¹³ propuesta de un modo tan concreto en Aparecida, es sin duda la herramienta más accesible para realizar este camino de espiritualidad sacerdotal.

b. Relación con la Iglesia: La caridad pastoral

Es el modo como se concreta, en el ejercicio del ministerio sacerdotal, la virtud de la caridad. No significa solamente el amor que ponemos en cada acción. “Tampoco es un sentimiento que nace de mi temperamento afectivo o de mi actitud de servicio, o de mi espíritu responsable.”¹⁴

Es la fuente de la cual surge todo eso y lo esencial en la vida del sacerdote: la entrega de sí mismo a la Iglesia.

¹³ Aparecida, Documento Conclusivo, N° 249.

¹⁴ Juan María Uriarte, *Ministerio presbiteral y espiritualidad*. Instituto de Teología y Pastoral, San Sebastián, 2000 (cuarta edición), pág.57.

“El principio interior, la virtud que anima y guía la vida espiritual del presbítero en cuanto configurado con Cristo Cabeza y Pastor es la caridad pastoral, participación de la misma caridad pastoral de Jesucristo: don gratuito del Espíritu Santo y, al mismo tiempo, deber y llamada a la respuesta libre y responsable del presbítero.

El contenido esencial de la caridad pastoral es la donación de sí, la total donación de sí a la Iglesia, compartiendo el don de Cristo y a su imagen. «La caridad pastoral es aquella virtud con la que nosotros imitamos a Cristo en su entrega de sí mismo y en su servicio. No es sólo aquello que hacemos, sino la donación de nosotros mismos lo que muestra el amor de Cristo por su grey. La caridad pastoral determina nuestro modo de pensar y de actuar, nuestro modo de comportarnos con la gente. Y resulta particularmente exigente para nosotros...»¹⁵

Al decir que la entrega es a la Iglesia, significa que el amor del sacerdote, que imita al de Cristo Buen Pastor y es impulso del Espíritu, es un amor por toda la gran familia del pueblo de Dios.

Aquí aparece entonces una nota específica de la espiritualidad sacerdotal. Para el sacerdote la Iglesia se concreta en la Iglesia local, es decir la diócesis, y a ella hay que “entregarle la vida”. Por eso un sacerdote diocesano está dispuesto a entregar su vida por jóvenes y adultos, niños y ancianos, parroquia y hospitales, universidad y escuelas, y capellanías tan variadas como la de la policía o el cementerio, dar de comer a los pobres durante la noche o hacer la guardia en el Servicio Sacerdotal de Urgencia. No hay nada diocesano que sea indiferente a la vida y espiritualidad sacerdotal, ya que la entrega de la vida del sacerdote, como participación de la entrega de Cristo, es a la Iglesia, concretada, en primer lugar en la iglesia diocesana.

Esto nos distingue de algunas comunidades religiosas que tienen carismas específicos y sólo se ocupan de ellos: la oración y la contemplación, la educación, la pastoral de juventud, los pobres, etc.

Es importante, entonces, crear las disposiciones necesarias para esta entrega tan variada que requiere distintas capacidades. Es importante también que cada sacerdote conozca sus fortalezas y debilidades para realizar cada tarea y también las conozca su obispo, en orden a pensar los destinos adecuados pensando en la necesidad de la diócesis y en la capacidad del sacerdote. Pero más importante es desarrollar con madurez afectiva y humana, una capacidad de disponibilidad para que la “caridad pastoral” (don de Dios, no esfuerzo humano) desarrolle en mí la entrega por toda la Iglesia como reflejo del impulso del Espíritu, asumiendo los esfuerzos y disgustos que esto implica. No siempre, en la entrega por la Iglesia, uno tiene hacer lo que le gusta sino aquello a lo que me envían. De esta manera el sacerdote participa del envío de Cristo por parte del Padre para la salvación del mundo.

¹⁵ Exhortación Apostólica *Pastores dabo Vobis*, n° 23; citando a Juan Pablo II, Homilía durante la adoración eucarística en Seúl (7 octubre 1989)

Esto lleva implícito un desafío. La gran variedad de tareas puede llevar a un desgaste y desánimo en la vida del sacerdote, pero, justamente, si es la “caridad pastoral” la fuente de mi tarea ministerial esta se ofrecerá naturalmente como camino de unidad de vida.¹⁶

“Esta misma caridad pastoral constituye el principio interior y dinámico capaz de unificar las múltiples y diversas actividades del sacerdote. Gracias a la misma puede encontrar respuesta la exigencia esencial y permanente de unidad entre la vida interior y tantas tareas y responsabilidades del ministerio, exigencia tanto más urgente en un contexto sociocultural y eclesial fuertemente marcado por la complejidad, la fragmentación y la dispersión. Solamente la concentración de cada instante y de cada gesto en torno a la opción fundamental y determinante de «dar la vida por la grey» puede garantizar esta unidad vital, indispensable para la armonía y el equilibrio espiritual del sacerdote: «La unidad de vida —nos recuerda el Concilio— pueden construirla los presbíteros si en el cumplimiento de su ministerio siguieren el ejemplo de Cristo, cuyo alimento era hacer la voluntad de Aquel que lo envió para que llevara a cabo su obra ... Así, desempeñando el oficio de buen Pastor, en el mismo ejercicio de la caridad pastoral hallarán el vínculo de la perfección sacerdotal, que reduzca a unidad su vida y acción»”¹⁷

La caridad pastoral, como entrega de amor a la Iglesia diocesana, lleva implícita una relación especial con el obispo y el presbiterio. El sacerdote entrega la vida a la Iglesia, y con ese carisma personal de entrega, colabora con el obispo como cooperador necesario, según definía el CV II. También con su entrega participa y se une con los otros sacerdotes en la comunidad fraternal que es el presbiterio. Lo que une a los presbíteros no es la amistad en primer lugar, es la entrega de la vida por la Iglesia, concretada en el marco diocesano.

“Dentro de la comunidad eclesial, la caridad pastoral del sacerdote le pide y exige de manera particular y específica una relación personal con el presbiterio, unido en y con el Obispo, como dice expresamente el Concilio: «La caridad pastoral pide que, para no correr en vano, trabajen siempre los presbíteros en vínculo de comunión con los Obispos y con los otros hermanos en el sacerdocio».”¹⁸

c. Relación con el Obispo: Coordinar y armonizar carismas en orden a la comunión

Desde la “caridad pastoral” hemos visto la natural relación con el obispo diocesano. Teniendo en cuenta también la definición del CV II del sacerdote como “colaborador y consejero necesario” del obispo aparecen unas líneas de espiritualidad sacerdotal propias de esta relación comunal.

¹⁶ cfr. Lucio Gera, *Caridad pastoral y unidad de vida*, Pastores 4, Diciembre de 1995.

¹⁷ Exhortación Apostólica *Pastores dabo Vobis*, n° 23; citando a *Presbyterorum Ordinis* 14.

¹⁸ Idem.

Como colaborador del obispo, el sacerdote, hace las veces del obispo en los destinos ministeriales a los cuales él envía, especialmente en la parroquia como párroco. Por eso debe vivir una espiritualidad que de alguna manera manifieste el carisma propio del obispo. Hay una estrecha relación entre la vida del sacerdote diocesano y el carisma episcopal, ya que ambos participan del mismo y único sacerdocio de Cristo.¹⁹

Entendemos como carisma episcopal la gracia de ser cabeza de la Iglesia y del Presbiterio, y también la exigencia de orientar esa gracia recibida hacia la santificación de sus presbíteros, además de todos los fieles de la Iglesia particular. De aquí surge una actitud propia del carisma episcopal que, como servidor de todo el pueblo de Dios en la diócesis, debe armonizar y coordinar todos los carismas que el espíritu suscita en sacerdotes, fieles, movimientos, etc., siendo el garante y artífice de la comunión. El obispo es el principio "visible" de la comunión entre los diversos carismas en la Iglesia particular y como "cabeza" de la diócesis es fuente y principio vital de la comunión.

En relación a ese carisma episcopal aparece un itinerario de espiritualidad sacerdotal propio del clero diocesano. El sacerdote, como colaborador del obispo, debe ser aquél que, en su destino, coordina y armoniza los carismas de su comunidad particular al servicio de la Iglesia siendo el responsable de la comunión en la diversidad.

*"La espiritualidad eclesial de toda la comunidad sería una abstracción, si cada una de las vocaciones (laical, religiosa, sacerdotal) no viviera su propio carisma, para compartirlo con los demás en comunión eclesial de hermanos (sin prevalencias, exclusivismos y privilegios). La espiritualidad sacerdotal aporta el servicio de unidad y coordinación entre todas las vocaciones, ministerios y carismas; el sacerdote diocesano tiene esta peculiaridad de coordinación de todos los carismas, sin exclusivismos ni exclusiones, bajo la guía de quien preside la caridad."*²⁰

La espiritualidad sacerdotal, como impulso del Espíritu, crece en la medida que el sacerdote no busca en primer lugar conocer cuál es su carisma, sino conocer los carismas de los fieles, del pueblo de Dios y a todos darle un lugar, armonizándolos y coordinándolos desde la comunión. De esa manera descubrirá que su carisma (el del clero diocesano) es coordinar carismas. Esto no quita que cada sacerdote tenga más facilidad para trabajar en tal o cual tarea, pero sí que esa cualidad no le impida trabajar con otros que piensan distinto, que tienen otras cualidades y habilidades, en síntesis que tengan otros carismas.

No hay duda que este modo de vida sacerdotal implica el esfuerzo humano de una madurez muy grande en el trato con las personas, en no imponer los propios proyectos sino armonizar los de la comunidad orientándolos a la comunión, en la capacidad de diálogo con quienes piensan diferente, en la corrección fraterna y sobre todo en la disponibilidad a trabajar por el bien de todos.

¹⁹ Cfr. Juan Esquerda Bifet, *Espiritualidad sacerdotal y carisma episcopal*, Pastores 18, Septiembre de 2000

²⁰ o.c., pág. 12

También es necesaria la disponibilidad a las tareas diocesanas, para que mi propio carisma se armonice con el carisma de mis hermanos en el presbiterio y se enriquezca la Iglesia diocesana. En esto hay que tener en cuenta que uno se ordena para la diócesis, para colaborar con el obispo diocesano, por lo que el destino al cual el obispo envía tendrá que ir armonizado, en tiempos y preocupación, con otras tareas diocesanas que él necesite del mismo sacerdote.

d. Relación con los presbíteros: La pertenencia a la comunidad presbiteral

La espiritualidad sacerdotal pensada desde una eclesiología de comunión, define al sacerdote necesariamente en relación a una comunidad y viviendo una dimensión comunitaria. Ya no podemos pensar en el sacerdote aislado y definido por la celebración de la eucaristía o la confesión sin ningún tipo de relación con el obispo o sus hermanos en el sacerdocio. El acento “relacional” pone al sacerdocio unido y en comunión a otros que han sido llamados a lo mismo: a dar la vida por la Iglesia.

Esa comunidad fraterna es el presbiterio.

“Los presbíteros, constituidos por la ordenación en el orden del presbiterado, se unen todos entre sí por íntima fraternidad sacramental; pero especialmente en la diócesis, a cuyo servicio se consagran bajo el propio obispo, forman un solo presbiterio. Porque, aunque se entreguen a diversos menesteres, ejercen, sin embargo, un solo ministerio sacerdotal a favor de los hombres.

... Así pues, cada uno está unido con los restantes miembros de esta agrupación sacerdotal por especiales lazos de caridad apostólica, ministerio y fraternidad, como se significa, ya desde tiempos antiguos, litúrgicamente, cuando se invita a los presbíteros asistentes a imponer las manos, junto con el obispo ordenante, sobre el nuevo elegido, y cuando, con corazón unánime, concelebran la Sagrada Eucaristía. De donde se sigue que cada uno de los presbíteros están unidos con sus hermanos por el vínculo de la caridad, de la oración y de la omnímoda cooperación, y así se pone de manifiesto aquella unidad con que Cristo quiso fueran los suyos consumados en uno, para que conociera el mundo que Él había sido enviado por el Padre.”²¹

El presbiterio pasa a ser, para el sacerdote diocesano, el grupo o lugar de pertenencia²². Allí se dan los vínculos con los demás sacerdotes y crece el desafío de crear la comunión o comunidad sacerdotal. Se crean espacios donde los jóvenes aportarán su entusiasmo y sus ganas nuevas, los más grandes la sabiduría y la experiencia, los ancianos la capacidad de reconciliación y de síntesis de lo importante. Todos tendrán que aceptarse en su tiempo de madurez y edad, y también acompañarse para compartir la pastoral diocesana, ya que todos colaboran con el mismo obispo.

²¹ *Presbyterorum Ordinis*, n° 8.

²² Cfr. Lucio Gera, *Corpus Presbyterorum*, en Pastores 13, Diciembre de 1998.

“El ministerio ordenado, por su propia naturaleza, puede ser desempeñado sólo en la medida en que el presbítero esté unido con Cristo mediante la inserción sacramental en el orden presbiteral, y por tanto en la medida que esté en comunión jerárquica con el propio Obispo. El ministerio ordenado tiene una radical «forma comunitaria» y puede ser ejercido sólo como «una tarea colectiva». Sobre este carácter de comunión del sacerdocio ha hablado largamente el Concilio, examinando claramente la relación del presbítero con el propio Obispo, con los demás presbíteros y con los fieles laicos.

El ministerio de los presbíteros es, ante todo, comunión y colaboración responsable y necesaria con el ministerio del Obispo, en su solicitud por la Iglesia universal y por cada una de las Iglesias particulares, al servicio de las cuales constituyen con el Obispo un único presbiterio. Cada sacerdote, tanto diocesano como religioso, está unido a los demás miembros de este presbiterio, gracias al sacramento del Orden, con vínculos particulares de caridad apostólica, de ministerio y de fraternidad.”²³

El presbiterio es el espacio de “consejo” al obispo, como dice la definición del CV II (colaborador y consejero necesario...) que se organizará por distintos canales como el decanato, la vicaría y el Consejo Presbiteral.

La participación en estos espacios no es formal y administrativa sino cordial ya que son los lugares naturales para experimentar la comunión sacerdotal. Al mismo tiempo crecen las reuniones de grupos por afinidad y amistad. Sacerdotes de la misma edad, compañeros de curso, pequeñas comunidades de oración y reflexión, grupos por intereses pastorales, etc.

El signo más claro de la comunión presbiteral, en unidad con el obispo, es la elaboración y ejecución de un plan pastoral diocesano. Allí deben canalizarse todos los carismas y armonizarse entre ellos, realizando algunas opciones o prioridades. El plan pastoral diocesano tampoco es una organización formal para ejecutar acciones sino la expresión de la comunión diocesana, animada y fortalecida por el presbiterio, y este impulsado por el Espíritu.

Esto requiere del sacerdote diocesano la capacidad de orientar las opciones pastorales propias hacia la comunión de la Iglesia local. Requiere la madurez de pensar que el aporte de otros puede enriquecer su tarea y no creer que, siempre, lo personal y las propias propuestas son las mejores o las únicas que debe llevar a cabo.

e. Relación con la comunidad de fieles: Ser imagen de Cristo, Buen Pastor (la “pastoralidad”)

Es aquí donde más juegan las disposiciones humanas del sacerdote. La comunidad parroquial a la cual uno sirve, o la comunidad particular en algún servicio diocesano, es el espacio donde el sacerdote debe desarrollar los sentimientos de Cristo, Buen Pastor.

²³ Exhortación Apostólica *Pastores dabo Vobis*, nº 17

Por eso debe el sacerdote conocer sus virtudes y debilidades y cómo estas condicionan un modo de ejercer el ministerio pastoral.

Lo primero que debe sentir la comunidad que uno es el pastor del “rebaño”. Y el rebaño es todo el conjunto de la realidad parroquial o comunitaria. La universalidad en el amor es la nota esencial que encarna la “caridad pastoral” en gestos y acciones concretas donde todos sienten que tienen prioridad en el amor. Si la “caridad pastoral” es la fuente que provoca la entrega de la vida del sacerdote por la Iglesia, en la parroquia es la comunidad toda la que debe ser motivo de mi amor universal. Esto tiene que ir unido al gesto cercano del amor que lleva a que el pastor “conoce a cada una (sus ovejas) por su nombre”. Siempre será difícil encontrar el equilibrio entre el amor universal y el amor particular con aquellos que por afinidad o cercanía en la tarea pastoral se hacen más amigos que otros. Es también aquí donde se da en el sacerdote verdaderas relaciones de paternidad al acompañar la vida concreta de muchos que lo toman de referente. Pero sigue siendo la disponibilidad a todos lo que marca esta espiritualidad propia del clero diocesano.

Esta actitud universal es la que permitirá conocer los distintos carismas de los miembros de la comunidad para poder ejercer el carisma de armonizarlos y coordinarlos a todos.

También hay que tener en cuenta todo el proceso del sacerdote en relación con su comunidad. El comienzo al llegar al nuevo destino, el crecimiento en conocimiento y amor a lo largo de los años y la despedida con el cambio.

El primer encuentro con la comunidad, sobre todo en el primer destino, presenta ciertas dificultades. Conocer a la gente y el lugar, familiarizarse con la historia propia respetándola para poder enriquecerla, pero fundamentalmente para poder amarla. El sacerdote del clero diocesano no puede darse el lujo de no amar a su comunidad. Y esto no significa estar contento con ella sino ser realista y amar a quienes están y el estilo propio que tienen.

“No hay que buscar la comunidad ideal. Se trata de amar a los que Dios ha puesto a nuestro lado hoy; ellos son signos de la presencia de Dios para nosotros. Nosotros hubiéramos querido personas distintas, más alegres o más inteligentes, pero esas son las que Dios nos ha dado, las que ha elegido para nosotros, y es con ellas como debemos crear la unidad y vivir la alianza.”²⁴

El primer desafío al llegar es no comparar con la comunidad anterior, ya que esta, ahora, es la que Dios ha puesto en mi camino para entregarle mi vida. Otro desafío es cómo usar la experiencia pasada:

“... sacarle provecho y emplearla de manera eficaz pero al mismo tiempo no verse limitado por ella. En otras palabras, lo ideal es usar la propia experiencia pero no

²⁴ Jean Vanier, *Comunidad, lugar de perdón y fiesta*, Narcea Ed., Madrid 1980, pág. 27

tratar de repetirla, de depender del pasado, sino con gran apertura hacia un nuevo futuro.”²⁵

El ejercicio de las actitudes de pastor requiere que uno haga crecer las disposiciones humanas para formar comunidades evangelizadoras. La capacidad de organización de grupos o comunidades, donde todos puedan hacer participar su carisma, la habilidad de manejar conflictos en el respeto por la posición de cada uno, pero buscando la comunión, el liderazgo que no se centre en la propia persona del sacerdote sino en el seguimiento de Cristo, son actitudes que deben crecer en el sacerdote en relación a la comunidad. Pero especialmente el trato con los pobres, los enfermos, los más olvidados caracteriza y encarna la “caridad pastoral”.

El cambio de parroquia o destino es una oportunidad para renovar la entrega en una nueva situación. Al mismo tiempo permite vivir un amor universal y misionero que sale a buscar a otros para anunciar el evangelio.

“Sólo con paz y calma pueden los presbíteros aprovechar las oportunidades personales, pastorales y espirituales que el cambio ofrece. Por ejemplo, el mismo proceso de trasladarse puede llevar a una revisión o fusión de ministerio y compromiso. En un entorno tranquilo, el cambio puede introducirnos en un profundo sentido de recogimiento, literalmente, de encuentro interior. Puede también invitarnos a reafirmar nuestros compromisos y a una re-dedicación al ministerio pastoral, a la vez que nos llama a reorganizar la manera en que hacemos las cosas y a una más plena conversión del corazón.

El proceso de trasladarse es un desafío particular para los sacerdotes diocesanos cuya incardinación en una diócesis los define en términos de geografía local y los inclina a una cierta estabilidad. El trasladarse de un destino a otro agudiza el desafío de cultivar un sentido misionero y un servicio social más amplio.”²⁶

Es aquí, donde diariamente se vive la espiritualidad sacerdotal, en la relación permanente con la propia comunidad. Si la espiritualidad sacerdotal es la vida diaria como expresión del impulso del Espíritu, en las actitudes humanas de cercanía, de respeto, de diálogo y apertura, de amor por todos es donde se muestran en el sacerdote los “sentimientos de Cristo Buen Pastor”. Todo lo vivido en relación a la comunidad será llevada a la oración, para que el mismo Cristo, serene y sane todas las heridas escuchadas y absorbidas.

f. Relación con el mundo: La apertura misionera

Si bien la particularidad del sacerdote es su inserción a la diócesis y su ministerio en colaboración con el obispo, está abierto a las necesidades de todas las Iglesias. La

²⁵ Conferencia de Obispos Católicos de EE.UU, *Plan básico para la formación permanente de los sacerdotes*. Agosto 2001, pág. 62.

²⁶ o.c., pág. 61

primera actitud misionera es la que tiene que ver con las ayudas que puedan darse a otras parroquias cercanas en misas o confesiones, o charlas espirituales en retiros o novenas. Aún las actividades diocesanas más allá de las parroquias, tienen algo de actitud evangelizadora que hace salir al sacerdote de su propio ámbito cotidiano.

La invitación de Aparecida de sabernos “*discípulos misioneros de Cristo*” como expresión propia de nuestra identidad, confirma esta necesidad de renovar nuestra vida, nuestro ministerio y las estructuras pastorales, hacia un estilo más misionero y fecundo alcanzando un “*estado de misión permanente*”²⁷. Términos como “*conversión pastoral*”²⁸ y “*estructuras caducas para la evangelización*”²⁹ invitan a una revisión continua sobre nuestro modo de evangelizar.

El creciente secularismo en nuestra cultura que se manifiesta especialmente en las propuestas de la cultura de los MCS lleva también a retomar el desafío de una nueva “*evangelización para la transmisión de la fe*”. Este tema fue propuesto por Benedicto XVII para el pasado Sínodo de Obispos.

El trabajo con sacerdotes o fieles de otras parroquias en encuentros por decanato o vicaría son un signo evidente de la actitud misionera más allá del propio territorio parroquial o actividad habitual. Los grupos y tareas misioneras en otras diócesis muestran también esta nota propia de la espiritualidad sacerdotal con signo misionero.

Sin embargo, es propio del clero diocesano el tener una disposición por la misión “*ad gentes*”³⁰. Uno se ordena para una diócesis determinada, pero las necesidades de sacerdotes en otras más desprovistas pueden invitar a que nazca un deseo de servicio misionero o un envío del obispo a otras diócesis.

*“Ahora bien, para cultivar debidamente el espíritu de comunidad, ese espíritu ha de abarcar no sólo la Iglesia local, sino también la Iglesia universal. Y la comunidad local no debe fomentar sólo el cuidado de sus propios fieles, sino prepara también, imbuida de celo misional, para todos los hombres, el camino hacia Cristo.”*³¹

La dimensión misionera aparece naturalmente en la espiritualidad sacerdotal, como expresión del amor universal al que lleva la “*caridad pastoral*”, y la entrega de la propia vida por la Iglesia.

4. Conclusión.

La propuesta de Benedicto XVI de celebrar un Año de la Fe acentúa la importancia del vínculo personal en la tarea evangelizadora. En primer lugar porque la Fe tiene su fuente en el encuentro personal con Cristo. Es la relación con él la que provoca “la alegría

²⁷ Aparecida, Documento Conclusivo, N° 551.

²⁸ Aparecida, Documento Conclusivo. N° 368, 370.

²⁹ Aparecida, Documento Conclusivo. N° 365.

³⁰ Josef Tomko, *La dimensión misionera del sacerdocio ministerial*, Pastores 12, Septiembre de 1998.

³¹ *Presbyterorum Ordinis*, n° 6

y el entusiasmo de creer”.³² Basta recordar también esta expresión: “*No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva*”.³³

La evangelización, entonces, es la expresión de lo que ese encuentro ha provocado en el propio corazón. Se transmite una experiencia. Y esto requiere del encuentro con el otro ya que se comparte una experiencia personal con otra persona. En esta perspectiva los obispos argentinos llegan a decir que “*la misión es relación, y por eso se despliega en la cercanía, a través de vínculos personales sostenidos en el tiempo*”.³⁴

Queda clara la importancia de las relaciones y los vínculos en la vida del sacerdote y, por lo tanto, en la etapa de la formación inicial.

II. Las “eclesiologías implícitas” y la pastoral en comunión.

1) Identidad “comunional” del presbítero

En el Año de la Fe se nos pide vivir con “alegría y entusiasmo” por el hecho de creer en Cristo. Hay que tener en cuenta que, más allá de las motivaciones externas que lo provocan, el origen del entusiasmo es interior. Recordemos su definición: *tener a Dios adentro; el Dios activo en mí*. Por eso el camino es el de “*contemplar el rostro de Cristo*” y buscarlo, esperarlo y encontrarse con Él.

Pero es cierto que para vivir “*entusiasmados*” no bastan sólo las motivaciones internas. Deben estar y aparecer motivaciones externas que nos animen a vivir con sencillez y alegría nuestra propia vocación y como expresión de un Dios que también nos habla “*desde afuera*”. Pero para encontrar motivaciones externas debemos primero definir un ámbito marco en donde encontrarlas: *nuestra propia identidad sacerdotal*.

Hemos sido llamados por Jesús para seguirlo en el ministerio sacerdotal, colaborando y estando junto con el obispo al servicio de la Iglesia universal en una porción del Pueblo de Dios que es la Iglesia diocesana. Al realizar este servicio nos unimos en un vínculo sacramental con nuestros hermanos sacerdotes (que así como uno mismo, ellos también han sido llamados por Jesús para esta tarea) formando el Cuerpo Presbiteral.

Si, cuando faltan motivaciones, el sentimiento que más aparece es el del cansancio, el sinsentido, el no ser reconocido y, por lo tanto, la soledad y el aislamiento; por el contrario cuando las motivaciones nos animan uno siente que despliega su vida en

³² Benedicto XVI, Porta Fidei, Nos 2 y 7.

³³ Benedicto XVI, Deus est caritas, N° 1

³⁴ CEA, Carta Pastoral con ocasión de la Misión Continental, N° 19, (2009); La Misión Continental en el Año de la Fe, N° 20, (2012).

relaciones y vínculos con los demás: el “otro” (al que quiero entregarle la vida en la caridad pastoral, como Jesús) que posibilita el “nosotros”, lo que me asegura vencer la soledad, el aislamiento, el sinsentido, y me ayuda en mi cansancio sintiéndome reconocido. En el “nosotros” al menos hay quienes son testigos de mi vida y así mi vida tiene valor. Me siento valorado.

Como vemos no puede haber motivaciones externas que animen mi vida sacerdotal si no es en la “*comunidad eclesial*”, que en nosotros empieza con la “*comunidad presbiteral*”. El “nosotros” del presbiterio. Y más aún cuando vivimos tiempos en que es “*políticamente correcto*” a nivel mundial cuestionar a la Iglesia, los valores que esta sostiene y la elección de vida de los sacerdotes.

La misma Iglesia en su Magisterio ha hecho una evolución a la hora de definir el ministerio sacerdotal hacia un modelo de comunión. De aquella formulación precisa y sabia del Concilio de Trento, que marcó el ideal sacerdotal durante varios siglos hasta 50 años atrás³⁵ vinculada estrechamente a la Gracia que el individuo recibe para sí y que confiere poder para obrar sacramentalmente, hasta llegar a las definiciones del CV II y “*Pastores dabo vobis*” donde, desde una eclesiología de comunión, se inserta el ministerio sacerdotal en relaciones y vínculos de amor que tienen su modelo en la Santísima Trinidad.³⁶ Hubo un corrimiento desde la responsabilidad individual de ser “otro Cristo”, a la **responsabilidad comunitaria**, que no reduce lo individual si no que la inserta en un “cuerpo”, donde todas las “funciones” y “carismas” (como miembros de ese cuerpo) se complementan y necesitan. Ser otro Cristo, con otros hermanos, formando el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia.

Por eso PDV tiene definiciones tan claras como estas, vinculadas al “nosotros” presbiteral:

- “El ministerio ordenado tiene una radical **«forma comunitaria»** y puede ser ejercido sólo como **«una tarea colectiva»**. Sobre este carácter de comunión del sacerdocio ha hablado

³⁵ “Es, finalmente, de fe que por la ordenación sacerdotal se imprime un carácter indeleble y se confiere una especial gracia sacramental. Hemos de insistir en la alta finalidad del carácter sacerdotal y de la gracia sacramental correlativa. El carácter, inherente íntima e indeleblemente al alma, confiere el poder de realizar actos sacerdotales válidamente; es para **consagrar** válidamente la Eucaristía y **perdonar** válidamente los pecados de los fieles que hubieren cometido después del bautismo”. Cfr. Reginald Garrigou-Lagrange O.P., *La unión del sacerdote con Cristo, Sacerdote y Víctima*. Ediciones Rialp, Madrid, 1962 (segunda edición), pág. 38.

³⁶ “Se puede entender así **el aspecto esencialmente relacional de la identidad del presbítero**. Mediante el sacerdocio que nace de la profundidad del inefable misterio de Dios, o sea, del amor del Padre, de la gracia de Jesucristo y del don de la unidad del Espíritu Santo, el presbítero está inserto sacramentalmente en la comunión con el Obispo y con los otros presbíteros, para servir al Pueblo de Dios que es la Iglesia y atraer a todos a Cristo.

Por tanto, no se puede definir la naturaleza y la misión del sacerdocio ministerial si no es bajo este **multiforme y rico conjunto de relaciones** que brotan de la Santísima Trinidad y se prolongan en la comunión de la Iglesia, como signo e instrumento, en Cristo, de la unión con Dios y de la unidad de todo el género humano.

Por ello, la **eclesiología de comunión** resulta decisiva para descubrir la identidad del presbítero, su dignidad original, su vocación y su misión en el Pueblo de Dios y en el mundo”. PDV N° 12

*largamente el Concilio, examinando claramente la relación del presbítero con el propio Obispo, con los demás presbíteros y con los fieles laicos”.*³⁷

- *“Es necesario que el sacerdote tenga la conciencia de que su «estar en una Iglesia particular» constituye, por su propia naturaleza, un elemento calificativo para vivir una espiritualidad cristiana. Por ello, el presbítero encuentra, precisamente en su pertenencia y dedicación a la Iglesia particular, una fuente de significados, de criterios de discernimiento y de acción, que configuran tanto su misión pastoral, como su vida espiritual.”*³⁸
- *“La formación permanente ayuda al sacerdote, en la Iglesia «comunidad», a madurar la conciencia de que su ministerio está radicalmente ordenado a congregar a la familia de Dios como fraternidad animada por la caridad y a llevarla al Padre por medio de Cristo en el Espíritu Santo.”*³⁹
- *“Dentro de la comunión eclesial, el sacerdote está llamado de modo particular, mediante su formación permanente, a **crecer en y con el propio presbiterio unido al Obispo**. El presbiterio en su verdad plena es un *mysterium*: es una realidad sobrenatural, porque tiene su raíz en el sacramento del Orden. Es su fuente, su origen; es el «lugar» de su nacimiento y de su crecimiento.... Esta **unidad del presbiterio**, vivida en el espíritu de la caridad pastoral, hace a los sacerdotes testigos de Jesucristo, que ha orado al Padre «para que todos sean uno» (Jn 17, 21)”*⁴⁰

El presbiterio pasa a ser, para el sacerdote diocesano, el grupo o lugar de pertenencia⁴¹. Allí se dan los vínculos con los demás sacerdotes y crece el desafío de crear la comunión o comunidad sacerdotal. Se crean espacios donde los jóvenes aportarán su entusiasmo y sus ganas nuevas, los más grandes la sabiduría y la experiencia, los ancianos la capacidad de reconciliación y de síntesis de lo importante. Todos tendrán que aceptarse en su tiempo de madurez y edad, y también acompañarse para compartir la pastoral diocesana, ya que todos colaboran con el mismo obispo.

2) El lugar “comunal” del Presbiterio y sus expresiones más cercanas: Decanatos, vicarías, regiones pastorales, etc.

No hay duda que, en esta perspectiva, el espacio primero y más cercano para hacer visible la comunión presbiteral es el decanato, vicaría o región. Es decir, el espacio pastoral más pequeño de encuentro entre parroquias cercanas, lo que permite la vinculación con los presbíteros que viven cerca. La valoración que podemos hacer de este espacio no depende tanto de la estructura misma sino de lo que hacen los presbíteros miembros del mismo.

Ante cuestionamientos de siempre que se preguntan sobre el valor de estos espacios y por lo tanto de “*mi presencia en él*”, ya que las reuniones son “*una pérdida de*

³⁷ PDV N° 17.

³⁸ PDV N° 31.

³⁹ PDV N° 74.

⁴⁰ Idem.

⁴¹ Cfr. Lucio Gera, *Corpus Presbyterorum*, en Pastores 13, Diciembre de 1998.

tiempo” que “*me impiden hacer cosas más valiosas*” que estar con mis hermanos sacerdotes, es bueno recordar lo que cualquier psicología social dice de los grupos humanos de trabajo y comunión.

Estos siempre se mueven en dos ejes: el de la efectividad o la **tarea**, y el de la **relación** o comunión. Estos dos aspectos definirán el grupo en una constante tensión, complementariedad y riqueza y marcarán su itinerario.

En estos espacios habrá tiempos en que se podrán consensuar tareas comunes o al menos tareas que trabajan todos en cada Parroquia, pero no hay que olvidar que este grupo específico es también el lugar de la “comunión”, del “nosotros” presbiteral. Y la mayor dificultad está en construir la comunión de modo atractivo y fecundo. Organizar tareas, es fácil. Organizar la “comunión”, nos cuesta más. Quizás nos ayude pensar que estos espacios son el primer lugar de **formación permanente**, al compartir mi vida sacerdotal con la de mis hermanos, en la oración, la reflexión, la cercanía y las necesidades pastorales recurriendo a la ayuda de los demás.

Igualmente hay que descubrir que las tareas en común, provocan comunión. La comunión presbiteral se expresa fundamentalmente en la “*comunión pastoral*”. Tener orientaciones pastorales comunes y adherirse a ellas, no refleja sólo la buena organización de una diócesis, refleja su espíritu de comunión. La comunión pastoral tiene una dimensión teologal.

3) Las eclesiologías implícitas: comunión en la diversidad

Todo camino de comunión debe atravesar el obstáculo de las diferencias. El Presbiterio, como los espacios más pequeños de los que hablábamos antes, es el lugar donde estas se manifiestan: temperamento de cada uno, estilo de conducción, personalidad, carácter, distintas etapas de la vida y por lo tanto distinta formación inicial y modelos eclesiológicos diversos, entre otras cosas.

En esto lo que más puede dividirnos a la hora de la “*comunión pastoral*” son los distintos modos de pensar la Iglesia y el modelo de Iglesia que nos mueve y nos inspira (las eclesiologías implícitas). Lamentablemente, a veces, no vemos esto como una riqueza a compartir desde acentuaciones eclesiológicas en cada uno, sino como modelos absolutos que no pueden “dialogar” con otros.

¿Cuáles son estas acentuaciones eclesiológicas que podemos encontrar entre nosotros? ¿Cuál es la eclesiología implícita que me define?

Presento estos modelos eclesiológicos con la dificultad de querer ponerle nombre a cada una de estas acentuaciones y sabiendo que puede ser enriquecido teniendo en cuenta otros aspectos de la vida sacerdotal. Intentaremos ver que no se contraponen entre sí, sino que cada uno reclama complementariedad.⁴²

⁴² Para esto me inspiro, con libertad y creatividad, en una reflexión que hizo el presbiterio de Merlo-Moreno años atrás.

- a) **Iglesia Gracia y fidelidad:** inspirada en el ideal sacerdotal de Trento que privilegia, en el apostolado sacerdotal, la primacía de la vida de la Gracia a través de la vida Sacramental, en especial la Eucaristía y la Confesión. Llevada al extremo, esta acentuación considera que cualquier otra actividad que no lleve a los sacramentos es perder el tiempo. El debate abierto entre nosotros, por ejemplo, está en la pastoral escolar: ¿privilegiamos las misas y confesiones o privilegiamos las convivencias y encuentros? ¿Necesariamente es un camino u otro?

Otra nota característica es que se valora la vida cristiana desde una acentuación en la vida moral, por lo tanto es importante dejar en claro cuáles son las condiciones adecuadas para recibir los sacramentos. La fidelidad al Magisterio de la Iglesia y la receptividad a las enseñanzas del Santo Padre y los obispos es otra de sus notas.

La preocupación pastoral es formar al pueblo cristiano, que puede verse desorientado en esta cultura posmoderna. Por eso se atiende mucho a los contenidos de la Fe.

En esta acentuación es muy valioso, en un tiempo cultural de relativismo e individualismo, centrar la vida cristiana en algo objetivo (la Gracia) que nos llega de regalo por el Dios que nos ama. Esto ayuda a sostener la fe en tiempos de incertidumbre y confusión.

- b) **Iglesia Pueblo de Dios:** inspirada en la religiosidad popular, hace hincapié en la conciencia de saberse “hijo de Dios”, como nota natural y “sabiduría popular” en el corazón de nuestro pueblo pobre y sencillo. No pone su atención en las condiciones morales o la vida sacramental sino fundamentalmente en esta natural certeza de saber que “Dios me ama”.

El camino pastoral es partir de este “tesoro” y llevarlo a plenitud hacia el encuentro visible con Cristo en los sacramentos y en la inserción comunitaria a la Iglesia como familia de Dios. Fundamentalmente hay que acompañar.

La expresión religiosa se da en las procesiones, las novenas, las misiones con imágenes de la Virgen o los Santos, las estampas; y el marco privilegiado es el Santuario. Si bien esta perspectiva se vincula con los ámbitos más populares, hoy enriquecidos con hermanos paraguayos, bolivianos y peruanos, sin embargo también lo encontramos en otros ámbitos socio-culturales. La motivación que lleva a algunos a Luján, lleva a otros a San Nicolás o a la Virgen de Salta.

El documento de Aparecida retoma esta perspectiva y la enriquece llegando a hablar de una “espiritualidad popular” presente en esta experiencia de fe.⁴³

- c) **Iglesia comunión y participación:** inspirada en el valor de la *corresponsabilidad* en la Iglesia busca en la organización pastoral abrir espacios para que todos, obispos,

⁴³ Aparecida “DOCUMENTO CONCLUSIVO”, N° 258 – 265.

sacerdotes, religiosos/as y fieles laicos, se sientan miembros activos de la vida de la Iglesia. En este modelo la participación responsable y comprometida de todos lleva al sentido de pertenencia eclesial.

Se sostiene en estructuras de participación bien organizadas como Consejos Pastorales, Juntas y Asambleas parroquiales. La experiencia de comunión se da en la tarea conjunta. Busca motivar a otros en la tarea pastoral, dándoles a todos un espacio, y se despliega en redes de relaciones y vínculos pastorales con otros organismos: otras parroquias, el decanato, la diócesis..., para experimentar así la comunión eclesial y el ser (la Iglesia) una gran familia.

En cierta medida es el modelo que se inspira en el Documento de Puebla y logra su concreción en los Planes Pastorales de la primera parte de la década de los 90, con objetivos generales, particulares, acciones y proyectos.

Hoy alienta a una sana y necesaria organización pastoral de las parroquias y la diócesis como expresión visible de una comunión pastoral.

- d) **Iglesia caridad y liberación:** inspirada en los modelos sacerdotales de los años 70 busca poner a la Iglesia como institución mediadora de un Cristo que salva y libera de toda opresión. La Iglesia es creíble cuando se compromete en la solución concreta de ciertas necesidades y por lo tanto trabaja para ello. Décadas atrás eran la opresión política, la falta de libertades, la necesaria promoción humana, la distribución equitativa de la riqueza, y a estas hoy se le agregan el flagelo de la droga (el paco y otras), la delincuencia y la violencia, la falta de oportunidades, la falta de vivienda y trabajo digno, la falta de alimentación adecuada para los niños, la discriminación por ser pobre, etc.

La necesidad de acompañar la solución de tantas necesidades lleva a un modelo de Iglesia muy vinculado a organismos no eclesiales: cooperativas, ONG's, organismos del Estado, etc.

La vinculación con los más pobres promueve trabajar pastoralmente también desde una religiosidad popular de confianza en Dios y de Esperanza, valorando los lazos naturales de solidaridad y caridad entre los mismos hermanos. Si bien este modelo puede parecer que sólo se da en las parroquias de las villas, el crecimiento de la inmigración, los ambulantes y otras carencias en situaciones humanas de riesgo en tantos pueblos barrios de Argentina, llevan a la necesidad de contar con estructuras solidarias (Caritas u otras, p.e. Noches de la Caridad, etc.) en toda la geografía de nuestras diócesis.

Al explicitar estas cuatro acentuaciones eclesiológicas, cada uno se habrá sentido identificado más con alguna de ellas, pero al mismo tiempo notamos que de hecho no se dan y no pueden darse de modo absoluto. Las distintas acentuaciones no tienen que dividirnos, sino descubrir la necesaria complementariedad y recíproca necesidad entre

ellas. Quien absolutiza un modelo, se termina “cortando solo”, se aísla y se separa de la comunión presbiteral. Y su tarea pierde fecundidad. Y se pierde el entusiasmo.

Al mismo tiempo estas acentuaciones pueden variar en nosotros con el paso del tiempo y según el lugar que nos toque ejercer el ministerio. Me parece que lo ideal no es tener un modelo eclesiológico rígido que implanto en cada lugar donde voy, sino desde mi “simpatía” eclesiológica, lograr una adaptabilidad a la eclesiología de quienes me toca servir, corrigiendo errores, aportando lo propio y teniendo en cuenta los desafíos propios de cada época y el caminar de la Iglesia.

4) El camino de la Iglesia en Argentina. Diversas acentuaciones eclesiológicas.

Esta movilidad en diversas acentuaciones eclesiológicas podemos notarlo en general en la Iglesia en Argentina. Luego de la década del 70, que abrió espacios muy grandes para trabajar desde el modelo eclesiológico d.), junto a muchas reacciones contrarias encerrándose en los aspectos más rígidos del modelo a.), y silenciando al d.), la década del 80 nos encontró desarrollando especialmente los modelos b.) y c.) con una amplia participación espontánea. Fue la época de muchas vocaciones sacerdotales y compromisos laicales y juveniles. Basta recordar las grandes convocatorias que marcaron el caminar de la Iglesia en aquel tiempo: el Congreso Mariano en Mendoza en 1980; la primera visita de Juan Pablo II en 1982; el Congreso Eucarístico Nacional en Buenos Aires en 1984; el Encuentro Nacional de Juventud en Córdoba en 1985; la segunda visita de Juan Pablo II en 1987 y otros eventos como el crecimiento de la Peregrinación a Luján y otras manifestaciones religiosas en todas las regiones del país, la cantidad de grupos misioneros que unieron a las Iglesias particulares, etc. Todo esto alentado y animado por los frutos del Documento de Puebla que invitaba a vivir una Iglesia “Comunión y participación”.

Sin embargo los años 90 nos sumergieron a otra experiencia. La cultura en general se volcó hacia un individualismo más marcado con la extensión de modelos liberales en las políticas de los países. Así el encuentro y el compromiso con el hermano disminuyeron como posibilidad atractiva de dar sentido a la vida, tanto en la Iglesia como en la política en general. Disminuyen las vocaciones sacerdotales y los encuentros masivos de jóvenes. No hay recambio de los agentes pastorales por lo que comienza a notarse en la Iglesia cierto desgaste y cansancio pastoral. Surge entonces la necesidad de organizarse y aprovechar los recursos humanos que se disponen, invitando a otros a sumir compromisos pastorales impulsados por la Fe.

Es el tiempo de la “programación pastoral”. Animados por el Celam, que recorre las Conferencias Episcopales con equipos de formación, comienza a generarse en las iglesias particulares la necesidad de “organizar” la pastoral y la de dar importancia de los Planes Pastorales Diocesanos. La Iglesia en Argentina asumiendo esta perspectiva emite las “Líneas pastorales para una Nueva Evangelización”, que centrando su reflexión pastoral en un núcleo teológico cristológico (mirar a Cristo y encontrar en Él la dignidad humana más plena) invita a todos los laicos a asumir su potencial misionero y a crear

espacios de participación nuevos. Sobre todo se trabaja y se anima a la creación en todas las parroquias de los “Consejos pastorales”.

Sin embargo muchos de estos planes pastorales no pudieron sostenerse en el tiempo. La llegada de las celebraciones del Tercer Milenio con las propuestas de vivir un año dedicado a cada una de las personas de la Trinidad invitando a realizar gestos misioneros, llevaron a centrar la tarea a esta dimensión.

Es verdad que algunos planes pastorales, si bien daban libertad de adecuarse a las necesidades y posibilidades de cada comunidad, terminaban impulsando una inmensa cantidad de acciones difíciles de realizar todas ellas. Por ejemplo, algunos contaban con un Objetivo general, cuatro objetivos específicos, tres acciones cada uno de ellos y cuatro proyectos que concretaban cada acción. En total cerca de 48 propuestas para realizar en cada comunidad. Los párrocos y los Consejos Pastorales se sintieron superados y adaptaron la propuesta, desde un discernimiento comunitario -el cual no había experiencia de cómo hacerlo-, con la realización de dos o tres acciones concretas.

La crisis del 2000/2001 marcó el comienzo de la nueva década. Fue evidente en la Argentina el quiebre de los vínculos políticos (que se vayan todos), sociales (el fenómeno del “piquete” para manifestar reclamos) y familiares (la falta de trabajo generando dificultades matrimoniales y familiares). Fue necesario asumir que lo que la Iglesia debía ofrecer era un camino para sanar los vínculos rotos, revincular a los argentinos, crear comunión en la diversidad. Por eso la Iglesia participa en el llamado “Diálogo Argentino”, con la estructura organizativa de la ONU y convocados por el presidente Duhalde.

Estas dos perspectivas (el agotamiento de un modelo “organizativo” y la crisis vincular en Argentina) encontraron un nuevo cauce en la propuesta de Juan Pablo II para el nuevo milenio que comenzaba. En “Novo millenio ineunte”, propone una “espiritualidad de comunión”, antes de concretar cualquier realización programática.⁴⁴ El Documento pastoral de los obispos argentinos del año 2003 “Navega mar adentro”, toma como desafío trabajar desde el Evangelio por la comunión, teniendo ahora como núcleo teológico las relaciones intratrinitarias, y abriendo un espacio anterior a los programas pastorales que le da por nombre “El Espíritu que ha de animarnos” y con el cual comienza el documento. Al mismo tiempo no plantea objetivos ni proyectos, sino “acciones destacadas”. Se busca entonces partir de un estilo común, de un Espíritu que nos impulsa, de un modo de “hacer la pastoral”, y desde allí encontrar las acciones comunes. Discernir antes de organizar, escuchando y mirando la presencia de Dios en las realidades cotidianas. Un modelo eclesial más cercano al punto c.) de nuestra descripción.

Esta década del 10 nos encuentra creciendo todavía en la apropiación de las conclusiones del Encuentro en Aparecida de una Iglesia discipular y misionera. La invitación a pensar y encarnar un estilo de misión permanente va impregnando ahora nuestro modelo eclesial. Se parte del potencial misionero de todo bautizado, en especial

⁴⁴ NMI, N° 43

a partir de la experiencia religiosa de la piedad popular. Hoy los planes pastorales han sido enriquecidos y potenciados con este impulso misionero.

Igualmente, este cambio en la acentuación eclesiológica y pastoral puede llevar a un cierto desconcierto y vivir con la sensación que “*no pasa nada pastoralmente*”. Ya es tiempo de asumir, no sin dificultad, esta acentuación eclesiológica y hacerla camino pastoral para todos con creatividad y enriqueciéndola con libertad de Espíritu. Lo peor y la gran tentación es aislarse y cortarse solo. El camino es el de la comunión presbiteral y pastoral. El deseo de tener un “plan pastoral” debe ir unido al compromiso en una “pastoral de conjunto”.

Volviendo al principio, hay que crear espacios en el presbiterio para que podamos compartir nuestras “eclesiologías implícitas” y las incertidumbres de cualquier horizonte pastoral y así acompañarnos y enriquecernos mutuamente en los pequeños logros y tristezas que nos provoca la vida pastoral cotidiana, pensando siempre más en la fecundidad de nuestra tarea que se mide con el tiempo, que en éxito inmediato de la misma que se apaga pronto.

5) La formación inicial para la comunión presbiteral

Si la formación inicial tiene que educar para la comunión, este aspecto de las “eclesiologías implícitas” debe ser tenido en cuenta.

Todo seminarista llega al seminario con una experiencia pastoral concreta y trae un modelo eclesiológico recibido en la familia, en la parroquia o movimiento del cual surge su vocación, o del sacerdote que lo acompaña en el discernimiento de su vocación.

La llegada al seminario lleva al seminarista a confrontar su modelo eclesial con el de los demás y el que encuentra en el seminario, expresado en especial por los superiores. Esto a él se le hace evidente en el modo de vestirse de cada uno hasta en los cantos usados en la liturgia cotidiana. Las preguntas inconscientes que van apareciendo llevan a evaluar lo vivido en las categorías de lo que está bien o está mal. La elección de un canto o cierto tipo de instrumentos en la liturgia, un contenido catequístico para una charla, una tarea pastoral en barrios carenciados, los tiempos “permitidos” por el seminario para tareas pastorales en parroquias, una línea teológica determinada, en especial la actividad pastoral en parroquias con estilos distintos a los que él conocía, etc. Su “modelo” entra en crisis y comienza a conocer “otra” Iglesia.

Esto puede llevar a un proceso de encerramiento por temor a modificar el propio “modelo eclesiológico” (avalado y alentado por algún sacerdote amigo que puede invitarlo a no “contaminarse” con lo que le enseñan en el seminario), o a una apertura sana y enriquecedora que le permita reconocer el “modelo eclesial” propio de su historia personal y abrirse a las novedades y bondades de otros modelos, teniendo en cuenta siempre que el pueblo de Dios, a quien hay que servir, vive su fe de un modo específico, que hay que aprender a conocer, acompañar y enriquecer.

Educar para la comunión requiere hablar de estas cosas y ayudar a los seminaristas a vivir en el seminario un proceso de reconocimiento de su propia historia y de apertura, sin temores, a otros modos de vivir la fe en la Iglesia. Es lo que se encontrarán en la vida del presbiterio al cual deberán insertarse.

Si la formación permanente en especial tiende a ayudar a vivir en comunión la inserción en el presbiterio, la formación inicial, de alguna manera, tendrá que encontrar los modos para ir preparando en los seminaristas este aspecto.

Recordemos que lo expuesto sobre la “comunión presbiteral” y su necesaria formación en la etapa inicial, apunta a descubrir en ella caminos para **renovar el entusiasmo sacerdotal y vencer el aislamiento**, con una mirada esperanzadora sobre el propio ministerio y la vida de la diócesis. Todo esto debe animar a que es posible trabajar juntos entre los sacerdotes y acompañarnos mutuamente en nuestro ministerio.

III. La fraternidad sacerdotal: vínculo de encuentro en la fe

1. Espiritualidad de comunión y fraternidad.

Los textos de NMI N° 43 (*Juan Pablo II, 2001*) y NMA N° 84 (*Conferencia Episcopal Argentina, 2003*) son muy claros al plantear la necesidad de una “espiritualidad de comunión” antes de cualquier esfuerzo programático. El modelo de Iglesia como “casa y escuela de comunión” exige pensar de un modo renovado cómo vivir el vínculo de la fraternidad.

Para Juan Pablo II, la llegada del tercer milenio, no significaba solamente un cambio de fecha, era la oportunidad de un nuevo desafío evangelizador. Así entonces a través de los años de preparación desde 1994 con la Carta Apostólica *Tertio Millenio Adveniente* y la posterior reflexión y propuesta programática en *Novo Millenio Ineunte*, del año 2001) deja en claro la importancia pastoral de la celebración de los 2000 años del nacimiento del Redentor y su horizonte de esperanza hacia el futuro.

El centro de este programa pastoral está definido en los números 42 y 43 de NMI:

N° 42: « En esto conocerán todos que son discípulos míos: si se tienen amor los unos a los otros » (*Jn 13,35*). Si verdaderamente hemos contemplado el rostro de Cristo, queridos hermanos y hermanas, nuestra programación pastoral se inspirará en el «mandamiento nuevo» que él nos dio: «Que, como yo los he amado, así se amen también ustedes los unos a los otros» (*Jn 13,34*).

N° 43: Hacer de la Iglesia *la casa y la escuela de la comunión*: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo.

¿Qué significa todo esto en concreto? También aquí la reflexión podría hacerse enseguida operativa, pero sería equivocado dejarse llevar por este primer impulso. Antes de programar iniciativas concretas, hace falta *promover una espiritualidad de la comunión*, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades.

... Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un «don para mí », además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente. En fin, espiritualidad de la comunión es saber « dar espacio » al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. *Ga* 6,2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias.

No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento.”

El programa pastoral queda definido. Poniendo como centro el mandamiento del amor la fecundidad pastoral debe encontrarse en promover y crear comunión en todos los ámbitos. En pocas palabras: la Iglesia evangeliza amando, o también, cuando ama, evangeliza. Para esto es necesario en primer lugar (antes de cualquier iniciativa concreta) crecer en una espiritualidad de comunión que nace en la contemplación del rostro de Cristo (a través de la oración y el encuentro con Él en la Palabra) y que lleva a aspirar a la santidad.

Juan Pablo II estaba tan convencido de este horizonte pastoral que lo propone como camino necesario para “el milenio que comienza”. Esta era la fuerza irresistible de su fe y su confianza en Dios y su amor.

Pero poco tiempo debe haber durado su entusiasmo. Una prueba de fe profunda y honda debe haber tomado el corazón de Juan Pablo II. La carta con este programa pastoral está escrita en enero del 2001. En septiembre del mismo año la caída de las torres gemelas y una nueva guerra, que podía extenderse a nivel mundial, ensombrecían a la humanidad.

¿Qué se habrá preguntado Juan Pablo? ¿No era el año 2000 una oportunidad para vivir más en el amor? ¿Acaso la propuesta de amor del Evangelio debía naufragar en el fracaso? ¿Cómo medir la fecundidad de la tarea pastoral? ¿El odio y la guerra venían a burlarse del Evangelio y demostrar que es sólo una ilusión?

En esos días y noches de oración Juan Pablo II debe haber vivido una de sus noches oscuras más profundas. Su noche oscura pastoral.

En octubre del año 2004, cuando ofrece a la Iglesia dedicar un año a la Eucaristía, él mismo relata lo que vivió en esos días. En la Carta Apostólica “*Quédate con nosotros*”, dedicada al año de la Eucaristía, nos dice:

Nº 6. Hace diez años, con la *Tertio millennio adveniente* (10 de noviembre de 1994), tuve el gozo de indicar a la Iglesia el camino de preparación para el *Gran Jubileo*

del Año 2000. Consideré que esta ocasión histórica se perfilaba en el horizonte como una gracia singular. Ciertamente no me hacía ilusiones de que un simple dato cronológico, aunque fuera sugestivo, comportara de por sí grandes cambios. Desafortunadamente, después del principio del Milenio los hechos se han encargado de poner de relieve una especie de cruda continuidad respecto a los acontecimientos anteriores y, a menudo, los peores. Se ha ido perfilando así un panorama que, junto con perspectivas alentadoras, deja entrever oscuras sombras de violencia y sangre que nos siguen entristeciendo. Pero, invitando a la Iglesia a celebrar el Jubileo de los dos mil años de la Encarnación, estaba muy convencido —**y lo estoy todavía, ¡más que nunca!**— de trabajar «**a largo plazo**» para la humanidad.

Conmueve la fe y esperanza pastoral de Juan Pablo. Con razón Benedicto XVI habla de la “fuerza de un gigante”. Débil y anciano deja en claro que jamás hay que darse por vencidos en la tarea pastoral. Que aunque el desánimo o la “sensación de fracaso” nos invadan, las fuerzas de la fe y del amor son más fuertes. Que el mal no es la confirmación de que el Evangelio queda vencido, sino el desafío para que el amor se haga más presente todavía.

La única diferencia es el “cuándo” de los resultados. El Papa Beato nos dice que hay que despojarse de los resultados inmediatos, hay que trabajar a “largo plazo”. Con esperanza, sembrando...

Benedicto XVI continúa con la misma línea pastoral. Lo deja en evidencia al proponer su primera Encíclica bajo el título “Dios es amor (caridad)” en diciembre de 2005. Desarrolla allí un estudio sobre la terminología desde la perspectiva “qué decimos cuando decimos amor”, analizando los matices del amor ágape y al amor eros. En su segunda parte presenta situaciones muy concretas vinculadas al “ejercicio de la caridad como tarea de la Iglesia” y el “perfil específico de la actividad caritativa de la Iglesia”.

Es bueno recordar uno de sus párrafos, N° 31. a): “Según el modelo expuesto en la parábola del buen Samaritano, la caridad cristiana es ante todo y simplemente la respuesta a una necesidad inmediata en una determinada situación: los hambrientos han de ser saciados, los desnudos vestidos, los enfermos atendidos para que se recuperen, los prisioneros visitados, etc. Las organizaciones caritativas de la Iglesia, comenzando por *Cáritas* (diocesana, nacional, internacional), han de hacer lo posible para poner a disposición los medios necesarios y, sobre todo, los hombres y mujeres que desempeñan estos cometidos. Por lo que se refiere al servicio que se ofrece a los que sufren, es preciso que sean competentes profesionalmente: quienes prestan ayuda han de ser formados de manera que sepan hacer lo más apropiado y de la manera más adecuada, asumiendo el compromiso de que se continúe después las atenciones necesarias. Un primer requisito fundamental es la competencia profesional, pero por sí sola no basta. En efecto, se trata de seres humanos, y los seres humanos necesitan siempre algo más que una atención sólo técnicamente correcta. Necesitan humanidad. Necesitan atención cordial. Cuantos trabajan en las instituciones caritativas de la Iglesia deben distinguirse por no limitarse a realizar con destreza lo más conveniente en cada momento, sino por su dedicación al otro con una atención que sale del corazón, para que el otro experimente su riqueza de

humanidad. Por eso, dichos agentes, además de la preparación profesional, necesitan también y sobre todo una « formación del corazón »: se les ha de guiar hacia ese encuentro con Dios en Cristo, que suscite en ellos el amor y abra su espíritu al otro, de modo que, para ellos, el amor al prójimo ya no sea un mandamiento por así decir impuesto desde fuera, sino una consecuencia que se desprende de su fe, la cual actúa por la caridad (cf. *Ga* 5, 6)».

Esta elección de un horizonte pastoral continuará en el año 2009 donde Benedicto XVI al presentar una Encíclica vinculada a la Doctrina Social de la Iglesia la titulará “*Caritas in veritatem*” y tratará sobre el desarrollo humano integral en la Caridad y la Verdad.

Tener en cuenta una “espiritualidad de comunión” para construir nuevos vínculos de fraternidad lleva a la necesidad de hacer visible una experiencia: el vínculo de pertenencia. En una época donde sobre todo se experimenta la exclusión y el aislamiento, y no sólo en el ámbito de pobreza social, sino también en la soledad y falta de sentido, la misión lleva como mensaje la experiencia de pertenencia a una gran familia que es la Iglesia. El mismo sacerdote, y más aún los seminaristas, inmersos en esta cultura actual necesitan definir y hacer visible en gestos y acciones su vínculo de pertenencia en el presbiterio.

Es interesante que Benedicto XVI, en el discurso inaugural de Aparecida, plantee lo que la fe provoca en el marco de una vida plena. Y dice “Todavía nos podemos hacer otra pregunta: ¿Qué nos da la fe en este Dios? La primera respuesta es: nos da una familia, la familia universal de Dios en la Iglesia católica. La fe nos libera del aislamiento del yo, porque nos lleva a la comunión: el encuentro con Dios es, en sí mismo y como tal, encuentro con los hermanos, un acto de convocación, de unificación, de responsabilidad hacia el otro y hacia los demás”.⁴⁵

Así la fe saca del aislamiento del yo y ubica en un espacio de pertenencia. Fundamentalmente una pertenencia a la familia de Dios. Por ello, en la experiencia pastoral con el pueblo de Dios, es importantísimo el bautismo, porque la gente va a bautizar a su hijo y con esto siente que lo “metió” en la familia de Dios.

2. La fraternidad como “lugar teológico”

Siempre hablamos de fraternidad en sentido familiar o de relaciones sociales. Hasta muchas veces la fraternidad se identifica con solidaridad, como que ser fraterno es ser solidarios. Si bien es cierto que las relaciones fraternas llevan a considerar el otro, desde el punto de vista de la caridad, como aquél que debo entregarle mi vida, esto puede llevar a una actitud de superioridad: que la carencia del otro necesita de mi riqueza para ser salvado. El otro nunca debe ser un objeto, ni siquiera por causas muy nobles. Sabemos que mucho necesitan del pobre para tranquilizar su conciencia fraterna en una actitud de

⁴⁵ Benedicto XVI, Discurso Inaugural, n° 3, párr. 4

superioridad. Si lo ayudo, yo tengo algo que al otro le falta, por lo tanto soy más rico que él, es decir soy mejor. La fraternidad es mucho más.

Es cierto que hay una comprensión más adecuada donde la fraternidad se vive como intercambio mutuo de amistad, ayuda, apoyo, cuidado y familiaridad. No soy sólo yo que doy al otro lo que no tiene, sino que recibo del otro lo que necesito o pido. En el marco social esta visión es más completa, pero sigue siendo una relación de intercambio de necesidades.

Tenemos que dar un paso más. La fraternidad cristiana tiene su origen en la filiación adoptiva de parte del Padre por nosotros. Todos somos hijos de Dios y eso nos hace hermanos. Se crea entre nosotros una relación fraterna cuyos vínculos se asientan, no en la iniciativa personal, sino en una iniciativa divina. Si el otro es mi hermano no es porque yo lo decido, sino porque Dios lo ha hecho hermano mío al hacerlo su hijo.

A esto lo apoya la imagen de la Iglesia como Pueblo de Dios. Y esta imagen fue elegida en el CV II como la más apta para presentar a la Iglesia. El pueblo de Dios lo formamos todos los bautizados, obispos, sacerdotes, religioso/as y laicos, con la misma dignidad. Iglesia comunión y misión donde todos son corresponsables, desde sus carismas o funciones, para hacer crecer el Reino de Dios en la tierra. Por lo tanto mis hermanos son todos aquellos que fueron hechos “hijos” y forman parte, en distinto grado, de la Iglesia pueblo de Dios.

Esto quiere decir que lo que me hace hermano con el otro es lo que me une con él: ser hijo de Dios. Así entonces la fraternidad es un vínculo que me lleva a descubrir en el otro su ser hijo de Dios. La fraternidad es el medio como yo descubro en el otro, su dignidad de hijo. Es un medio que permite recibir lo que el otro me revela: el Don de ser hijo, de un modo tan particular que es irrepetible en cada uno.

Por lo tanto ser fraterno es la capacidad de recibir el misterio que Dios me revela a través de los demás, que llamo hermano, sean estos obispos, religioso/as sacerdotes o laicos. La fraternidad es una disposición a recibir el Don irrepetible que Dios ha confiado en el otro, a través del cual Dios mismo me habla y me forma haciéndome conocer su voluntad.

Entendemos el concepto de fraternidad como un vínculo que vive la persona creyente. Para ser fraternos en esta dimensión hay que dar por supuesta la Fe. Porque sólo desde la Fe estoy dispuesto a ver en el otro el Don que Dios le ha confiado.

Desde esta perspectiva quien vive la caridad no lo hace desde su superioridad o riqueza, sino desde su pobreza. En esto imitamos el camino de “kénosis” de Jesús, que se “vació a sí mismo ... y tomó la condición humana...” (Flp. 2, 5-11). Jesús se hace hermano nuestro “despojándose”.

Ser fraterno es ver que el otro tiene un Don para mí que puede enriquecerme. Y si yo comparto lo mío con el otro lo hago como un igual: ambos somos hijos de Dios. Al dar al otro lo que necesita yo recibo lo que me falta. Recibo la riqueza del hermano, aunque sea pobre. Al menos recibo su modo particular y único de compartir la cruz de Cristo, recibo la riqueza de tener en el dolor los mismos sentimientos de Jesús. Este

concepto de fraternidad (como intercambio de dones entre dos de la misma dignidad) es lo que se vive cuando decimos “el que evangeliza termina evangelizado”. Las experiencias misioneras son un testimonio evidente (si las hacemos con este espíritu) que cuando yo creo que estoy dando en realidad es más lo que recibo.

En la vida cristiana el otro “es un Don para mí”. Dios habla a mi pobreza desde lo único e irrepetible que el otro tiene, aún desde su dolor (para que yo consuele), aún desde su pobreza (para que se me revele como Cruz). En cada dolor del hermano uno descubre de modo irrepetible y revelador un modo de compartir los sentimientos del Hijo.

Por eso la fraternidad necesita de la mirada de Fe. Leer la vida del hermano como quien lee la Palabra. Allí se me revela un aspecto único del amor de Dios, ya que el hermano lo posee por ser su hijo.

Esto llama a tener otra actitud para vivir la fraternidad cristiana: la obediencia fraterna. Entendemos obediencia en su sentido primero del movimiento activo para escuchar (ob: hacia; audiens: oír). Quien quiere ser fraterno no busca en primer lugar ganarse afectivamente al hermano, tratando de ser admirado por los carismas que posee, como si fuera un actor que sale al escenario para ser aplaudido. Quien quiere ser fraterno busca escuchar en el otro lo que Dios tiene para decirme, ya que en el otro hay un Don único. El hermano, en esta dimensión fraterna, al tener un Don dado por Dios “dice” algo que sólo él puede revelar. Por eso la actitud primera es la de la escucha. La fraternidad empieza escuchando. Y descubriendo que, escuchando al hermano, se escucha a un Dios que se me revela. La fraternidad, en esta dimensión teológica, permite descubrir en el hermano un Dios que me sigue llamando. El llamado vocacional de seguir a Cristo se sigue escuchando en el Don que cada hermano me revela como Palabra de amor de Dios.

3. Fraternidad y vida pastoral

Esta perspectiva nos permite ver la relación acción-contemplación de un modo distinto. La acción pastoral, es decir el encuentro con los hermanos para anunciarles la Buena Noticia, son las acciones organizadas o espontáneas que me permiten ponerme en contacto con un Dios que me habla a través de ellos. A veces personas, a veces grupos, que tienen su propia historia de Fe. El encuentro con el otro es la oportunidad para, activamente, en el ejercicio de la caridad pastoral, yo pueda contemplar y escuchar a un Dios que me habla.

Así en la oración personal, de silencio, ante el santísimo o a través del breviario, ejercito una disponibilidad contemplativa que es la misma que necesito al encontrarme con mis hermanos, para descubrir y contemplar en ellos el Don que cada uno tiene.

Acción y oración no se oponen sino que las une una misma disponibilidad contemplativa: la de escuchar a Dios en el silencio orante o en el encuentro fraterno.

Y esto lo define también nuestro propio carisma de clero diocesano. Nosotros seguimos el amor de Cristo en un aspecto particular, como cada una de las distintas vocaciones. Fundamentalmente de Jesús nos ha impactado y atraído su amor que se

expresa como entrega de la vida. El entregar la vida por todos, es el aspecto del amor de Jesús que nos atrajo para seguirlo e imitarlo. Lo que llamamos la caridad pastoral, su entrega por todos, su entrega por la Iglesia (todos los hombres que forman el pueblo de Dios)

Esta entrega “por” implica relación con otros. Recordemos que desde una eclesiología de comunión podemos definir al presbítero como un “conjunto de relaciones” (cfr. PDV n° 23).

La primera y principal es con Cristo. Relación de entrega a Cristo que se concreta en mi entrega por la Iglesia, que es su cuerpo. Y la Iglesia es el conjunto del pueblo de Dios.

Se dan así distintos tipos de relaciones: sponsalidad, paternidad, filiación y fraternidad. Todas ellas pasan a ser mediaciones teológicas, de fe, a través de las cuales se concreta mi vocación de amar y seguir a Jesús, amando y entregándome a mis hermanos.

Por lo tanto, un esquema básico de relaciones se definiría así:

- Con Cristo: discipulado
- Con la Iglesia: caridad pastoral = dar la vida. Vínculo sponsal
- Con el Obispo: colaboración y escucha (ob audiens). Padre, pastor y amigo
- Con los sacerdotes: comunión presbiteral. Fraternidad sacerdotal
- Con los fieles laicos: pastoralidad. Padre, pastor, hermano, amigo
- Con el mundo: actitud misionera. Hacer del otro mi hermano al hacerlo hijo de Dios.

No olvidemos que nuestro ideal como sacerdotes es llegar a tener los mismos sentimientos del Hijo como Buen Pastor. Y decir “el mismo sentimiento” es decir, fundamentalmente, sentimiento de amor. Sin caer en sentimentalismos baratos debemos entender que nosotros, como hombres de fe, seguimos a Cristo porque queremos amar como Él. Y el máximo de amor es esta relación o vínculo con el otro que es darle la vida, para que tenga vida, para consolarlo, para salvarlo del mal.

Pero aquí, tenemos que ser honestos y realistas, vivimos vínculos que muchas veces se definen como conflictivos: gente que no nos quiere, gente que trabaja con nosotros pero pone palos en la rueda, quienes quieren efectivamente hacernos daño, por cuestiones de reservar espacios de poder, celos, envidias, desconfianzas; o también debido a limitaciones personales: cuando uno es desconfiado, soberbio, nuestra tendencia a trabajar sólo con los que piensan como nosotros, la falta de simpatía o paciencia. Aparecen sentimientos de bronca, impotencia, pobreza, soledad e injusticia.

Pero, esta es la maravilla de nuestra vocación, si Dios se revela en mis hermanos, todo sentimiento en relación a ellos me lleva a conocer más el corazón de Jesús y sus sentimientos.

Aceptemos que Dios al revelarse lo hace a toda la persona humana y las áreas que la definen: mente, corazón y voluntad. Cuando meditamos y accedemos al Misterio con la luz del entendimiento, se nos revela la verdad de Cristo. Cuando sentimos en nuestro corazón se nos revelan los mismos sentimientos de Jesús ante similares situaciones. Y cuando elegimos, decidimos y hacemos opciones conocemos el movimiento de las opciones voluntarias de Jesús que lo fueron llevando a elegir la Cruz.

Los sentimientos que me provocan las relaciones con mis hermanos pasan a ser un “lugar” de revelación del corazón y los sentimientos de Jesús. Sobre todo aquellos que tienen que ver con el amor y con el dolor.

Como vemos, entonces, la fraternidad como concepto es mucho más que una categoría familiar o sociológica. Pasa a ser para nosotros, como hombres de fe, un “lugar” teológico de encuentro con la voluntad y la Palabra de Dios y con los sentimientos de Jesús. Ante esto no queda otra actitud que la de saber escuchar y saber sentir. Se requiere una disponibilidad ante el hermano que llamamos “obediencia fraterna”. A través de ella Dios me forma y va plasmando en mí los sentimientos de su Hijo.

La Eucaristía celebrada cada día con la comunidad, sea parroquial o del seminario) es lo más pleno de la vida fraterna. Allí quienes somos hermanos nos hacemos más hermanos al compartir el mismo Pan y la misma Sangre.

4. Fraternidad sacerdotal.

El CV II, en PO 8 dice: “los presbíteros se unen todos entre sí por íntima fraternidad sacramental; pero especialmente en la diócesis, a cuyo servicio se consagran bajo el propio obispo, forman un solo presbiterio”.

Sigue: “... cada uno está unido con los restantes miembros de esta agrupación sacerdotal por especiales lazos de caridad apostólica, ministerio y fraternidad... cada uno de los presbíteros está unido con sus hermanos por el vínculo de la caridad, de la oración y de la cooperación...”

La fraternidad sacerdotal es sacramental, quiere decir que es signo de algo más profundo y revela también el Misterio del amor de Dios. La fraternidad no se sostiene en el sentimiento de amistad o de llevarme bien con el otro, sino de compartir un don que Dios ha dado a cada uno, que se concreta en una misión: la de dar la vida por la Iglesia. Esto debe llevarme a la comunión y fraternidad, aunque tenga sacerdotes más amigos que otros. El CV habla de “íntima fraternidad”, dando a entender que lo que nos hace hermanos es algo personal y profundo, lo más propio nuestro compartido: el don que Dios nos regaló.

Esta fraternidad lleva a una comunión en la tarea. No es sólo fraternidad para ser compartida en la amistad. Es fraternidad que se expresa en la caridad pastoral. Dice PDV 17: “El ministerio ordenado, por su propia naturaleza, puede ser desempeñado sólo en la medida en que el presbítero esté unido a Cristo mediante la inserción sacramental en el orden presbiteral, y por tanto en la medida que esté en comunión jerárquica con el propio

obispo. El ministerio ordenado tiene una radical “*forma comunitaria*” y puede ser ejercido sólo como *tarea colectiva*”. El presbiterio entero, en conjunto, como cuerpo o comunidad sacerdotal es signo de Cristo Buen Pastor en la Iglesia particular, que es la diócesis.

Queda claro que no se puede vivir el sacerdocio sino en esta dimensión comunitaria. Y la expresión orgánica de esta comunión y fraternidad se hace visible en las reuniones de decanato, el consejo presbiteral, el consejo pastoral, la misa del Jueves Santo, la comunidad sacerdotal en la parroquia, el seguimiento del plan de pastoral diocesano.

Esto lleva a tener entre los sacerdotes la misma mirada de fe que hablábamos anteriormente. En el otro sacerdote, mi hermano, tengo que encontrar el don que Dios le ha dado que lo pone al servicio de la Iglesia, como yo pongo al servicio de la Iglesia el mío. Compartimos el mismo llamado de Jesús a seguirlo y hemos descubierto que Dios nos dio la gracia de entregar la vida por todos. Lo primero en la fraternidad sacerdotal es esta mirada de fe: descubrir en el hermano sacerdote un hombre de fe que busca seguir a Cristo y tener los mismos sentimientos de Jesús Buen Pastor.

La más inmediata experiencia de fraternidad sacerdotal es la de la parroquia: el párroco y su/s vicario/s. Lo primero es aceptarse y conocerse como hombres de fe. Compartir la misma vocación de ser llamados por Jesús al servicio de esta Iglesia diocesana concreta. La organización pastoral de la parroquia es posterior y debe surgir de esta fraternidad primera. El más claro testimonio ante la comunidad es poder mostrar que los sacerdotes pueden vivir fraternalmente. La comunión sacerdotal y pastoral es un signo comunitario del amor de Cristo Buen Pastor.

Pero, si lo primero a tener en cuenta es que somos hombres de fe, habrá que descubrir que cada uno está en momento distinto de ese camino de fe. Por lo tanto no es lo mismo tener un párroco cercano a los 40 años que uno de 70. Cada etapa de la vida y la experiencia en el ejercicio del ministerio tienen un modo propio de vivir el encuentro con Cristo y la entrega a Él. Y al mismo tiempo hay que tener en cuenta que el vicario joven, más cerca de los 30 y pico, con la novedad del ministerio vive un tiempo de fe distinto.

El camino de esta fraternidad debe ser la de la riqueza mutua, y aquí también, no juzgar como defecto lo que quizás en el otro es una virtud. La aparente lentitud o tranquilidad del sacerdote con más años no es necesariamente falta de compromiso sino mayor confianza en la Providencia y una sabiduría que descubre que en la multiplicidad de acciones no está lo más importante. Por otro lado la ansiedad y el ritmo del más joven no debe leerse como inmadurez o necesidad de destacarse, sino como la expresión de un ministerio que se va sintiendo como entrega y que busca identificarse con el nuevo rol para el cual se formó tantos años. Recordemos que, si bien nos ordenamos sacerdotes y lo somos sacramentalmente, sólo en el ejercicio del ministerio nos vamos apropiando humanamente y psicológicamente de la identidad sacerdotal que ya poseemos por el sacramento.

Desde esta dimensión de fe ambos pueden compartir una misma experiencia de un ministerio que forma en la fe y en los sentimientos de Jesús. Así p.ej. la soledad del sacerdote más grande, que surge de tantos años de tareas pastorales sin un gran reconocimiento y fecundidad; y la soledad del más joven, que en la entrega apasionada siente un agobio y una especie de incompreensión de quienes lo rodean, aún del mismo párroco, porque no encuentra más que dificultades y limitaciones para lograr sus proyectos. Los dos experimentan los mismos sentimientos de Jesús en momentos distintos del camino propio de fe, pero ambos estarían equivocados si se juzgaran negativamente, sin esta mirada de fe. Lo ideal sería poder compartir estas experiencias que con muchos o pocos años de ministerio van formando en cada uno y progresivamente los mismos sentimientos de Jesús en el agobio y soledad de su entrega. Los dos tienen algo que aprender del otro.

Otros espacios de fraternidad sacerdotal que se viven en lo cotidiano son las reuniones de vicaría, región o decanato. Aquí la diversidad de estilos y modos sacerdotales puede ser un espacio de riqueza en la expresión de distintos dones que Dios fue regalando a cada uno, al servicio de la misma Iglesia. Es el espacio de lo que podríamos llamar el “sacerdocio verdad”. Ese conjunto de sacerdotes que al principio, los sacerdotes jóvenes, ni siquiera conocen su nombre y que llevan años de servicio oculto a la Iglesia. Sacerdotes que no pasan por el seminario porque aparentemente no se destacan en nada y no tienen nada sorprendente para enseñar. Sacerdotes que no se ven en otros espacios diocesanos porque nunca son convocados para servicios más amplios, quizás porque muchos de ellos lo han querido así. Sacerdote que su más grande don es su fidelidad a Dios y a la Iglesia. Palpar la alegría de la fidelidad forma nuestro corazón sacerdotal que se enriquece por ese testimonio.

Por eso es triste que en muy poco tiempo muchos sacerdotes decidan no ir nunca a estas reuniones, “porque se pierde tiempo”. Como si estar fraternalmente compartiendo la vida sacerdotal con otros que fueron llamados por el mismo Jesús que me llamó a mí fuera menos provechoso que dedicar mi tiempo a responsabilidades que surgen de proyectos personales. Si bien hay que mejorar mucho este tipo de reuniones, no por eso la respuesta debe ser faltar siempre. ¿Es que no tengo una mínima capacidad de aprender del ministerio del otro, de su camino de fe y de su fidelidad a la Iglesia, aún en la queja y el reproche? ¿Acaso no tengo nada que aportar a la fraternidad sacerdotal desde mi propia experiencia ministerial? ¿No me doy cuenta que en menos de 15 años yo ya seré, para muchos, parte de ese “sacerdocio verdad”?

Y finalmente la fraternidad sacerdotal se concreta en una comunión pastoral. Un plan de pastoral orgánico diocesano, con todas las limitaciones que puede tener, es el intento de compartir opciones pastorales a partir de un discernimiento comunitario pastoral. Recordemos que, aún desde nuestro ministerio parroquial, todos los sacerdotes estamos al servicio de la Iglesia diocesana. Mi tarea parroquial no termina en la parroquia, sino que hago en la parroquia lo que la diócesis necesita en esta porción territorial de la ciudad.

Al mismo tiempo en el armado de un plan tengo que descubrir desde la fe, que quienes lo hacen en representación de todos son sacerdotes y laicos hermanos nuestros. Por lo tanto un plan no es sólo “lo que viene de arriba”, es expresión del don de algunos hermanos que lo ponen al servicio de la comunidad diocesana. Quienes arman un plan y forman parte del Consejo Pastoral Diocesano, tienen nombre y apellido y lo ofrecen como camino de fraternidad: armonizando carismas y dones y haciendo opciones prioritarias al servicio de la comunión eclesial. Podrá ser discutido en su metodología y organización, pero nunca menospreciado ya que es el compartir de dones de hermanos nuestros al servicio de todos.

Y por último la fraternidad sacerdotal se manifiesta cuando mi ministerio se pone al servicio de la diócesis, más allá de mis tareas parroquiales. Una tarea de responsabilidad diocesana no es lo que me quita tiempo para ocuparme de lo mío en la parroquia. Es la oportunidad para experimentar lo propio de nuestro carisma que es estar al servicio de la Iglesia, que se concreta en la diócesis. Mi tarea parroquial es ya un servicio diocesano, pero participar de estructuras más amplias ayuda a crecer en la entrega por todos. No sólo me preocupan los de mi parroquia sino también los de la diócesis. Y así uno supera la tendencia de absolutizar las particularidades y experimentar una dimensión más grande de la Iglesia a la cual le entrego mi vida.

5. Conclusión.

La fraternidad entendida desde esta dimensión teológica, permite vivir este vínculo con mis hermanos de un modo enriquecedor. Ser fraterno es descubrir el don que Dios le regaló a mi hermano y allí poder escuchar lo que Dios tiene para decirme a mí.

El vínculo de la fraternidad como actitud de “escucha del don del otro” pasa a ser camino de formación permanente. Formarse en el ejercicio del misterio, es estar atento a lo que Dios me va regalando en la escucha del don de mis hermanos, sean laicos o sacerdotes.

Se requiere una mirada de fe, ya que nosotros somos hombres de fe que seguimos el llamado de Jesús que nos invitó a entregar nuestra vida por amor. Y allí tener sus mismos sentimientos de Buen Pastor.

Homilía en la Misa de clausura de la OSAR

Itatí, 30 de enero de 2012

Mons. Andrés Stanovnik OFMCap⁴⁶

El encuentro de la OSAR concluye a los pies de esta bella imagen de la Virgen de Itatí, en el santuario que está bajo su advocación. Hasta aquí llegan innumerables peregrinos de todas partes para agradecer el don de la fe, buscar alivio a sus fatigas y suplicar gracia para sus familiares y amigos. También nosotros, responsables de formar a los jóvenes que aspiran al ministerio sacerdotal, nos sumamos a esa peregrinación.

El *Año de la fe* nos hace pensar con las palabras de Aparecida que la decisión de partir hacia el santuario ya es una confesión de fe y el caminar es un verdadero canto de esperanza, porque Cristo mismo se hace peregrino y camina resucitado entre los pobres.⁴⁷ Él nos reveló que la principal fuerza de atracción es Dios Padre y Creador cuando dijo que «nadie puede venir a mí si el Padre no se lo concede» (Jn 6,65). La peregrinación cristiana es una profunda experiencia de fe, de comunión y de misión. Su origen y su fuente es la Trinidad: de ese misterio de comunión y misión venimos y hacia allá nos dirigimos.

El Hijo de Dios se hace peregrino porque parte del Padre y regresa al Padre: «Dios de Dios..., engendrado no creado..., que procede del Padre y del Hijo», confesamos en el Credo niceno constantinopolitano. Jesús nos enseña que el Padre es el punto de partida y también el puerto de llegada. Él es el origen y la fuente de la comunión y la misión. Es importante que digamos esto en el contexto formativo-pedagógico que brinda esta reunión de formadores de los Seminarios de la República Argentina y los formadores del Seminario Nacional del Paraguay, quienes, durante estos días, reflexionaron sobre cómo educar y formar en y para la comunión.

Los formadores son hombres de Dios, con un profundo sentido de Iglesia, hombres de fe y de comunión⁴⁸, cuya función es preparar a los jóvenes candidatos para ser hombres capaces de presidir la comunión y animar la misión de la Iglesia. La sociedad que vivimos ha vaciado de contenido esa función, que se origina en la paternidad, y por eso se siente desorientada y dispersa. Un desempeño insuficiente o la ausencia de esa función 'paternal', genera individuos incapaces de caminar juntos, porque siempre giran en torno a algo sin consistencia. El formador, como el padre de familia, o como el que tiene una función de gobierno, posee de por sí una responsabilidad irremplazable.

Para educar y formar cristianamente es fundamental la referencia a la figura de Dios Padre. Jesucristo nos reveló que Dios, Creador y Padre, es el principio y el fin de toda la

⁴⁶ Arzobispo de Corrientes

⁴⁷ Cf. *Aparecida*, n. 259.

⁴⁸ Cf. *Pastores dabo vobis* n. 66.

creación y, en consecuencia, también de la formación de los candidatos al sacerdocio. Ellos se inician en el proceso de maduración humana y espiritual para ser reflejo de la paternidad de Dios en la comunidad eclesial, pero con el estilo de paternidad que nos fue revelado por el Señor Jesús. Madurar la vocación a la paternidad –que corresponde a todo ser humano que ha nacido varón– no se opone a la espiritualidad del discipulado.

La autoridad del presbítero aporta determinados aspectos que son propios de la paternidad, como por ejemplo: la estabilidad, la seguridad, la capacidad de convocar y hacer participar, de suscitar la colaboración, de discernir y orientar. Con otras palabras, se trata del talento que debe adquirir el presbítero para saber estar ‘en medio y delante de su pueblo’, como rezaba la oración del Año Sacerdotal. Su condición de presbítero discípulo lo coloca como hermano ‘en medio de su pueblo’. Pero hay que aprender a estar ‘en medio’ y no diluirse en el medio; como también a estar delante y no dominar “como hacen los poderosos de este mundo” (cf. *Mc* 10,41-45).

María, Virgen y Madre, es la gran maestra de la pedagogía cristiana y del estilo formativo: Ella parte de la obediencia total al proyecto del Padre y se convierte en tierra buena que recibe la semilla de la Palabra y la hace fecunda. El secreto pedagógico de María está en su obediencia evangélica y liberadora que vive ante la autoridad poderosa del Altísimo. La figura de Dios Padre no era para ella un poder ‘aplastante’, no necesitaba negar su omnipotencia, ni se sentía oprimida y desvalorizada ante su presencia. La Virgen Madre se siente ‘contenida’, para decirlo de algún modo, por la profunda y serena experiencia de la paternidad de Dios. Esa experiencia la hizo hija, esposa, madre y hermana, en unas dimensiones únicas y, en consecuencia, ejemplares para todos los creyentes.

Jesús vive de cara a su Padre y enseña lo mismo a sus discípulos. Los inicia en la oración del Padrenuestro, exhortándoles a suplicar al Padre de los Cielos que venga su Reino y que se haga su voluntad (cf. *Mt* 6,9-10); porque él no vino a otra cosa que hacer la voluntad del Padre (cf. *Jn* 6,38); su alimento consiste precisamente en cumplir esa voluntad (cf. *Jn* 4,34); su misión de Buen Pastor consiste en que no se pierda nada de lo que el Padre le ha dado (cf. *Jn* 6,39); cuando lo solicitan sus parientes, les recuerda que el que hace la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre (cf. *Mc* 3,35). Sus discípulos lo reconocen más que un profeta, porque en él se manifiesta el poder de Dios Creador y Padre, que es el que tiene Vida y envía a su Hijo, quien a su vez vive por él (cf. *Jn* 6,57).

La parábola del Sembrador muestra la generosidad del que siembra la semilla y la esperanza que deposita en los diversos terrenos, aun en aquellos que presentan condiciones desfavorables para acogerla. San Juan Crisóstomo, comentando esta parábola dirá que «de la piedra puede hacerse tierra fértil, y puede conservarse el camino y destruirse las espinas. Si así no fuera, [el sembrador] no hubiera sembrado allí, y haciéndolo nos da la esperanza de la penitencia»⁴⁹. La clave es, pues, confiar en el poder del sembrador y en la virtualidad de la semilla. En otros términos, podríamos decir que una clave importante para educar y formar está en confiar que el Espíritu Santo puede

⁴⁹ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilia in Matthaeum*, 45.

convertir la ‘tierra miedosa e insegura’, por el camino de la penitencia, en ‘tierra buena y fecunda’. La pedagogía de la libertad, la obediencia y la autoridad maduran y alcanzan su culminación en el amor llevado hasta la Cruz.

La *Carta a los Hebreos* afirma un aspecto esencial del sacerdocio del Nuevo Testamento allí donde dice que Jesucristo, mediante una sola oblación, ha perfeccionado para siempre a los que santifica (*Hb* 10,14). Esa oblación llegó a su punto culminante en la Cruz, cuando Cristo se entregó totalmente en las manos de su Padre. Santificar a los hombres significa, entonces, separarlos para Dios, consagrarlos a Él. No para meterlos en una intimidad que se cierra por dentro, sino para ponerlos en la misma dinámica del amor de Jesús: en la entrega total de sí mismo. *Verbum Domini*, en el apartado que dedica a los sacerdotes, explica que la plegaria de Jesús al Padre, «santifícalos en la verdad», quiere decir en el sentido más profundo: «Hazlos una sola cosa conmigo, Cristo. Sujétalos a mí. Ponlos dentro de mí».⁵⁰

La tarea del formador es introducir a los candidatos al sacerdocio a la conciencia de esa realidad: ayudarlos a poner la vida entera, con todas sus potencialidades, al servicio de Jesucristo, sujetos en todo a Él, vale decir, ungidos, atados sólo a Él, porque Él es el único que puede convertir la persona toda y todo en ella en don para los demás. Ese encausamiento formativo nunca fue tarea fácil: a los jóvenes hoy les fascina hacerse a sí mismos, reinventarse todos los días, dejarse llevar por el ‘hacé lo que sentís, sentí lo que hacés, decí lo que sentís, sentí lo que decís’. A los jóvenes candidatos al sacerdocio, influenciados por ese pensamiento, les produce vértigo sólo pensar que deben entregarlo todo y para siempre. Por eso se hace difícil colocar la vocación al martirio en el horizonte de las expectativas de nuestros candidatos.

Sin embargo, la tarea del formador es justamente la de suscitar en los candidatos una confianza tal que se animen a entregarlo todo. Pero, para que eso sea posible, es preciso afianzar en ellos la experiencia de un Dios que es Padre y que los ama y abraza incondicionalmente. Este proceso de maduración debe tocar el fondo último de la persona y colocarla ante Dios y nadie más. Solo él puede liberarlo de sus inseguridades y de sus afanes de posesión; sólo el Señor Jesús, amoroso redentor, puede sacarlo del abismo de sus egoísmos. El formador tiene aquí una misión insustituible y sumamente delicada: la de estar cerca, animar, sostener y orientar; pero al mismo tiempo, la de saber apartarse y dejar que Dios actúe, de discernir su presencia y su obra, y advertir los peligros que acechan al que se dispone a hacer la voluntad del Padre.

Esto implica necesariamente que los seminaristas maduren la experiencia de autoridad y la figura del padre que le es inseparable, realidad que está muchas veces ausente o vivida de manera traumática sea en sus propias familias, sea luego durante el proceso de educación e inserción en la sociedad. Indisolublemente vinculado a la maduración de la autoridad, está también la capacidad para establecer vínculos profundos y duraderos con los otros, ser animadores de la comunión y para estar en su justo centro al frente de la comunidad.

⁵⁰ *Verbum Domini*, n. 80.

Los santuarios son lugares donde nuestra gente aprende la belleza y profundidad de la pedagogía cristiana. El peregrino vuelve a su hogar y a sus quehaceres cotidianos con la experiencia de comunión y renovado para la misión. De la mano de María, Virgen y Madre, siente que Dios es pureza, bondad y ternura; pero al mismo tiempo profesa, tal vez con un cierto temor reverencial, que Dios es Creador y Padre, que lo impulsa a caminar y a dar todo de sí mismo para el bien de la familia y de la sociedad. Sin embargo, la presencia tierna de la Santísima Virgen lo llena de confianza y lo anima a poner sus pasos en el camino de su Hijo Jesús, con la certeza de que se hará realidad la anhelada plenitud que Él nos promete en la bienaventuranza de la semilla. Amén.



Encuentro Nacional de Formadores Resistencia 2013

Evaluación

En general se evaluó como muy bueno y hubo un excelente clima entre los que participaron. En las observaciones se destacó los comentarios con respecto al excesivo calor y el esmero por parte de los anfitriones por solucionar todas las dificultades que iban surgiendo. La tabulación copiada muestra el resultado de las evaluaciones.

Con respecto a los expositores se mencionó la posibilidad de recibir algún tipo de asesoramiento para cambiar el modo de exposición en los encuentros y hacer las explicaciones más dinámicas y atractivas.

	Muy bueno	Bueno	Regular	Malo	Total
Instalación y hospedaje	22	19		1	48
Horarios	23	17			40
Organización	38	7			45
Servicio de seminaristas	49				49
Comidas	47	2			49
Recreación	20	18			43
Paseo	37	6			43
Liturgia	33	15			50
Tema	40	9			50
Retiro del lunes	27	16			44
Expositores	30	10			41
Metodología	19	26			51
Trabajos en grupos	10	29			48
Encuentro "nuevos Formadores"	2				
Total de evaluaciones: 51					



XXII ENCUENTRO NACIONAL DE FORMADORES DE SEMINARIOS

Resistencia, 28 de enero al 01 de febrero 2013

Informe Económico

Rubros		Ingresos	Egresos
Cuotas participantes (71 participantes x \$570,00)		\$ 40.470,00	
Gastos Generales	Comidas	\$ 18.298,14	
	Limpieza	\$ 106,53	
	Varios	\$ 70,75	
	Combustible y transporte	\$ 950,00	\$ 23.822,02
	Liturgia	\$ 850,00	
	Secretaria	\$ 3.374,10	
	Diarios	\$ 172,50	
Pasajes y honorarios expositores			\$ 4.500,00
Contribución a participantes de Paraguay			\$ 1.000,00
Totales		\$ 40.470,00	\$ 29.322,02
Saldo		+ \$ 11.147,98	

Pbro. Germán Vallejos
Rector

Pbro. Roberto Báez
Ecónomo



**XXII ENCUENTRO NACIONAL
DE FORMADORES DE SEMINARIOS**

Seminarios y formadores 2013

REGIÓN BUENOS AIRES

Arquidiócesis de Buenos Aires

Seminario Metropolitano de la Inmaculada Concepción

Dirección: José Cubas 3543 - Capital Federal. CP C1419GNC

Teléfono: (011) 4501-2048/0017 Fax: (011) 4501-1259

E-mail: sembuesecretaria@gmail.com

Web: www.sembue.org.ar

Rector: Pbro. Alejandro Daniel Giorgi

Introductorio: Instituto Vocacional San José

Dirección: Elortondo 901 - San Isidro - Bs.As. CP B1642CME

Teléfono: (011) 4743-1769

E-mail: institutosanjosé@gmail.com

Director: Pbro. Julián Francisco Antón

Casa Vocacional San Juan Bosco

Dirección: Calle 5 y 8 (Villa 31) - Capital Federal. CP 1104

Teléfono: (011) 4116-4307

Director: Pbro. Guillermo Pablo Torre

Formadores: 12.

Cantidad de Seminaristas: 68.

ANTÓN, JULIÁN FRANCISCO

Introductorio: Instituto Vocacional San José

Nacimiento: 01/04/67

Ordenación: 13/11/93

Servicios y etapas: Director del Introductorio

Años de servicios: 12

E-mail: jufanton@gmail.com

BALLESTEROS, JUAN PABLO

Introductorio: Instituto Vocacional San José

Nacimiento: 14/08/72

Ordenación: 21/11/09

Servicios y etapas: Vicedirector del Introductorio

Años de servicio: 1

E-mail: juanpballesteros@yahoo.com

BENITES, GONZALO MARTÍN

Seminario Metropolitano de la Inmaculada Concepción

Nacimiento: 18/12/67

Ordenación: 17/11/07

Servicios y etapas: Superior de Primera etapa

Años de servicios: 3

E-mail: pgonzalo07@gmail.com

CARIDE, RICARDO JOSÉ

Seminario Metropolitano de la Inmaculada Concepción

Nacimiento: 29/11/72

Ordenación: 10/11/01

Servicios y etapas: Superior de Segunda Etapa

Años de servicios: 5

E-mail: rfcaride@yahoo.com

GIORGI, ALEJANDRO DANIEL

Seminario Metropolitano de la Inmaculada Concepción

Nacimiento: 25/01/59

Ordenación: 17/11/90

Servicios y etapas: Rector

Años de servicios: 21

E-mail: alejandro.giorgi@gmail.com

ARQUIDIÓCESIS DE LA PLATA**Seminario Mayor San José**

Dirección: Calle 24 N° 1630 –La Plata- Bs.As. CP1900

Teléfono: (0221) 451-1885 Fax: (0221) 451-1885

E-mail: seminariomayorsan jose@gmail.com

Web: www.seminariosan jose.org.ar

Rector: Pbro. Gabriel Delgado

DIÓCESIS DE AVELLANEDA-LANUS**Seminario Mayor Pablo VI**

Dirección: Dr. Caviglia 340 – Wilde- Bs.As. CP 1875

Teléfono: (011) 4207-0566

Rector: Pbro. Ricardo Montiel

Introductorio: San José

Dirección: Av. Mitre 4453–Villa Domínico- Bs.As. CP 1874

Teléfono: (011) 4353-0168

E-mail: isanjoseavelan@gmail.com

Director: Pbro. Marcelo Achaval

Formadores: 8

Cantidad de Seminaristas: 14

DE PIERO, OSVALDO

Seminario Mayor Pablo VI

Nacimiento: 06/07/58

Ordenación: 08/12/91

Servicios y etapas: Área Humano afectiva

Años de servicios: 10

E-mail: osvaldodepiero2@yahoo.com.ar

DIÓCESIS DE LOMAS DE ZAMORA**Seminario Mayor Santa Cruz**

Dirección: Rivadavia 234 – Adrogué- Bs.As. CP 1846

Teléfono: (011) 4294-3996 Fax: (011) 4294- 3996

E-mail: marioesdeferro@yahoo.com.ar

Rector: Pbro. Mario Inchauspe

Formadores: 2

Cantidad de Seminaristas: 12

INCHAUSPE, MARIO

Seminario Mayor Santa Cruz

Nacimiento: 27/02/74

Ordenación: 21/10/00

Servicios y etapas: Rector

Años de servicios: 5

E-mail: marioesdeferro@yahoo.com.ar

TAMBORINO, ALBERTO

Seminario Mayor Santa Cruz

Nacimiento: 28/11/72

Ordenación: 25/07/10

Servicios y etapas: Formador de Filosofía y Teología

Años de servicios: 1

E-mail: p.albertotamborino@gmail.com

ARQUIDIÓCESIS DE MERCEDES-LUJÁN**Seminario Mayor Santo Cura de Ars**

Dirección: Calles 114 y 13 N° 301– Mercedes- Bs.As. CP 6600

Teléfono: (02324) 43-0560 Fax: int. 229

E-mail: seminariomercedes@speedy.com.ar

Rector: Pbro. Darío Kling

Formadores: 4

Cantidad de Seminaristas: 64

VALLES, PABLO MIGUEL

Seminario Mayor Santo Cura de Ars

Nacimiento: 05/11/77

Ordenación: 18/03/05

Servicios y etapas: Encargado de Introductorio y 2do Filosofía

Años de servicios: 4

E-mail: pablomiguelvalles@yahoo.com.ar

DIÓCESIS DE MORÓN**Seminario Mayor San José**

Dirección: De la Tradición 3251 – Hurlingham- Bs.As. CP B1681CNC

Teléfono: (011) 4452-0199 (del Obispado) Fax: (011) 4627-6892

E-mail: seminariodemoron@gmail.com

Web: www.seminariomoron.com.ar

Rector: Pbro. Fernando José Laguna

Formadores: 3

Cantidad de Seminaristas: 8

COLLADO, JULIO ALBERTO FELIPE

Seminario Mayor San José

Nacimiento: 01/07/47

Ordenación: 18/09/76

Servicios y etapas: Director Espiritual

Años de servicios: 4

E-mail: delvalle.ituzaingo@gmail.com

LAGUNA, FERNANDO JOSÉ

Seminario Mayor San José

Nacimiento: 25/05/62

Ordenación: 12/08/89

Servicios y etapas: Rector

Años de servicios: 22

E-mail: ferlagunatur@gmail.com

LARROSA, MAURICIO DAMIÁN

Seminario Mayor San José

Nacimiento: 04/04/78

Ordenación: 25/03/06

Servicios y etapas: Formador

Años de servicios: 1

E-mail: mauriciolarrosa@gmail.com

DIÓCESIS DE QUILMES

Seminario Mayor María Reina de los Apóstoles

Dirección: Av. Mitre 3240/60 – Berazategui- Bs.As. CP 1884

Teléfono: (011) 4256-8621 Fax: (011) 4256-8621

E-mail: semiquil@obisquil.org.ar

Rector: Pbro. Lucio Daniel Carvalho Rodríguez

Introductorio: San Roque González

Dirección: San Martín 1905- Ranelagh- Bs.As. CP 1886

Teléfono: (011) 4258-2696

Fax: (011) 4258-2696

E-mail: ignacioarambarri@yahoo.com.ar

Director: Pbro. Ignacio Javier Blanco

DIÓCESIS DE SAN ISIDRO

Seminario Mayor San Agustín

Dirección: Beccar Varela 699 – San Isidro- Bs.As. CP C1642CKI

Teléfono: (011) 4575-4238 Fax: (011) 4575-4239

E-mail: seminario@obispado-si.org.ar

Rector: Pbro. Raúl Pizarro

Formadores: 2

Cantidad de Seminaristas: 12

DELÍA, DANTE

Seminario Mayor San Agustín

Nacimiento: 03/05/73

Ordenación: 25/10/02

Servicios y etapas: Formador externo Introductorio

Años de servicio: 0

E-mail: tito_delia@yahoo.com.ar

PANDOLFINI, JUAN IGNACIO

Seminario Mayor San Agustín

Nacimiento: 02/12/68

Ordenación: 27/11/00

Servicios y etapas: Formador Filosofía

Años de servicios: 2

E-mail: juanignaciopandolfini@yahoo.com

PIZARRO, RAÚL

Seminario Mayor San Agustín

Nacimiento: 12/03/73

Ordenación: 23/10/98

Servicios y etapas: Rector

Años de servicios: 5
E-mail: raulpi4@hotmail.com

DIÓCESIS DE SAN MIGUEL

Seminario Mayor Arcángel San Miguel

Dirección: Mario Bravo 376 – Grand Bourg- Bs.As. CP 1615
Teléfono: (02320) 42-2663 Fax: (02320) 42-2663
Web: www.facebook.com/seminario.arcangelsanmiguel
Rector: Pbro. José Luis Guglielmo

Formadores: 4

Cantidad de Seminaristas: 18

GUGLIELMO, JOSÉ LUIS

Seminario Mayor Arcángel San Miguel
Nacimiento: 31/08/61
Ordenación: 25/03/92
Servicios y etapas: Rector
Años de servicios: 1
E-mail: jlguglielmo@gmail.com

OPERARIOS DIOCESANOS

Seminario Beato Manuel Domingo y Sol
Dirección: José Cubas 3516 – Capital Federal. CP C1419GNC
Teléfono: (011) 4502-5659
E-mail: rmorales@arnetbiz.com.ar
Web: www.cov.org.ar
Rector: Pbro. Ricardo Morales

DIÓCESIS DE ZÁRATE-CAMPANA

Seminario Mayor San Pedro y San Pablo
Dirección: Güemes 1117– Campana- Bs.As. CP 2804
Teléfono: (011) 154-162-7319
E-mail: fernandofusari@gmail.com
Rector: Mons. Dr. Santiago Herrera

Formadores: 7

Cantidad de Seminaristas: 31

FUSARI, FERNANDO VICENTE

Seminario Mayor San Pedro y San Pablo
Nacimiento: 13/05/80
Ordenación: 19/12/09
Servicios y etapas: Prefecto de Disciplina
Años de servicios: 2
E-mail: fernandofusari@gmail.com

LOVATTO, HUGO NELSON

Seminario Mayor San Pedro y San Pablo

Nacimiento: 23/03/74

Ordenación: 13/12/03

Servicios y etapas: Director Espiritual y Vicerrector

Años de servicios: 4

E-mail: hugonelson80@hotmail.com

REGIÓN CENTRO

ARQUIDIÓCESIS DE CÓRDOBA**Seminario Mayor Metropolitano Nuestra Señora de Loreto**

Dirección: Hipólito Yrigoyen 64 – Córdoba. CP X5000JHN

Teléfono: (0351) 427-0808/422-8141

E-mail: recepción@seminariocordoba.org.ar

Web: www.seminariocordoba.org.ar

Rector: Pbro. Félix Daniel Blanco

Seminario Menor: Nuestra Señora del Rosario del Milagro

Dirección: Pedro Oñate s/n CC3 –Jesús María- Córdoba. CP 5221

Teléfono: (03525) 40-1311

E-mail: padrebalossino@yahoo.com.ar

Director: Pbro. Román Marcial Balossino

Formadores: 5

Cantidad de Seminaristas: 21

BLANCO, FÉLIX DANIEL

Seminario Mayor Metropolitano Nuestra Señora de Loreto

Nacimiento: 04/11/56

Ordenación: 04/12/84

Servicios y Etapas: Rector

Años de servicio: 18

E-mail: prdanielblanco@yahoo.com

BUSTOS, MARCO ANSELMO

Seminario Mayor Metropolitano Nuestra Señora de Loreto

Nacimiento: 17/11/71

Ordenación: 20/12/99

Servicios y Etapas: Formador de Filosofía y Ecónomo

Años de servicio: 8

E-mail: marcoanbustos@yahoo.com.ar

CARRANZA, MARTÍN

Seminario Mayor Metropolitano Nuestra Señora de Loreto

Nacimiento: 19/05/72

Ordenación: 15/12/97
Servicios y Etapas: Director espiritual
Años de servicio: 7
E-mail: pmartincarranza@yahoo.com.ar

FERREIRA, DANIEL

Seminario Mayor Metropolitano Nuestra Señora de Loreto
Nacimiento: 19/11/64
Ordenación: 23/03/95
Servicios y Etapas: Formador de Teología
Años de servicio: 15
E-mail: pdferreirap@yahoo.com.ar

DIÓCESIS DE CRUZ DEL EJE

Seminario Menor San José

Dirección: Presidente Perón 30 –Villa Dolores- Córdoba. CP 5870
Teléfono: (03544) 48-3147
E-mail: jmv77@yahoo.com.ar
Rector: Pbro. Juan Manuel Vega

DIÓCESIS DE RÍO CUARTO

Seminario Mayor Jesús Buen Pastor

Dirección: Ruta Nacional 158 km. 285 CC33 –Río Cuarto- Córdoba. CP 5800
Teléfono: (0358) 464-5783 Fax: (0358) 465-1642
E-mail: sembuenpastor@arnet.com.ar
Web: www.seminarioriocuarto.org.ar
Rector: Pbro. Ricardo Araya

Formadores: 5

Cantidad de Seminaristas: 27

ARAYA, RICARDO

Seminario Mayor Jesús Buen Pastor
Nacimiento: 14/03/60
Ordenación: 21/12/84
Servicios y Etapas: Rector
Años de servicio: 11
E-mail: arayar03@gmail.com

MEICHTRI, GERARDO

Seminario Mayor Jesús Buen Pastor
Nacimiento: 14/03/64
Ordenación: 19/09/93
Servicios y Etapas: Director Espiritual
Años de servicio: 12
E-mail: gerardomeichtri@yahoo.com.ar

REINER, JUAN ELISEO

Seminario Mayor Jesús Buen Pastor

Nacimiento: 12/06/67

Ordenación: 11/09/92

Servicios y Etapas: Introductorio

Años de servicio: 4

E-mail: peliseoreineri@msn.com

SIMONASSI, MARTÍN

Seminario Mayor Jesús Buen Pastor"

Nacimiento: 09/11/77

Ordenación: 18/09/04

Servicios y Etapas: Formador Filosofía

Años de servicio: 0

E-mail: martinsimonassi@gmail.com

REGIÓN CUYO

ARQUIDIÓCESIS DE MENDOZA**Seminario Arquidiocesano Nuestra Señora del Rosario**

Dirección: Mathus Hoyos 3715-Bermejo- Mendoza. CP 5533

Teléfono: (0261) 451-1104/05

Fax: (0261) 451-1105

E-mail: porteriaseminario@yahoo.com.ar

Web: www.seminariodemendoza.com.ar

Rector: Pbro. Diego Resentera

Formadores: 4

Cantidad de Seminaristas: 26

LÓPEZ, PABLO

Seminario Arquidiocesano Nuestra Señora del Rosario

Nacimiento: 16/06/73

Ordenación: 08/03/02

Servicios y Etapas: Encargado Filosofía

Años de servicio: 0

E-mail: pbropablo@yahoo.com.ar

NAHMAN, SANTIAGO

Seminario Arquidiocesano Nuestra Señora del Rosario

Nacimiento: 31/05/71

Ordenación: 19/02/98

Servicios y Etapas: Director Espiritual

Años de servicio: 1

E-mail: santiagonahman@yahoo.com.ar

RESETERA, DIEGO

Seminario Arquidiocesano Nuestra Señora del Rosario

Nacimiento: 06/02/73

Ordenación: 23/09/01

Servicios y Etapas: Rector

Años de servicio: 7

E-mail: dresentera@yahoo.com.ar

ARQUIDIÓCESIS DE SAN JUAN DE CUYO**Seminario Mayor Nuestra Señora de Guadalupe y San José**

Dirección: Agustín Gómez 5425 (oeste) Pocito – San Juan. CP 5425

Teléfono: (0264) 421-9767 Fax: (0264) 421-9767

E-mail: seminario@uccuyo.edu.ar

Rector: Pbro. Jorge Roberto Harica

Formadores: 5

Cantidad de Seminaristas: 34

GUZMÁN, JORGE LUIS

Seminario Mayor Nuestra Señora de Guadalupe y San José

Nacimiento: 26/11/68

Ordenación: 12/12/96

Servicios y Etapas: Formador Filosofía

Años de servicio: 6

E-mail: jorgeguzmansac@yahoo.com.ar

HARICA, JORGE ROBERTO

Seminario Mayor Nuestra Señora de Guadalupe y San José

Nacimiento: 10/05/58

Ordenación: 12/12/86

Servicios y Etapas: Rector

Años de servicio: 6

E-mail: jorharica@yahoo.com.ar

NIETO, LUIS ALBERTO

Seminario Mayor Nuestra Señora de Guadalupe y San José

Nacimiento: 13/02/59

Ordenación: 12/12/86

Servicios y Etapas: Director Espiritual

Años de servicio: 6

E-mail: nietoluissj@gmail.com

ORDUÑA, PEDRO RODOLFO

Seminario Mayor Nuestra Señora de Guadalupe y San José

Nacimiento: 25/02/76

Ordenación: 24/03/06

Servicios y Etapas: Director Espiritual
Años de servicio: 0
E-mail: pedrorom2002@yahoo.com.ar

ORTEGA, EDGAR JOSÉ

Seminario Mayor Nuestra Señora de Guadalupe y San José
Nacimiento: 17/12/63
Ordenación: 17/12/88
Servicios y Etapas: Formador Teología
Años de servicio: 1
E-mail: padrepepeortega@yahoo.com.ar

RETA, MARTÍN

Seminario Mayor Nuestra Señora de Guadalupe y San José
Nacimiento: 26/04/78
Ordenación: 14/08/09
Servicios y Etapas: Introductorio
Años de servicio: 1
E-mail: padremartinreta@hotmail.com

DIÓCESIS DE SAN LUIS

Seminario Mayor San Miguel Arcángel

Dirección: San Miguel Arcángel 831 –San Luis. CP 5701
Teléfono: (0266) 449-4020 Fax: (0266) 449-4264
E-mail: ssmarcangel@gmail.com
Web: www.ssmarc.com.ar
Rector: Pbro. Lic. Miguel V. García

Formadores: 5

Cantidad de Seminaristas: 28

KUNZ, FEDERICO

Seminario Mayor San Miguel Arcángel
Nacimiento: 04/06/73
Ordenación: 25/11/00
Servicios y Etapas: Prefecto de Disciplina de Filosofía y Ecónomo
Años de servicio: 11
E-mail: ffkunz@gmail.com

DIÓCESIS DE SAN RAFAEL

Seminario Mayor Santa María Madre de Dios

Dirección: Tirasso 2807 –San Rafael- Mendoza. CP 5600
Teléfono: (02604) 43-6422
E-mail: seminariodiocesanossr@gmail.com
Rector: Pbro. Luis González Guerrico

Formadores: 6
Cantidad de Seminaristas: 30

MARTÍNEZ, ÁNGEL FERNANDO

Seminario Mayor Santa María Madre de Dios
Nacimiento: 03/12/69
Ordenación: 22/11/97
Servicios y Etapas: Prefecto Introdutorio y Ecónomo
Años de servicio: 5
E-mail: padreangelmartinez@yahoo.com.ar

RAUSCH, FERMÍN GREGORIO

Seminario Mayor Santa María Madre de Dios
Nacimiento: 19/08/61
Ordenación: 04/12/87
Servicios y Etapas: Vicerrector y Prefecto Teología
Años de servicio: 12
E-mail: ferminrausch@yahoo.com.ar

REGIÓN LITORAL

ARQUIDIÓCESIS DE PARANÁ

Seminario Mayor y Menor Nuestra Señora del Cenáculo

Dirección: Don Bosco 2553- Paraná- Entre Ríos. CP 3100
Teléfono: (0343) 433-0035 Fax: (0343) 433-0035
Web: www.seminarioparana.com.ar
Rector: Pbro. Eduardo Rafael Jacob

Formadores: 7
Cantidad de Seminaristas: 66

YACOB, LEONARDO

Seminario Mayor Nuestra Señora del Cenáculo
Nacimiento: 02/07/73
Ordenación: 24/04/99
Servicios y Etapas: Director Espiritual
Años de servicio: 9
E-mail: leonardoyacob@yahoo.com.ar

ARQUIDIÓCESIS DE ROSARIO

Seminario Mayor y Menor San Carlos Borromeo

Dirección: Av. San Lorenzo s/n - Capitán Bermúdez- Sta. Fe. CP 2154
Teléfono: (0341) 491-6505/08 Fax: (0341) 491-6508
E-mail: semscb@netcoop.com.ar
Rector: Pbro. Gustavo Enrique Rodríguez

Formadores: 5

Cantidad de Seminaristas: 84

BOTTOLI, ALEJANDRO JORGE

Seminario Mayor y Menor San Carlos Borromeo

Nacimiento: 25/07/60

Ordenación: 23/11/84

Servicios y Etapas: Director Espiritual

Años de servicio: 22

E-mail: ajbottoli@yahoo.com.ar

ARQUIDIÓCESIS DE SANTA FE DE LA VERA CRUZ

Seminario Mayor Nuestra Señora

Dirección: 1° de mayo 1790 – Santa Fe. CP 3000.

Teléfono: (0342) 459-3929

Fax: (0342) 459-3469

E-mail: seminario@arquisantafe.org.ar

Rector: Pbro. Lic. Ricardo Miguel Mautti

Formadores: 4

Cantidad de Seminaristas: 34

APPENDINO, GUSTAVO

Seminario Mayor Nuestra Señora

Nacimiento: 19/01/65

Ordenación: 30/09/89

Servicios y Etapas: Director Espiritual

Años de servicio: 2

E-mail: gappendino@live.com.ar

GATTI, DIEGO LEONARDO

Seminario Mayor Nuestra Señora

Nacimiento: 26/09/71

Ordenación: 30/09/97

Servicios y Etapas: Prefecto de Disciplina de Teología

Años de servicio: 7

E-mail: pdgatti@yahoo.com.ar

MAUTTI, RICARDO MIGUEL

Seminario Mayor Nuestra Señora

Nacimiento: 03/10/61

Ordenación: 30/09/87

Servicios y Etapas: Rector

Años de servicio: 22

E-mail: ricardomautti@hotmail.com

DIÓCESIS DE CONCORDIA

Centro Vocacional San José

Dirección: Mons. Ricardo Rosch 4639 – Villa Zorraquín - Concordia – Entre Ríos. CP 3200

Teléfono: (0345) 425-0516

E-mail: ramongalarza59@hotmail.com

Rector: Pbro. Ramón Orlando Galarza

Formadores: 2

Cantidad de Seminaristas: 9

GALARZA, RAMÓN ORLANDO

Seminario Centro Vocacional San José

Nacimiento: 14/05/59

Ordenación: 12/04/92

Servicios y Etapas: Acompañante

Años de servicio: 9

E-mail: ramongalarza59@hotmail.com

DIÓCESIS DE GUALEGUAYCHÚ

Seminario Mayor María Madre de la Iglesia

Dirección: Puerto Argentino 1605- Gualeguaychú- Entre Ríos. CP E2820FKI

Teléfono: (03446) 42-8012

E-mail: semmariamadre@yahoo.com.ar

Web: www.mariamadre.com.ar

Rector: Pbro. Oscar Menescardi

REGIÓN NEA

ARQUIDIÓCESIS DE CORRIENTES

Seminario Menor Arquidiocesano Nuestra Señora de Itatí

Dirección: Estados Unidos 455 -Corrientes. CP 3400

Teléfono: (03794) 42-5666

Rector: Pbro. Julio Vallejos

ARQUIDIÓCESIS DE RESISTENCIA

Seminario La Encarnación (Interdiocesano)

Dirección: Ruta 11 y 25 de mayo –Resistencia- Chaco. CP 3500

Teléfono: (0362) 446-3682 Fax: (0362) 446- 5684

E-mail: semlaencarnacion@hotmail.com

Web: www.semlaencarnacion.com

Rector: Pbro. Germán Ernesto Vallejos

Formadores: 6

Cantidad de Seminaristas: 58

BAEZ, ROBERTO DANIEL

Seminario La Encarnación (Interdiocesano)
Nacimiento: 12/12/64
Ordenación: 12/12/97
Servicios y Etapas: Formador Filosofía y Teología
Años de servicio: 1
E-mail: robertodanielbaez@hotmail.com

BESIL, ANTONIO JOSÉ

Seminario La Encarnación (Interdiocesano)
Nacimiento: 29/03/69
Ordenación: 02/12/94
Servicios y Etapas: Formador Filosofía
Años de servicio: 2
E-mail: antoniobesil@gigared.com

DUARTE PAZ, JORGE LUIS

Seminario La Encarnación (Interdiocesano)
Nacimiento: 07/04/71
Ordenación: 09/11/97
Servicios y Etapas: Director de Estudios y Filosofía
Años de servicio: 4
E-mail: padrepepi@yahoo.com.ar

GONZÁLEZ, MARIO BENITO

Seminario La Encarnación (Interdiocesano)
Nacimiento: 18/05/71
Ordenación: 15/08/03
Servicios y Etapas: Director Espiritual
Años de servicio: 1
E-mail: mariobenitogonzalez@hotmail.com

PELIZARDI, JORGE DANIEL

Seminario La Encarnación (Interdiocesano)
Nacimiento: 01/05/67
Ordenación: 30/09/05
Servicios y Etapas: Formador Teología
Años de servicio: 1
E-mail: jdpelizardi@yahoo.com.ar

VALLEJOS, GERMÁN ERNESTO

Seminario La Encarnación (Interdiocesano)
Nacimiento: 19/11/62
Ordenación: 25/08/91
Servicios y Etapas: Rector
Años de servicio: 1
E-mail: germanev62@yahoo.com.ar

DIÓCESIS DE PUERTO IGUAZÚ

Pre-seminario Diocesano Santos Mártires de las Misiones

Dirección: Av. Juan Domingo Perón km.11 – Puerto Iguazú- Misiones. CP 3380

Teléfono: (03751) 42-1404

E-mail: eduardogonzalezbaez@hotmail.com

Rector: Pbro. Eduardo González Báez

Formadores: 1

Cantidad de Seminaristas: 10

GONZÁLEZ BAEZ, EDUARDO

Pre-seminario Diocesano Santos Mártires de las Misiones

Nacimiento: 13/10/67

Ordenación: 19/07/97

Servicios y Etapas: Rector

Años de servicio: 11

E-mail: eduardogonzalezbaez@hotmail.com

DIÓCESIS DE POSADAS

Seminario Santo Cura de Ars

Dirección: Alem 3157 –Posadas- Misiones. CP 3300

Teléfono: (0376) 442-6542

E-mail: seminarioposadas@gmail.com

Vice Rector: Pbro. Julio Omar Centurión

Formadores: 3

Cantidad de Seminaristas: 25

BIELSKI, JUAN

Seminario Santo Cura de Ars

Nacimiento: 29/08/75

Ordenación:

Servicios y Etapas: Prefecto

Años de Servicio: 0

CENTURIÓN, JULIO OMAR

Seminario Santo Cura de Ars

Nacimiento: 18/02/75

Ordenación: 12/02/10

Servicios y Etapas: Vicerrector

Años de servicio: 3

E-mail: juliomarcenturion@yahoo.com.ar

FERNANDEZ, JOSÉ LUIS

Seminario Santo Cura de Ars

Nacimiento: 21/08/70
Ordenación: 31/03/00
Servicios y Etapas: Director Espiritual
Años de servicio: 3
E-mail: pjoseluis21@gmail.com

DIÓCESIS DE SANTO TOMÉ

Seminario Mayor y Menor Diocesano San José

Dirección: Roque Sáenz Peña 708 –Santo Tomé- Corrientes. CP 3340
Teléfono: (03756) 42-0435
Rector: Pbro. Sergio Antonio Almirón

Formadores: 2

Cantidad de Seminaristas: 14

ALMIRON, SERGIO ANTONIO

Seminario Mayor y Menor Diocesano San José
Nacimiento: 15/09/80
Ordenación: 27/05/11
Servicios y Etapas: Rector
Años de servicio: 1
E-mail: sergioantonioalmiron@hotmail.com

FERNANDEZ, HUGO FABIÁN

Seminario Mayor y Menor Diocesano San José
Nacimiento: 10/02/85
Ordenación: 09/03/12 (Diaconal)
Servicios y Etapas: Director Espiritual
Años de servicio: 0
E-mail: fernandezhugofabian@hotmail.com

DIÓCESIS DE SAN ROQUE

Introducctorio - Centro Vocacional Cura Brochero

Dirección: Calle 313 – Barrio Mons. De Carlo - Sáenz Peña- Chaco. CP 3700
Teléfono: (0364) 443-3248
E-mail: daseinnelson@hotmail.com
Rector: Pbro. Nelson Stañulis

Formadores: 2

Cantidad de seminaristas: 5

STAÑULIS, HERMES NELSON

Introducctorio - Centro Vocacional Cura Brochero
Nacimiento: 29/05/77
Ordenación: 30/05/08

Servicios y Etapas: Rector
Años de servicio: 4
E-mail: daseinnelson@hotmail.com

DIÓCESIS DE FORMOSA

Casa de Formación San José

Dirección: Viola y Santa María de Oro - Pirané – Formosa. CP 3606
Teléfono: (03704) 46-1068
E-mail: antoniogcaballero@hotmail.com
Director: Pbro. Antonio Caballero

REGIÓN NOA

ARQUIDIÓCESIS DE SALTA

Seminario Metropolitano San Buenaventura

Dirección: Mitre 892 – Salta. CP A4400EHR
Teléfono: (0387) 421-2526 Fax: (0387) 421-2526
E-mail: seminariosalta@uolsinectis.com / osvaldoclim@yahoo.com.ar
Rector: Pbro. César Edgardo Correa

ARQUIDIÓCESIS DE TUCUMÁN

Seminario Mayor Nuestra Señora de la Merced y San José

Dirección: Av. Sarmiento 841 –San Miguel de Tucumán- Tucumán. CP 4000
Teléfono: (0381) 431-0714
Rector: Pbro. Dr. Amadeo Tonello

Formadores: 5

Cantidad de seminaristas: 66

GIARDINA, FERNANDO GABRIEL

Seminario Menor San José
Nacimiento: 29/03/77
Ordenación: 22/10/04
Servicios y Etapas: Formador Filosofía
Años de servicio: 1
E-mail: fernando_giardina@hotmail.com

ORELLANA, RICARDO ALBERTO

Seminario Mayor Nuestra Señora de la Merced y San José
Nacimiento: 14/02/80
Ordenación: 18/11/05
Servicios y Etapas: Formador Teología
Años de servicio: 3
E-mail: ricachonorellana@hotmail.com

RUIZ, MANUEL FERNANDO

Seminario Mayor Nuestra Señora de la Merced y San José

Nacimiento: 20/03/73

Ordenación: 18/11/05

Servicios y Etapas: Formador del Introdutorio

Años de servicio: 6

E-mail: manolofruiz@hotmail.com

TONELLO, AMADEO

Nacimiento: 02/11/70

Ordenación: 11/10/96

Servicios y Etapas: Rector

Años de servicio: 1

E-mail: ajantonello@gmail.com

VALOY, LEONARDO JESÚS

Seminario Mayor Nuestra Señora de la Merced y San José

Nacimiento: 19/07/71

Ordenación: 12/11/10

Servicios y Etapas: Director Espiritual

Años de servicio: 3

E-mail: leonardovaloy@gmail.com

DIÓCESIS DE JUJUY**Seminario Pbro. Pedro Ortiz de Zárate**

Dirección: Ruta 56 km. 5,5 –Alto La Viña- San Salvador de Jujuy- Jujuy. CP 4600

Teléfono: (0388) 426-0970

E-mail: semina@imagine.com.ar

Rector: Pbro. Ángel González Hurtado

Formadores: 5

Cantidad de Seminaristas: 17

SEMBRERA, ARNALDO

Seminario Pbro. Pedro Ortiz de Zárate

Nacimiento: 18/04/80

Ordenación: 07/12/12

Servicios y Etapas: Formador Introdutorio

Años de servicio: 3

E-mail: arnaldoperu-amk-piura@hotmail.com

VALDIVIA, MARCELO

Seminario Pbro. Pedro Ortiz de Zárate

Nacimiento: 27/07/74

Ordenación: 29/05/10

Servicios y Etapas: Formador Introdutorio

Años de servicio: 2
E-mail: juan_marcelo_1@hotmail.com

DIÓCESIS DE SANTIAGO DEL ESTERO

Seminario Mayor Santiago el Mayor

Dirección: Entre Ríos 350- Santiago del Estero. CP 4200
Teléfono: (0385) 421- 5354 Fax: (0385) 421- 5354
E-mail: marioluiscruz32@hotmail.com
Rector: Pbro. Cueva Julián María

Formadores: 2

Cantidad de Seminaristas: 14

CUEVA, JULIAN MARÍA

Seminario Mayor Santiago el Mayor
Nacimiento: 27/10/61
Ordenación: 15/03/91
Servicios y Etapas: Rector
Años de servicio: 14
E-mail: julianmaria61@gmail.com

MANEFF, GABRIEL

Seminario Mayor Santiago el Mayor
Nacimiento: 08/05/74
Ordenación: 29/06/05
Servicios y Etapas: Formador
Introdutoria
Años de servicio: 0
E-mail: gabrielmaneff@hotmail.com

REGIÓN PATAGONIA

DIÓCESIS DE COMODORO RIVADAVIA

Seminario Mayor San Pedro y San Pablo

Dirección: San Nicolás 4451 –Capital Federal. CP C1419GNC
Teléfono: (011) 4504-4425 Fax: (011) 4504-4425
E-mail: pmgnieva@speedy.com.ar
Web: www.seminariopatagonico.jimdo.com
Rector: Pbro. Marcelo Nieva

DIÓCESIS DE RÍO GALLEGOS

Introdutorio San José
Dirección: Barrancas s/n –Cañadón Seco- Sta. Cruz. CP 9013
Teléfono: (0297) 85-0110
E-mail: sanjose2@infovia.com.ar
Director: Pbro. Gustavo Retes

SEMINARIO NACIONAL DEL PARAGUAY

Seminario Mayor y Propedéutico Nacional del Paraguay

Dirección: Ruta 1 km.51, 5 –Caacupé- Paraguay

Teléfono: (0511) 24-2376

Fax: (0511) 24-2376

E-mail: christianbohnert@yahoo.com

Rector: Pbro. César Neri Villagra Cantero

Formadores: 5

Cantidad de Seminaristas: 49

BOHNERT, CRISTINO

Seminario Mayor y Propedéutico Nacional del Paraguay

Nacimiento: 07/09/71

Ordenación: 28/03/98

Servicios y Etapas: Director/Formador/Propedéutico

Años de servicio: 4

E-mail: christianbohnert@yahoo.com

CABELLO, MIGUEL

Seminario Mayor y Propedéutico Nacional del Paraguay

Nacimiento: 04/09/65

Ordenación: 15/09/91

Servicios y Etapas: Director Espiritual

Años de servicio: 4

E-mail: pmcabello@hotmail.com

NEGRETTE, ALCIDES

Seminario Mayor y Propedéutico Nacional del Paraguay

Nacimiento: 22/04/79

Ordenación: 01/11/08

Servicios y Etapas: Formador Propedéutico

Años de servicio: 2

E-mail: panegrt@hotmail.com

OVELAR, DOMINGO

Seminario Mayor y Propedéutico Nacional del Paraguay

Nacimiento: 06/11/70

Ordenación: 18/09/99

Servicios y Etapas: Director Espiritual

Años de servicio: 3

E-mail: pdsabio@hotmail.com

OZUNA, AMANCIO

Seminario Mayor y Propedéutico Nacional del Paraguay

Nacimiento: 08/04/80

Ordenación: 19/10/12

Servicios y Etapas: Formador Auxiliar de Introducción a la Filosofía

Años de servicio: 1

E-mail: tingaro08@hotmail.com

SEMINARIOS DE ARGENTINA

ESTADISTICAS 2013

SEMINARIO MAYOR	TOTAL DE SEMINARISTAS	CURSO INTRODUCTORIO	FILOSOFÍA	AÑO PASTORAL EN PARROQUIA	TEOLOGÍA	DIÁCONOS EN PARROQUIA	NÚMERO DE FORMADORES
1. INMACULADA CONCEPCIÓN Buenos Aires	68	10	24	10	18	6	10
2. SANTA CRUZ Lomas de Zamora	14	2	8	*	4	1	2
3.SANTO CURA DE ARS Mercedes-Luján	64	11	26	*	27	*	4
4. SAN JOSÉ Morón	8	2	3	1	2	*	3
5. SAN AGUSTÍN San Isidro	12	1	4	4	2	1	2
6. ARCANGEL SAN MIGUEL San Miguel	18	4	7	3	4	*	4
7.SAN PEDRO Y SAN PABLO Zarate-Campana	31	5	9	2	15	1	7
8. PABLO VI Avellaneda-Lanus	14	*	8	*	6	*	6
9. NUESTRA SEÑORA DE LORETO Cordoba	21	2	8	1	8	2	5
10. JESÚS BUEN PASTOR Río Cuarto	27	3	9	4	11	*	5
11. NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO Mendoza	24	6	9	3	9	*	5
12.NTRA. SRA. DE GUADALUPE Y SAN JOSÉ San Juan	34	6	10	1	12	*	5
13. SAN MIGUEL ARCANGEL San Luis	28	2	17	*	9	5	5
14. SANTA MARÍA MADRE DE DIOS San Rafael	30	6	11	*	13	*	6
15. NUESTRA SEÑORA DEL CENÁCULO Paraná	57	10	19	4	24	*	6
16. SAN CARLOS BORROMEO Rosario	55	8	22	1	23	1	4
17. NUESTRA SEÑORA Santa Fe de la Vera Cruz	34	4	12	*	13	5	5
18. LA ENCARNACIÓN Resistencia	58	12	24	6	22	*	6
19. SANTO CURA DE ARS Posadas	25	6	12	*	8	*	3
20. SAN JOSÉ Santo Tomé	14	*	8	1	4	1	2
21. PEDRO ORTÍZ DE ZARATE Jujuy	14	3	4	1	6	3	4
22. SANTIAGO EL MAYOR Santiago del estero	14	1	9	*	3	1	2
23. NTRA. SRA. DE LA MERCED Y SAN JOSÉ Tucumán	66	11	22	*	33	13	5
24. SAN JOSÉ La Plata	*	*	*	*	*	*	*
25. MARÍA REINA DE LOS APÓSTOLES Quilmes	*	*	*	*	*	*	*
26. SAN JOSÉ San Martín	*	*	*	*	*	*	*
27. MARÍA MADRE DE LA IGLESIA Gualeychú	*	*	*	*	*	*	*
28. SAN BUENAVENTURA Salta	*	*	*	*	*	*	*
SAN PEDRO Y SAN PABLO Comodoro Rivadavia	*	*	*	*	*	*	*
Total	730	115	285	42	276	40	106

INTRODUCTORIOS

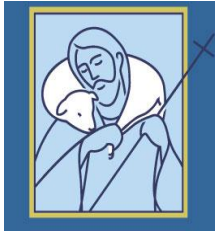
AÑO INTRODUCTORIO	TOTAL DE SEMINARISTAS	NÚMERO DE FORMADORES
1. INSTITUTO VOCACIONAL SAN JOSÉ Buenos Aires	9	2
2. CENTRO VOCACIONAL CURA BROCHERO San Roque	5	2
3. SAN JOSÉ Avellaneda-Lanús	*	2
4. SAN JOSÉ Río Gallegos	*	*
3. BEATO JUAN XXIII Orán	*	*
Total	14	6

SEMINARIO MENOR

SEMINARIO MENOR	TOTAL DE SEMINARISTAS	NÚMERO DE FORMADORES
1. SAN JOSÉ Santo Tomé	1	2
2. NTRA. SRA. DEL MILAGRO Córdoba	0	1
3. NTRA. SRA. DEL CENACULO Paraná	9	1
4. SAN CARLOS BORROMEO Rosario	29	1
6. SAN JOSÉ Cruz del Eje	*	*
7. NTRA. SRA. DE ITATÍ Corrientes	*	*
8. SAN BUENAVENTURA Salta	*	*
Total	39	5

PRE-SEMINARIOS

PRE-SEMINARIO	TOTAL DE SEMINARISTAS	NÚMERO DE FORMADORES
1. SANTOS MARTIRES DE LAS MISIONES Iguazú	10	1
2. CASA VOCACIONAL SAN JUAN BOSCO Buenos Aires	2	2
4. SAN MIGUEL ARCANGEL San Miguel	4	*
5. SAN JOSÉ Formosa	*	*
Total	16	3



TESORERÍA OSAR | INFORME ECONÓMICO FINAL 2012

Movimientos en Pesos			
Concepto	Ingresos	Egresos	Saldo
Saldo Inicial	6415		
Cuotas Seminarios	17090		
Enc Osar 2012 (para expositor)	7000		
Enc Osar 2012 (saldo)	700		
Aporte CEMIN	4800		
Beca Formadores Paraguay Enc 2012		2400	
Compra U\$D		7400	
Gastos reuniones Comisión (pasajes, extras)		12775	
Hosting Sitio Web		266,49	
Aporte al Enc DDEE		340	
Renovación página Web		4800	
Boletines (impresión)		3900	
Totales	36005	31881,49	4123,51
Movimientos en U\$D			
Saldo Inicial	3200		
Compra	1700		
Cuotas OSLAM 2012 y 2013		1000	
Viáticos expositor Enc Formad 2012		1650	
Viaje Asamblea OSLAM P. Ricardo Araya		780	
Totales	4900	3430	1470



NOTICIAS DE LA OSAR

Encuentro Anual de Directores Espirituales de Seminarios

Entre los días 10 y 12 de junio se llevó a cabo el Encuentro Anual de Directores Espirituales de Seminarios de Argentina. De dicha reunión, que se desarrolló en el Seminario Mayor de Córdoba “Nuestra Señora de Loreto”, participaron cerca 23 sacerdotes implicados en la formación de los futuros pastores del pueblo de Dios. El tema sobre el cual se trabajó durante estos días fue “La Espiritualidad sacerdotal diocesana y sus etapas en la formación”, y estuvo animado por el padre José María Recondo.

El encuentro se desarrolló en un clima de fraternidad y camaradería, con la dinámica de exposiciones, trabajos en grupos y plenarios. Hubo espacio para el intercambio de los distintos ensayos de mediaciones pedagógicas en el ámbito de la formación integral de los seminaristas, acentuando aquellas relacionadas con la dimensión espiritual. Las celebraciones eucarísticas estuvieron presididas por el padre Daniel Blanco, rector del Seminario de Córdoba, Mons. Carlos Nájuez, arzobispo de Córdoba, y el padre Roberto Silva, de Resistencia.

En el curso del encuentro se eligió la temática del encuentro anual del año próximo: “Las etapas en el proceso de formación espiritual”, buscando profundizar un aspecto del encuentro de este año. Tendrá lugar entre el 9 y el 11 de junio nuevamente en el Seminario de Córdoba. Como delegados para organizar dicha reunión se eligió al padre Gustavo Montini (de la diócesis de Rafaela, director espiritual externo del Seminario de Paraná) y el padre Mariano Caracciolo (director espiritual del Seminario de San Isidro).

Encuentro de Seminaristas en Villa Cura Brochero

Con Brochero, discípulos misioneros a imagen del Buen Pastor (Semblanza de Mons. Víctor Manuel Fernández)

Los sacerdotes estamos llamados a ser discípulos misioneros, pero con una particularidad: a imagen del Buen Pastor. Y allí es donde viene a ayudarnos la figura de Brochero. ¿Qué refleja de Jesús Brochero? Precisamente sus actitudes de buen pastor. Uno podría preguntarse: ¿Qué habría hecho Jesús con los pobres de Traslasierra? Lo que hizo Brochero. Perderse en medio de ellos, hablar como ellos, buscar el bien de ellos sin dualismos.

Cuando hablamos de la identidad sacerdotal o de la espiritualidad sacerdotal, no hay que olvidar el llamado de Jesús a meternos en medio del pueblo. La Biblia nos invita a reconocer que somos pueblo: “Ustedes que en otro tiempo no eran pueblo, ahora son

pueblo de Dios” (1 Pe 2, 10). Pero tengamos en cuenta que una cosa es saber que somos pueblo y otra cosa es vivirlo con una profunda conciencia. La conciencia de ser pueblo es parte de nuestra identidad y de nuestra espiritualidad. Para un pastor, se convierte en un gusto espiritual estar cerca de la vida de la gente. La misión es una pasión por Jesús que al mismo tiempo se convierte en una pasión por el pueblo.

La oración debería llevarnos a esta pasión. Cuando nos detenemos ante Jesús crucificado, reconocemos todo su amor que nos dignifica y nos sostiene, pero allí mismo, si no somos ciegos, empezamos a percibir que esa mirada de Jesús se amplía y nos envía al pueblo con más ganas.

Jesús mismo es el modelo de esta opción evangelizadora. ¡Qué bien nos hace verlo cercano a todos! Si hablaba con alguien, miraba sus ojos con una profunda atención amorosa: “Jesús lo miró con cariño” (Mc 10, 21). Lo vemos accesible cuando se acerca al ciego del camino (cf. Mc 10, 46-52), y cuando come y bebe con los pecadores (cf. Mc 2, 16), sin importarle que lo traten de comilón y borracho (cf. Mt 11, 19). Lo vemos disponible cuando deja que una mujer prostituta unja sus pies (cf. Lc 7, 36-50) o cuando recibe de noche a Nicodemo (cf. Jn 3, 1-15).

Justamente por eso, cuando lo acusaban a Brochero de juntarse con mala gente, él respondía: *“La culpa la tiene nuestro Señor, porque él obró de la misma manera, y paraba en casa de los pecadores para atraerlos a su Reino”*.

A veces sentimos la tentación de ser pastores manteniendo una prudente distancia de las llagas de la gente. Pero Jesús quiere que toquemos miseria humana, que toquemos la carne sufriente de los demás. Y espera que renunciemos a buscar esas cuevas personales o comunitarias que nos permiten mantenernos a distancia: lejos del nudo de la tormenta humana y de la ternura pastoral.

Brochero les recomendaba a los curas más jóvenes: *“Cuanto sean más pecadores o más rudos o más incivilizados los feligreses, los han de tratar con más dulzura y amabilidad en el confesionario, en el púlpito y en el trato familiar”*. Esta es la opción por los pobres real, evangélica, no ideológica, que implica no estar tanto tiempo con los lindos, inteligentes y agradables, sino con los que son verdaderamente los últimos. Cuando Brochero quería organizar alguna jornada de evangelización era curioso lo que hacía: elegía como base la casa del más borracho y ladrón de la zona, aunque lo criticaran, porque así a esa persona no le quedaba más que escuchar su predicación. Esa era la opción.

¿Qué diría de eso el Evangelio? Está muy claro en Lucas 12, 12-14: *“Cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos... Más bien, cuando des un banquete, invita a los pobres, a los inválidos, a los cojos y a los ciegos. Entonces serás dichoso, porque ellos no tienen con qué recompensarte. Serás recompensado en la resurrección de los justos”*.

Además, cuando Brochero se acercaba a un hombre lleno de vicios y defectos, lo hacía como pide la Palabra de Dios: “con dulzura y respeto” (1 Pe 3, 16). Vivía el pedido de la Palabra: “en lo posible y en cuanto de vosotros dependa, en paz con todos” (Rm 12, 18),

venciendo “el mal con el bien” (Rm 12, 21), sin cansarnos “de hacer el bien” (Ga 6, 9) y “considerando a los demás como superiores a uno mismo” (Flp 2, 3). De hecho, cuentan los Hechos que los Apóstoles del Señor “gozaban de la simpatía de todo el pueblo” (Hch 2, 47; 4, 21.33; 5, 13). Queda claro entonces que Jesucristo no nos quiere príncipes que miran despectivamente, sino hombres y mujeres de pueblo.

Si uno pretende buscar anécdotas de la vida de Brochero que puedan llamar la atención, en realidad no encuentra muchos relatos llamativos. Precisamente porque la clave de su vida santa era perderse en la sencillez de su pueblo, ser uno más, pasarse horas conversando debajo de un árbol, hablando el lenguaje de ellos y acompañándolos en sus dramas tan comunes. Basta imaginarlo haciendo kilómetros y kilómetros en su mula por los cerros cordobeses, buscando gente para los ejercicios espirituales, y quedarse días y días perdiendo el tiempo en algún rancho olvidado. El corazón de Brochero está lleno de rostros largamente contemplados y de nombres tantas veces repetidos.

Ese fue un camino de santificación, porque, como dice la Biblia, quien no ama al hermano “camina en las tinieblas” (1 Jn 2, 11), “permanece en la muerte” (1 Jn 3, 14) y “no ha conocido a Dios” (1 Jn 4, 8). Entonces, cuando vivimos la mística de acercarnos a los demás, ampliamos nuestro interior para recibir los más hermosos regalos del Señor. Cada vez que se nos abren los ojos para reconocer al otro, se nos ilumina más la fe para reconocer a Dios. Como consecuencia de esto, si queremos crecer en la vida espiritual, no podemos dejar de ser misioneros en medio de la gente.

Uno no es más espiritual si escapa de los demás, si se esconde, o si alimenta –como dice el Papa– una psicología de príncipe. Eso no es más que un lento suicidio espiritual. Tampoco es más espiritual si reduce la tarea pastoral o el corazón de pastor a algunos momentos aislados. Yo no tengo una misión, sino que soy *una misión* en esta tierra, y para eso estoy en este mundo. Estoy marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar. Allí aparece el cura de alma, ese que ha decidido a fondo ser con los demás y para los demás, sea cargando ladrillos o haciendo caminos para su gente, como rezando el rosario o predicando el Evangelio. Allí aparece Brochero, con una identidad tan sólida que hoy es imposible imaginarlo de otra manera que siendo cura de Traslasierra.

Pero para compartir la vida con la gente y entregarnos generosamente, necesitamos reconocer también que *cada persona* es digna de nuestra entrega. Cada uno. Y así se produce esa evangelización persona a persona, que, como dice el Papa Francisco, vale más que mil planificaciones. Cada uno vale. No por su aspecto físico, por sus capacidades, por su lenguaje, por su mentalidad o por las satisfacciones que nos brinde, sino porque es obra de Dios, criatura suya. Él la creó a su imagen, y refleja algo de su gloria. Todo ser humano es objeto de la ternura infinita del Señor, y él mismo habita en su vida. Jesucristo dio su preciosa sangre en la cruz por esa persona. Entonces, más allá de toda apariencia, cada uno, cada uno es *inmensamente sagrado y merece todo nuestro cariño, nuestro tiempo y nuestra entrega*. Por ello, si logro ayudar a una sola persona a vivir mejor, eso ya justifica la entrega de mi vida.

Eso está tan claro en Brochero. Cuando visitaba a un leproso, le decían que no lo hiciera, y él contestaba: “¿Es que el alma de ese pobre hombre no vale nada?”. Era un modo de decir que ese leproso tenía un valor inmenso y que por eso no se lo debía abandonar. El mismo mensaje nos da Brochero cuando tiene que ir a atender un enfermo y no le queda más que cruzar el río crecido agarrado de la cola de su mula: “Guay que el diablo me lleve un alma”. Una sola persona es digna de la entrega de mi vida, aunque nadie lo valore. Es esa entrega “artesanal”, cuerpo a cuerpo, de la que habla con gusto el Papa Francisco.

“Estar con”, esa es una característica indispensable del cura, que lo define. Estar con. En el año 1857 hubo un brote de cólera y los que podían se escapaban. El cura se quedó y estuvo cerca de todos y de cada uno. No es lo mismo que ocurrió en Nicaragua en una época en que grupos de guerrilleros se metían en poblaciones del interior. Muchos párrocos, cuando se enteraban que pasaba la guerrilla, se escapaban por un tiempo. Uno de ellos, cuando volvió al pueblo supo que varios se habían hecho evangélicos, y se quejó en la homilía. Una mujer se puso de pie y le dijo: “Eso pasó porque nos abandonaste cuando más te necesitábamos. No estuviste en el peor momento”. Hay muchas formas hoy de abandonar a la gente. Uno puede estar y al mismo tiempo no estar en un lugar. Brochero nos enseña a estar a fondo, en cuerpo y alma, a no abandonar a nadie, nunca.

La oración que lo ocupaba los últimos meses de su vida, era también la oración de alguien que no se entendía a sí mismo sin su pueblo. No es la pura contemplación de Dios. Es la intercesión por el pueblo amado. Limitado físicamente, pasó de ser contemplativo en la acción a ser más activo en la oración. Es esa oración de intercesión que brota inevitablemente del corazón de alguien que es cura hasta los tuétanos: “Este es el que ama a sus hermanos, el que ora mucho por su pueblo” (2 M 15,14).

Que el querido Brochero nos enseñe a ser curas con todas las ganas, y a vivir gozosamente metidos en el corazón del pueblo.

I Encuentro de Profesionales de la Salud

El viernes 1º y sábado 2 de noviembre se celebró en la sede de las Obras Misionales Pontificias –Medrano 735, CABA – el Primer Encuentro de Profesionales de la Salud convocado por la CEMIN, la OSAR, y el Grupo Jeremías, que además fue quien lo organizó.

Fueron aproximadamente veinte los participantes, entre psicólogos y psiquiatras, todos colaboradores en nuestras casas de formación, y llegando de distintos puntos de nuestro país, tal que fueron representadas todas las regiones: NOA, NEA, Litoral, Centro, Nuevo Cuyo, Patagonia y Buenos Aires, aunque con mayor participación de la Región Buenos Aires, lo cual se explica por la cercanía.

Todos, sin excepción, traían deseo profundo de encontrarse, compartir, conversar, intercambiar. El clima fue precioso, y el desarrollo fue guiado por el Equipo Jeremías en las personas de la Dra. Alicia Zanotti de Savanti, el Pbro. Dr. Rafael Colomé, y con la colaboración de los padres Manuel Pascual y Miguel López. Además, otros miembros del Equipo sostenían desde la logística todo lo necesario para el desarrollo del curso.

En los dos días se siguió el cronograma previsto en la invitación. Entre los temas conversados se destacaron los intercambios en orden a la relaciones y competencias entre la psicología y la espiritualidad; la importancia del diálogo del Equipo de Formadores con los profesionales de la salud; y el trato responsable que se debe al seminarista en situación de ayuda. Además se abordaron los temas del celibato, la homosexualidad y la “Vincularidad Eclesial: Autoridad-Obediencia”.

La evaluación del Encuentro fue muy positiva, los participantes anotaron inquietudes como para hacerlos “tema” de próximos encuentros, y quedó la inquietud de no perder este espacio y de buscar “acercarlo” a los profesionales del resto de los Seminarios de la OSAR.



NOTICIAS DE LA OSLAM

Curso OSLAM 2013, Luján, 30 de junio al 26 de julio.

Desde el domingo 30 de junio hasta el viernes 26 de julio, se celebró en Luján el XXXIV Curso para Formadores de Seminarios Mayores organizado por la OSLAM, con la participación de treinta y cuatro participantes – treinta y dos sacerdotes y dos seminaristas – de once países de América Latina y El Caribe.

Se vivieron cuatro intensas semanas formativas en un precioso clima fraterno: realmente gozamos de una muy buena disposición de los participantes, de la gran calidad de los expositores y de la cordial coordinación del padre Gabriel Villa Vahos; contamos, además, de la bendición de estar a los pies de Nuestra Señora de Luján. Todo un contexto colaboró a este clima fraterno y de trabajo, y que tiene que ver con gauchadas y generosidades de tantos: recibir, acompañar y trasladar a los participantes –en su mayoría desde su llegada a Ezeiza-, así como colaborar en el traslado para el regreso; el estar a los pies de la Basílica de Nuestra Señora de Luján, y que el padre Daniel nos hizo sentir como propia; los Seminarios y los seminaristas que dispusieron de sus tiempos para colaborar con el desarrollo del curso; los sacerdotes que recibieron y acompañaron a los curas en sus comunidades el primer fin de semana; aquellos que dieron calidad a nuestra visita a la Ciudad de Buenos Aires: la guía del padre Ernesto Salvia, que nos introdujo en la historia eclesial de Buenos Aires desde San Pedro Telmo, la generosidad del padre Gabriel Marronetti, en cuya parroquia de san José de Flores hicimos algo más que una parada ese domingo: nos dieron el almuerzo y nos honraron dándonos lugar en “el comedor de Jesús”; la misma gente de Villa Marista san José, tanto los hermanos como los colaboradores y el personal de servicio, que nos mostraron siempre muy buena disposición para nuestros requerimientos.

Por otra parte, la visita de varios obispos nos confirmó en la eclesialidad: Monseñor Agustín Radrizzani, arzobispo de Mercedes-Luján, nos visitó en nombre de su diócesis, anfitriona de nuestro curso; Mons. Sergio Buenanueva y Mons. Ariel Torrado Mosconi, hicieron presente el acompañamiento de la CEMIN; Mons. Ignacio Ducasse Medina, obispo de Valdivia -República de Chile- nos acompañó varios días, animando el Curso como miembro del Departamento de Vocaciones y Ministerios del CELAM.

Como Comisión Directiva de la OSAR quisimos también acompañar y hacer presente a toda la OSAR, poniéndonos a disposición de la coordinación del curso, para brindar todo lo necesario en orden al buen desarrollo del mismo. Fue para nosotros una gracia este acompañamiento y servicio a la tarea formativa para nuestras Iglesias de América Latina

y el Caribe. Tantas otras cosas convergieron, y sólo el Padre eterno sabe, para los buenos frutos de este Encuentro.

Como es habitual en estos cursos, los fines de semana se organizan actividades enriquecedoras para la vida y el ministerio de los participantes: En el primer fin de semana, cada participante se integró en una comunidad parroquial, la cual le fue asignada, compartiendo vida y ministerio con el/los sacerdotes que lo recibían y, a la vez, entrando en contacto con la vida y la pastoral de sus comunidades; se trató de una experiencia eclesial muy rica. Esta actividad sumó alegría y entusiasmo para continuar el trabajo y el estudio de la semana.

El domingo del segundo fin de semana, domingo 13 de julio, realizamos una “recorrida” por la ciudad de Buenos Aires, que tuvo como particularidad la realización del “tour papal”.

El resto de los días libres hubo distintos ofrecimientos de actividades a los que varios curas se sumaron: asado criollo en Carlos Keen el sábado 20, día del amigo, y jornada en la Mariápolis de O’Higgins el domingo 21.

Las semanas de estudio estuvieron guiadas por los padres Leónidas Ortiz, que en la primera semana nos acercó la vida del CELAM, del DEVYM y de la OSLAM, y junto al padre Gabriel Villa Vahos hicieron una introducción general a la formación; el padre Alexis Rodríguez Vargas, que en la segunda semana guio el estudio sobre la formación en la dimensión humana; la profundización sobre la formación espiritual fue guiada por los padres José María Recondo y Gabriel VV en la tercera semana y, finalmente, el padre Andrés Torres guio la reflexión sobre la formación en las dimensiones pastoral e intelectual.

Nos queda darle gracias a Dios porque una vez más nos juntó, y poner ya en sus manos y en María de Guadalupe los frutos de este Curso.